

Virginia
Woolf

La Señora
Dalloway





Virginia Woolf (1882-1941)

Novelista y crítica británica cuya técnica del monólogo interior y estilo poético se consideran entre las contribuciones más importantes a la novela moderna.

Adeline Virginia Stephen, hija del biógrafo y filósofo Leslie Stephen, nació en Londres y estudió en su casa. Después de la muerte de su padre en 1905, habitó con su hermana Vanessa —pintora que se casaría con el crítico Clive Bell— y sus dos hermanos en una casa del barrio londinense de Bloomsbury que se convirtió en lugar de reunión de librepensadores y antiguos compañeros de universidad de su hermano mayor. En el grupo, conocido como Grupo de Bloomsbury, participó —además de Bell y otros intelectuales londinenses— el escritor Leonard Woolf, con quien se casó Virginia en 1912. En 1917 ambos fundaron la editorial Hogarth.

Sus primeras novelas, *Fin de viaje* (1915), *Noche y día* (1919) y *El cuarto de Jacob* (1922), ponen de manifiesto su determinación por ampliar las perspectivas de la novela más allá del mero acto de la narración. En sus novelas siguientes, *La señora Dalloway* (1925) y *Al faro* (1927), el argumento surge de la vida interior de los personajes, y los efectos psicológicos se logran a través de imágenes, símbolos y metáforas. Los personajes se despliegan gracias al flujo y reflujo de sus impresiones personales, sentimientos y pensamientos: un monólogo interior en el que los seres humanos y sus circunstancias normales aparecen como extraordinarios. Influida por el filósofo francés Henri Bergson, Woolf, como el escritor francés Marcel Proust, se adentra en la idea del tiempo. Los acontecimientos en *La señora Dalloway* abarcan un espacio de doce horas y el transcurso del tiempo se expresa a través de los cambios que paso a paso se suceden en el interior

de los personajes, en la conciencia que tienen de sí mismos, de los demás y de sus mundos caleidoscópicos. De sus restantes novelas, *Las olas* (1931) es la más evasiva y estilizada, y *Orlando* (1928), más o menos basada en la vida de su amiga Vita Sackville-West, es una fantasía histórica a la vez que un análisis del sexo, la creatividad y la identidad.

También escribió biografías y ensayos; en *Una habitación propia* (1929), defendió los derechos de la mujer. Su correspondencia y sus diarios, publicados póstumamente, son valiosos tanto para los escritores en ciernes como para los lectores de su obra. El 29 de marzo de 1941 se suicidó ahogándose.

Enciclopedia Microsoft(R) Encarta(R) 98. (c) 1993-1997 Microsoft Corporation.



Virginia Woolf

La Señora Dalloway

La señora Dalloway decidió que ella misma compraría las flores.

Sí, ya que Lucy tendría trabajo más que suficiente. Había que desmontar las puertas; acudirían los operarios de Rumpelmayer. Y entonces Clarissa Dalloway pensó: qué mañana diáfana, cual regalada a unos niños en la playa.

¡Qué fiesta! ¡Qué aventura! Siempre tuvo esta impresión cuando, con un leve gemido de las bisagras, que ahora le pareció oír, abría de par en par el balcón, en Bourton, y salía al aire libre. ¡Qué fresco, qué calmo, más silencioso que éste, desde luego, era el aire a primera hora de la mañana. . .! como el golpe de una ola; como el beso de una ola; fresco y penetrante, y sin embargo (para una muchacha de dieciocho años, que eran los que entonces contaba) solemne, con la sensación que la embargaba mientras estaba en pie ante el balcón abierto, de que algo horroroso estaba a punto de ocurrir; mirando las flores mirando los árboles con el humo que sinuoso surgía de ellos, y las cornejas alzándose y descendiendo; y lo contempló, en pie, hasta que Peter Walsh dijo: “¿Meditando entre vegetales?”—¿fue eso?—, “Prefiero los hombres a las coliflores”—¿fue eso? Seguramente lo dijo a la hora del desayuno, una mañana en que ella había salido a la terraza. Peter Walsh. Regresaría de la India cualquiera de estos días, en junio o julio, Clarissa Dalloway lo había olvidado debido a lo aburridas que eran sus cartas: lo que una recordaba eran sus dichos, sus ojos, su cortaplumas, su sonrisa, sus malos humores, y, cuando millones de cosas se habían desvanecido totalmente —¡qué extraño era!—, unas cuantas frases como ésta referente a las verduras.

Se detuvo un poco en la acera, para dejar pasar el camión de Durtnall. Mujer encantadora la consideraba Scrope Purvis (quien la conocía como se conoce a la gente que vive en la casa contigua en Westminster); algo de pájaro tenía, algo de grajo, azul-verde, leve, vivaz, a pesar de que había ya cumplido los cincuenta, y de que se había quedado muy blanca a raíz de su enfermedad. Y allí estaba, como posada en una rama, sin ver a Scrope Purvis, esperando el momento de cruzar, muy erguida.

Después de haber vivido en Westminster—¿cuántos años llevaba ahora allí?, más de veinte—, una siente, incluso en medio del tránsito, o al despertar en la noche, y de ello estaba Clarissa muy cierta, un especial silencio o una solemnidad, una indescriptible pausa, una suspensión (aunque esto quizá fuera debido a su corazón, afectado, según decían; por la gripe), antes de las campanadas del Big Ben. ¡Ahora! Ahora sonaba solemne. Primero un aviso, musical; luego la hora, irrevocable. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. Mientras cruzaba Victoria Street, pensó qué tontos somos. Sí, porque sólo Dios sabe por qué la amamos tanto, por que la vemos así, creándose, construyéndose alrededor de una, revolviéndose, renaciendo de nuevo en cada instante; pero las más horrendas arpías, las más miserables mujeres sentadas ante los portales (bebiendo su caída) hacen lo

mismo; y tenía la absoluta certeza de que las leyes dictadas por el Parlamento de nada servían ante aquellas mujeres, debido a la misma razón: amaban la vida. En los ojos de la gente, en el ir y venir y el ajeteo; en el griterío y el zumbido; los carruajes, los automóviles, los autobuses, los camiones, los hombres-anuncio que arrastran los pies y se balancean; las bandas de viento; los organillos; en el triunfo, en el campanileo y en el alto y extraño canto de un avión en lo alto, estaba lo que ella amaba: la vida, Londres, este instante de junio.

Sí, porque el mes de junio estaba mediado. La guerra había terminado, salvo para algunos como la señora Foxcroft que anoche, en la embajada, se atormentaba porque aquel guapo muchacho había muerto en la guerra y ahora un primo heredaría la antigua casa solariega; o como Lady Bexborough quien, decían, inauguró una tómbola con el telegrama en la mano, John, su predilecto, había muerto en la guerra: pero había terminado; a Dios gracias, había terminado. Era junio. El rey y la reina estaban en palacio. Y en todas partes, pese a ser aún tan temprano, imperaba un ritmo, un movimiento de jacas al galope, un golpeteo de palos de cricket; Lords, Ascot, Ranelagh y todo lo demás; envueltos en la suave red del aire matutino gris azulado que, a medida que avanzara el día, lo iría liberando, y en sus céspedes ondulados aparecerían las saltarinas jacas, cuyas manos con sólo tocar levemente el suelo las impulsaban hacia lo alto, y los muchachos arremolinándose, y las rientes chicas con sus vestidos de transparente muselina que, incluso ahora, después de haber bailado durante toda la noche, daban un paseo a sus perros absurdamente lanudos; e incluso ahora, a esta hora, viejas y discretas viudas hacendadas pasaban veloces en sus automóviles, camino de misteriosas diligencias; y los tenderos se asomaban a los escaparates para disponer los diamantes falsos y los auténticos, los viejos y preciosos broches verde-mar con montura del siglo XVIII para tentar a los norteamericanos (pero hay que economizar, y no comprar temerariamente cosas para Elizabeth), y también ella, amándolo cual lo amaba, con una absurda y fiel pasión, ya que antepasados suyos habían sido cortesanos en el tiempo de los Jorges, iba aquella misma noche a iluminar y adornar, iba a dar una fiesta. Pero, cuán extraño fue el silencio al entrar en el parque; la neblina; el murmullo; los felices patos de lento nadar; los panzudos pájaros de torpe andar; ¡y quién se acercaba, dando la espalda a los edificios del gobierno, cual era pertinente, con una cartera de mano en la que destacaba el escudo real, sino el mismísimo Hugh Whitbread!; ¡su viejo amigo Hugh! ¡El admirable Hugh!

Excediéndose quizá en el tono, ya que se conocían desde la infancia, Hugh dijo:

—Muy buenos días, mi querida Clarissa. ¿A dónde vas?

—Me gusta pasear por Londres—repuso la señora Dalloway—. En realidad, es mejor que pasear por el campo.

Ellos habían venido—desgraciadamente—para ir al médico. Otra gente venía para ver cuadros, para ir a la ópera, para presentar a sus hijas, los Whitbread venían “para ir al médico”. Innumerables veces había visitado Clarissa a Evelyn Whitbread en la clínica. ¿Estaba Evelyn de nuevo enferma? Evelyn estaba algo achacosa, dijo Hugh, dando a entender mediante una especie de erguimiento o hinchazón de su bien cubierto, varonil, extremadamente apuesto y a la perfección forrado cuerpo (siempre iba casi demasiado bien vestido, pero cabía presumir que estaba obligado a ello por su pequeño cargo en la corte), que su esposa padecía cierta afección interna, nada grave, lo cual Clarissa Dalloway, por ser antigua amiga, comprendería a la perfección, sin exigirle explicaciones. Oh, sí, claro, lo comprendió, qué pesadez, y experimentó sentimientos de hermandad, y, al mismo tiempo, tuvo rara conciencia de su sombrero. No era el sombrero adecuado a aquella temprana hora de la mañana, ¿verdad? Sí, ya que Hugh siempre le causaba esta sensación, mientras parloteaba, y se quitaba el sombrero en ademán un tanto ampuloso, y le aseguraba que parecía una muchacha de dieciocho años, y le decía que, desde luego, esta noche iría a su fiesta, por cuanto Evelyn había insistido en que así lo hiciera, aunque llegaría un poco tarde debido a que asistiría a la fiesta en palacio, a la que debía llevar a uno de los hijos de Jim, le causaba la sensación de ser un poco desaliñada a su lado, un poco colegiala; pero le tenía afecto, en parte por conocerle de toda la vida, y le consideraba buena persona a su manera, a pesar de que Richard no podía soportarlo, y a pesar de Peter Walsh, quien aún no había perdonado a Clarissa que le tuviera simpatía.

Recordaba escena tras escena, en Bourton. Peter furioso; Hugh, desde luego, no estaba a su altura en aspecto alguno, pero no era el perfecto imbécil que Peter creía; no era un puro y simple adoquín. Cuando su anciana madre le pedía que dejara de cazar o que la llevara a Bath, Hugh lo hacía sin rechistar; carecía de egoísmo, y en cuanto a la afirmación, formulada por Peter, de que carecía de corazón, carecía de cerebro y carecía de todo, salvo de los modales y apostura del caballero inglés, bien cabía decir que era una de las peores manifestaciones del carácter de Peter. Peter podía ser intolerable, imposible, pero era adorable para pasear con él en una mañana así.

(Junio había hecho brotar todas las hojas de los árboles. Las madres de Pimlico amamantaban a sus hijos. La Armada transmitía mensajes al Almirantazgo. Arlington Street y Piccadilly parecían dar calor al aire del parque, y alzar las hojas, ardientes y brillantes, en oleadas de aquella divina vitalidad que Clarissa amaba. Y, con entusiasmo, ahora Clarissa hubiera bailado, montado a caballo.)

Pero parecía que ella y Peter llevaran siglos y siglos lejos el uno del otro. Clarissa nunca escribía cartas, y las de Peter eran más secas que un palo. Sin embargo, de repente a Clarissa se le ocurría pensar: ¿qué diría Peter si estuviera conmigo?; ciertos días, ciertas imágenes le devolvían a Peter con paz, sin la antigua amargura; quizás esto fuera la

recompensa de haber comenzado a amar a la gente; y regresaron las imágenes de una hermosa mañana en el centro de St. James Park, sí, realmente regresaron. Pero Peter, por hermosos que fueran los árboles, o el césped o la niña vestida de color de rosa, no veía nada. Si Clarissa se lo pedía, Peter se ponía las gafas; y miraba. Lo que le interesaba era el estado del mundo; Wagner, la poesía de Pope, el carácter de las gentes eternamente, y los defectos del alma de Clarissa. ¡Cómo la reñía! ¡Cómo discutían! Clarissa se casaría con un primer ministro y permanecería en pie en lo alto de una escalinata; la perfecta dama de sociedad, la llamó Peter (por esto lloró en su dormitorio), tenía las hechuras de la perfecta dama de sociedad, decía Peter.

Por esto, Clarissa se encontró todavía discutiendo en St. James Park, todavía convenciéndose de que había acertado—como realmente acertó—al no casarse con Peter. Ya que en el matrimonio, entre personas que viven juntas día tras día en la misma casa, debe haber un poco de tolerancia, un poco de independencia; cosas que Richard le concedía, y ella a él. (Por ejemplo, ¿dónde estaba Richard aquella mañana? En la reunión de algún comité, aunque Clarissa nunca se lo preguntaba.) Pero, en el caso de Peter, era preciso compartirlo todo, meterse en todo. Y esto era intolerable, y, cuando se produjo aquella escena, junto a la fuente, en el jardincillo, Clarissa tuvo que romper con él, ya que de lo contrario, y de ello estaba convencida, ambos hubieran quedado aniquilados, destruidos. A pesar de lo cual, Clarissa había llevado durante años, clavado en el corazón, el dardo de la pena y de la angustia: ¡y luego el horror de aquel momento en que alguien le dijo, en un concierto, que Peter se había casado con una mujer a la que había conocido en el barco rumbo a la India! Fue un momento que Clarissa nunca olvidaría. Peter la motejaba de fría, sin corazón y mojjigata. Clarissa nunca pudo comprender la intensidad de los sentimientos de Peter. Pero al parecer sí podían aquellas mujeres indias, tontas, lindas, frágiles, insensatas. Y Clarissa hubiera podido ahorrarse su compasión. Porque Peter era perfectamente feliz, según le decía, totalmente feliz, pese a que no había hecho nada de aquello de lo que hablaban; su vida entera había sido un fracaso. Esto también disgustaba a Clarissa.

Llegó a la salida del parque. Se quedó parada unos instantes, contemplando los autobuses en Piccadilly.

Ahora no diría a nadie en el mundo entero qué era esto o lo otro. Se sentía muy joven, y al mismo tiempo indeciblemente avejentada. Como un cuchillo atravesaba todas las cosas, y al mismo tiempo estaba fuera de ellas, mirando. Tenía la perpetua sensación, mientras contemplaba los taxis, de estar fuera, fuera, muy lejos en el mar, y sola; siempre había considerado que era muy, muy peligroso vivir, aunque sólo fuera un día. Y conste que no se creía inteligente ni extraordinaria. Ignoraba cómo se las había arreglado para ir viviendo con los escasos conocimientos que *Fräulein* Daniels le había impartido. No sabía nada; ni

idiomas, ni historia; ahora rara vez leía un libro, como no fuera de memorias, en la cama; y sin embargo esto le parecía absorbente; todo esto; los taxis que pasaban; y nunca diría de Peter, ni diría de sí misma, soy esto, soy aquello.

Su único don era conocer a la gente, casi por instinto, pensó, mientras proseguía su camino. Si se la ponía en una habitación con alguien, arqueaba la espalda como un gato, o ronroneaba. Devonshire House, Bath House, la casa con la cacatúa de porcelana, todas las había visto iluminadas; y recordaba a Sylvia, a Fred, a Sally Seton, a tanta y tanta gente; y bailar durante toda la noche; y los carros avanzando camino del mercado; y el regreso a casa, en coche, cruzando el parque. Recordó que una vez arrojó un chelín a las aguas de la Serpentine. Pero todo el mundo recordaba; lo que le gustaba era esto, aquí, ahora, ante ella; la señora gorda dentro del taxi. Caminando hacia Bond Street, se preguntó si acaso importaba que forzosamente tuviera que dejar de existir por entero; todo esto tendría que proseguir sin ella; se sintió molesta. ¿O quizá se transformaba en un consuelo el pensar que la muerte no terminaba nada, sino que, en cierto modo, en las calles de Londres, en el ir y venir de las cosas, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en el otro, y ella era parte, tenía la certeza, de los árboles de su casa, de la casa misma, a pesar de ser fea y destartalada; parte de la gente a la que no conocía, que formaba como una niebla entre la gente que conocía mejor, que la alzaban hasta dejarla posada en sus ramas, como había visto que los árboles alzan la niebla, y que su vida y ella misma se extendían hasta muy lejos? ¿En qué soñaba, mientras contemplaba el escaparate de Hatchards? ¿Qué pretendía recobrar? ¿Qué imagen de blanco amanecer en el campo, mientras en el libro abierto leía

*No temas más al ardor del sol
Ni las furiosas rabias
invernales?*

Esta reciente experiencia del mundo había formado en todos, todos los hombres y todas las mujeres, un pozo de lágrimas. Lágrimas y penas, valor y aguante, una apostura perfectamente erguida y estoica. Bastaba pensar, por ejemplo, en la mujer a quien ella más admiraba, a Lady Bexborough inaugurando la tómbola.

Allí estaba *Jaunts and Jollities* de Jorrocks; allí estaba *Soapv Sponge* y las *Memorias* de la señora Asquith y *Big Gome Shooting in Nigeria*; todos abiertos. Había muchos libros, pero ninguno de ellos parecía ser el exactamente adecuado para dárselo a Evelyn Whitbread en la clínica. Nada había que pudiera divertirla y lograr que aquella indescriptible reseca mujercita pareciera, cuando entrara Clarissa, cordial, aunque sólo fuera por un instante, antes de que las dos quedaran dispuestas para la generalmente interminable conversación acerca de femeninas dolencias. Cuánto deseaba que la gente se

mostrase complacida en el momento en que ella entraba, pensó Clarissa, y dio media vuelta y volvió atrás hacia Bond Street, enojada, porque le parecía tonto tener otras razones para hacer las cosas. Mucho mejor ser una de esas personas como Richard, quien hacía las cosas por ellas mismas, en tanto que, pensó, esperando el momento de cruzar, la mitad de las veces ella no hacía las cosas simplemente, no las hacía por sí mismas, sino para que la gente pensara esto o lo otro; lo cual le constaba era una perfecta estupidez (y ahora el guardia levantó la mano), ya que nadie se dejaba arrastrar ni siquiera durante un segundo. ¡Oh, si pudiera comenzar a vivir de nuevo!, pensó en el momento de pisar la calzada, ¡hasta tendría un aspecto diferente!

En primer lugar, hubiera sido morena, como Lady Bexborough, de tez bruñida y hermosos ojos. Hubiera sido, lo mismo que Lady Bexborough, lenta y señorial; un tanto corpulenta; una mujer interesada en la política igual que un hombre; con una casa de campo; extremadamente digna y muy sincera. Contrariamente, tenía la figura estrecha como un palillo, y una carita ridícula, picuda cual la de un pájaro. Ciertamente era que tenía buen porte, y lindas manos y lindos pies, y vestía bien, si se tenía en cuenta lo poco que en ello gastaba. Pero ahora a menudo este cuerpo que llevaba (se detuvo para contemplar un cuadro holandés), este cuerpo, con todas sus facultades, le parecía nada, nada en absoluto. Tenía la rarísima sensación de ser invisible, no vista, desconocida; ya no volvería a casarse, ya no volvería a tener hijos ahora, y sólo le quedaba este pasmoso y un tanto solemne avance con todos los demás por Bond Street, este ser la señora Dalloway, ahora ni siquiera Clarissa, este ser la señora de Richard Dalloway.

Bond Street la fascinaba: Bond Street a primera hora de la mañana, en aquella estación: con las banderas ondeando, con sus tiendas; sin alharacas, sin relumbrón; una pieza de tweed en la tienda en que su padre se hizo los trajes durante cincuenta años; unas cuantas perlas, pocas, un salmón dentro de una barra de hielo.

“Esto es todo”, dijo mientras miraba la pescadería. “Esto es todo”, repitió deteniéndose un instante ante el escaparate de una tienda de guantes en la que, antes de la guerra, había comprado guantes casi perfectos. Y su viejo tío William solía decir que a las señoras se las conoce por sus zapatos y sus guantes. El tío William, una mañana, en plena guerra, decidió quedarse en cama. Dijo: “Ya estoy harto.” Guantes y zapatos: ella sentía pasión por los guantes, pero su propia hija, su Elizabeth, se mostraba indiferente, los guantes y los zapatos le importaban un comino.

Un comino, pensó mientras seguía avanzando por Bond Street camino de una tienda en la que le reservaban flores cuando daba una fiesta. En realidad lo que más le importaba a Elizabeth era su perro. Esta mañana la casa entera olía a alquitrán. De todos modos, más valía que a Elizabeth le diera por el pobre Grizzle que por la señorita Kilman; más valían

las peleas y el alquitrán y todo lo demás que quedarse sentada en un dormitorio mal aireado con un libro de rezos en las manos. Más valía cualquier cosa, estaba tentada Clarissa a decidir. Pero, como decía Richard, quizá fuera solamente una fase, una de estas fases por las que todas las chicas pasan. Quizá se hubiera enamorado. Pero, ¿por qué de la señorita Kilman?, que, desde luego, había tenido mala suerte, lo cual siempre es preciso tener en cuenta, pero que, como Richard decía, era muy competente y tenía verdadera mentalidad histórica. De todos modos, ahora eran inseparables, y Elizabeth, su propia hija, comulgaba; y cómo vestía, y cómo trataba a los invitados que no le caían bien. . . Por experiencia, Clarissa sabía que el éxtasis religioso endurece los modales de la gente (igual que las causas); amortigua su sensibilidad, ya que la señorita Kilman era capaz de hacer cualquier cosa en favor de los rusos y se mataba de hambre por los austríacos, pero con su comportamiento privado infligía una verdadera tortura al prójimo, tan insensible era, ataviada con su impermeable verde. Hacía años y años que llevaba aquel impermeable; sudaba; en cuanto entraba en una habitación no pasaban cinco minutos sin que hiciera sentir su superioridad, tu inferioridad; lo pobre que era ella; lo rica que era una; cómo vivía en un cuartucho, sin un almohadón, sin una cama, sin una alfombra, o sin lo que sea, con el alma cubierta por la herrumbre de la ofensa, después de haber sido despedida de la escuela, durante la guerra, ¡pobre criatura, amargada y desdichada! Sí, porque no se la odiaba a ella sino al concepto de ella, y, sin duda alguna, este concepto llevaba incorporadas muchas cosas que no eran de la señorita Kilman; y la señorita Kilman se había convertido en uno de esos espectros con los que se lucha por la noche, uno de esos espectros que se ponen a horcajadas sobre nosotros y nos chupan la mitad de la sangre, dominadores y tiránicos, pero, sin la menor duda, si los dados de la fortuna hubieran caído de otra manera, más favorable a la señorita Kilman, Clarissa la hubiera amado. Pero no en este mundo. No.

Era desesperante, pensaba, llevar este monstruo brutal agitándose en su interior; la irritaba oír el sonido de las ramas quebrándose, y sentir sus cascos hincándose en las profundidades de aquel bosque de suelo cubierto por las hojas, el alma. No podía estar en momento alguno totalmente tranquila o totalmente segura, debido a que en cualquier instante el monstruo podía atacarla con su odio que, de manera especial después de su última enfermedad, tenía el poder de provocarle la sensación de ser rasgada, de dolor en la espina dorsal. Le producía dolor físico, y era causa de que todo su placer en la belleza, en la amistad, en sentirse bien, en ser amada y en convertir su hogar en un sitio delicioso, se balanceara, temblara y se inclinara, como si realmente hubiera un monstruo royendo las raíces, como si la amplia gama de satisfacciones sólo fuera egoísmo. ¡Cuánto odio!

¡Tonterías, tonterías!, se dijo gritándose a sí misma, mientras empujaba la puerta giratoria de la floristería Mulberry.

Avanzó ligera, alta, muy erguida, para recibir inmediatamente la bienvenida de la señorita Pym, con su cara de capullo y sus manos de rojo vivo, como si las hubiera tenido en agua fría con las flores.

Allí había flores: espuelas de galán, guisantes de olor, ramos de lilas, y claveles, masas de claveles. Allí había rosas; había flor de lis. Ah, sí, en el jardín terrenal respiraba los dulces olores, mientras, en pie, hablaba con la señorita Pym, que estaba obligada a atenderla, y que la consideraba amable, ya que amable había sido desde hacía años; muy amable, pero este año parecía más vieja, mientras volvía la cabeza a uno y otro lado, entre las flores de lis y las rosas, y las reverencias de los ramos de lilas, entornados los ojos, inhalando, después del rugido de la calle, el delicioso aroma, la exquisita frescura. Y después, al abrir los ojos, qué frescas, como ropa blanca recién lavada y planchada y puesta en cestas de mimbre, le parecieron las rosas; y los oscuros y altaneros claveles rojos, alta la cabeza; y los guisantes de olor desparramándose en los cuencos, con sus matices violeta, blanco nieve, pálidos. Parecía que fuera de noche, y muchachas con vestidos de muselina salieran a coger guisantes de olor y rosas, después del soberbio día de verano, con su cielo casi azul-negro, sus espuelas de galán, sus claveles, sus azucenas; y era el momento, entre las seis y las siete, en que toda flor—las rosas, los claveles, las flores de lis y las lilas—resplandece; blanca, violeta roja, anaranjado profundo; toda flor parece arder, suavemente, con pureza, en la tierra neblinosa; ¡y cuánto le gustaban las grises y blancas mariposas nocturnas, revoloteando, yendo y viniendo, por entre las belloritas de noche!

Y, cuando comenzó a ir, en compañía de la señorita Pym, de jarro en jarro, escogiendo, tonterías, tonterías, se decía a sí misma, más y más dulcemente, como si aquella belleza, aquel aroma, aquel color y el hecho de que la señorita Pym le tuviera simpatía y confiara en ella, formaran una ola por la que ella se dejaba llevar, ahogando aquel odio, superando aquel monstruo, superándolo todo; y la ola la levantaba más y más cuando, ¡oh!, ¡en la calle sonó un disparo!

—¡Estos automóviles!—dijo la señorita Pym, mientras iba a mirar a través del escaparate.

Y regresó sonriendo con expresión de disculpa, llenas las manos de guisantes de olor, como si ella fuera responsable de aquellos automóviles, de aquellos neumáticos de automóvil.

La violenta explosión que hizo dar un salto a la señora Dalloway y obligó a la señorita Pym a ir al escaparate y a pedir disculpas procedía de un automóvil que se había detenido junto a la acera opuesta, exactamente delante del escaparate de la floristería Mulberry. Los

transeúntes que, desde luego, se habían detenido para mirar, tuvieron el tiempo justo de ver una cara de suma importancia contra el fondo de la tapicería gris tórtola, antes de que una mano masculina corriera la cortinilla y nada más pudiera verse, salvo una porción de color gris tórtola.

Sin embargo, inmediatamente comenzaron a correr los rumores desde la mitad de Bond Street hacia Oxford Street, por una parte, y hacia la perfumería de Atkinson, por otra, pasando invisibles, inaudibles, como una nube, veloces, como un velo sobre colinas, y descendiendo, de modo parecido a la brusca serenidad y el brusco silencio de la nube sobre rostros que un segundo antes estaban en el mayor desorden. Pero ahora el ala del misterio había pasado por ellos; habían oído la voz de la autoridad; el espíritu de la religión había salido al exterior con los ojos vendados y la boca abierta de par en par. Aunque nadie sabía qué rostro era aquel que había sido vislumbrado. ¿Sería el Príncipe de Gales, la Reina, el Primer Ministro? ¿De quién era aquella cara? Nadie lo sabía.

Edgar J. Watkiss, con la tubería de plomo arrollada al brazo, dijo de modo audible y, desde luego, humorista, con su acento londinense:

—El vehículo del Primer Ministro.

Septimus Warren Smith, que se encontró con el paso obstaculizado, le oyó.

Septimus Warren Smith, de unos treinta años, pálida la cara, nariz ganchuda, calzado con zapatos marrones y ataviado con un deslucido abrigo, tenía ojos castaños animados por ese brillo de aprensión que provoca aprensiones a los seres más desconocidos. El mundo había levantado el látigo. ¿Dónde descendería?

Todo había quedado detenido. El trepidar de los motores sonaba como un pulso irregular, batiendo en la totalidad de un cuerpo. El sol se hizo extraordinariamente ardiente, debido a que el automóvil se había detenido ante el escaparate de la floristería Mulberry; viejas señoras en lo alto de los autobuses abrieron negras sombrillas; aquí una sombrilla verde, allí una sombrilla roja, se abrieron con un leve plop. La señora Dalloway se acercó a la ventana, llenos los brazos de guisantes de olor, y miró hacia fuera, con su carita rosada fruncida inquisitivamente. Todos miraban el automóvil. Septimus miraba. Los chicos que iban en bicicleta se apearon de un salto. El tránsito se detuvo y se acumularon los vehículos. Y allí estaba el automóvil, corridas las cortinillas, y en ellas un curioso dibujo en forma de árbol, pensó Septimus, y aquella gradual convergencia de todo en un centro que estaba produciéndose ante sus ojos, como si un horror casi hubiera salido a la superficie y estuviera a punto de estallar en llamas, le aterró. El mundo vacilaba y se estremecía y amenazaba con estallar en llamas. Soy yo quien obstruye el camino, pensó

Septimus. ¿Acaso no le miraban y le señalaban con el dedo; acaso no estaba allí plantado, arraigado en el pavimento, para un propósito determinado? ¿Pero qué propósito?

—Vámonos, Septimus—dijo su esposa, mujer menuda, con grandes ojos en su rostro pálido y delgado; una muchacha italiana.

Pero la propia Lucrezia no podía evitar el seguir mirando el automóvil y el dibujo en forma de árbol de las cortinillas. ¿Sería la Reina? ¿La Reina que iba de compras? El chófer, que había abierto algo, tocado algo, cerrado algo, se sentó al volante.

—Vámonos—dijo Lucrezia.

Pero su marido, sí, porque ya llevaban casados cuatro, cinco años, dio un salto sorprendido, se irritó, como si Lucrezia le hubiera interrumpido, y dijo:

—¡De acuerdo!

La gente debe darse cuenta; la gente debe ver. La gente, pensó Lucrezia, mirando a la multitud que contemplaba el automóvil, la gente inglesa, con sus hijos, sus caballos y sus ropas, que en cierto modo admiraba, pero que ahora eran todos “gente”, porque Septimus había dicho “Me mataré”, y eran unas palabras terribles. ¿Y si le habían oído? Lucrezia miró a la multitud. Sentía deseos de gritar ¡socorro!, ¡socorro!, dirigiéndose a los mozos de las carnicerías y a las mujeres. ¡Socorro! ¡Hacía sólo unos meses, el último otoño, ella y Septimus habían permanecido en pie en el Embankment envueltos en la misma capa, mientras Septimus leía un papel en vez de hablar, y ella le había arrancado el papel de las manos, y había reído en las mismísimas barbas del viejo que les observaba! Pero los fracasos se ocultan. Debía llevarse a Septimus a algún parque.

—Ahora cruzaremos la calle—dijo.

Tenía derecho al brazo de Septimus, pese a que era insensible. Septimus daría el brazo a Lucrezia, que era tan sencilla, tan impulsiva, sólo contaba veinticuatro años, carecía de amigos en Inglaterra, y había salido de Italia por culpa de Septimus que era un don nadie.

El automóvil, con las cortinillas corridas y un aire de inescrutable reserva, avanzó hacia Piccadilly, siendo todavía contemplado, alterando todavía los rostros a ambos lados de la calle con idéntico aliento oscuro de veneración, sin que nadie supiera si se trataba de la Reina, el Príncipe o el Primer Ministro. El rostro en sí mismo sólo había sido visto por tres personas unos pocos segundos. Incluso el sexo era ahora objeto de controversia. Pero no cabía la menor duda acerca de la grandeza de quien iba sentado dentro del automóvil; la

grandeza pasaba, oculta, a lo largo de Bond Street, separada solamente por el alcance de una mano de la gente común que quizás ahora, por primera y última vez, había estado en posición de poder hablar con la soberana de Inglaterra, duradero símbolo del Estado que llegará al conocimiento de curiosos anticuarios, apartando las ruinas del tiempo, cuando Londres sea un sendero cubierto por la hierba y todos los que caminaban presurosos por la calle aquel miércoles por la mañana no sean más que huesos, con unas cuantas alianzas mezcladas con su propio polvo y con el oro de innumerables dientes cariados. Entonces el rostro del automóvil sería conocido.

Probablemente se trata de la Reina, pensó la señora Dalloway, saliendo de la floristería Mulberry con sus flores: la Reina. Y durante un segundo adoptó un aire de gran dignidad, allí, en pie ante la floristería, al sol, mientras el automóvil pasaba despacio, como un caballo al paso, con las cortinillas corridas. La Reina camino de algún hospital, la Reina yendo a la inauguración de alguna tómbola, pensó Clarissa.

El tránsito era terriblemente denso, teniendo en cuenta la hora. ¿Lords, Ascot, Hurlingham?, se preguntó Clarissa, porque la calle estaba obstruida. Los individuos de la clase media británica, sentados unos junto a otros en lo alto de los autobuses con sus paquetes y sus paraguas, sí, e incluso con pieles, en semejante día, eran, pensó, más ridículos, más diferentes a todo de lo que había imaginar; y la mismísima Reina detenida; la Reina sin poder seguir su camino. Clarissa estaba detenida a un lado de Brook Street; Sir John Buckhurst, el viejo juez, estaba al otro lado, con el automóvil en medio, entre los dos (Sir John había aplicado la Ley durante muchos años, y le gustaban las mujeres bien vestidas), cuando el chófer, inclinándose muy levemente, dijo o mostró algo al guardia, que saludó y alzó el brazo y efectuó un brusco movimiento lateral de la cabeza, con lo que echó el autobús a un lado, y el automóvil siguió adelante. Despacio y muy silenciosamente, prosiguió su camino.

Clarissa procuró adivinar; Clarissa lo sabía de cierto, desde luego; había visto algo blanco, mágico, circular, en la mano del lacayo, un disco con un nombre inscrito en él —¿el de la Reina, el del Príncipe de Gales, el del Primer Ministro?—, que, en méritos de su propio lustre, se abría camino abrasador (Clarissa veía cómo el automóvil se empequeñecía, cómo desaparecía), para relumbrar entre candelabros, destellantes estrellas, pechos envarados por las hojas de roble, Hugh Whitbread y sus colegas, los caballeros de Inglaterra, aquella noche en el Palacio de Buckingham. Y Clarissa también daba una fiesta. Se envaró un poco; así estaría de pie en lo alto de la escalinata.

El automóvil se había ido, pero había dejado una leve estela que pasaba por las guanterías, las sombrererías, las sastrerías, a ambos lados de Bond Street.

Durante treinta segundos todas las cabezas estuvieron inclinadas a un mismo lado, hacia

la calle. Las señoras, en trance de escoger un par de guantes—¿por encima o por debajo del codo, de color limón o gris pálido?—, se interrumpieron; y, cuando la frase estuvo terminada, algo había cambiado. Algo tan leve, en algunos casos concretos, que no había instrumento de precisión, incluso capaz de poder transmitir conmociones ocurridas en China, capaz de registrar sus vibraciones; algo que, sin embargo, era en su plenitud un tanto formidable, y, en su capacidad de llamar la atención, eficacísimo; por cuanto, en todas las sombrererías y las sastrerías, los desconocidos se miraron entre sí, y pensaron en los muertos, en la bandera, en el Imperio. En una taberna de una calleja lateral, un hombre de las colonias insultó a la Casa de Windsor, y esto motivó palabras gruesas, ruptura de jarras de cerveza y un general altercado, que provocó extraños ecos a lo lejos, en los oídos de las muchachas que compraban blanca ropa interior, adornada con puro hilo blanco, para su boda. Sí, ya que la superficial agitación producida por el paso del automóvil, arañó, al hundirse, algo muy profundo.

Después de deslizarse por Piccadilly, el automóvil penetró en St. James's Street. Hombres altos, hombres de robusta constitución, hombres bien vestidos, con sus chaqués, sus blancas pecheras y su cabello peinado hacia atrás, hombres que, por razones de difícil determinación, se hallaban en pie en el ventanal de White's, las manos detrás de los faldones del chaqué, miraron hacia fuera, e instintivamente se dieron cuenta de que la grandeza pasaba por la calle, y la pálida luz de la inmortal presencia los envolvió como había envuelto a Clarissa Dalloway. Inmediatamente se irguieron todavía más, y quitaron las manos de debajo de los faldones de los chaqués, y parecieron dispuestos a servir a la Monarquía, en la misma boca del cañón, caso de ser necesario, tal como sus antepasados habían hecho. Los blancos bustos y las pequeñas mesas al fondo, cubiertas con números del *Tatler* y botellas de soda, parecieron dar su aprobación; parecieron reflejar el ondulante trigo y las casas solariegas de Inglaterra; y parecieron devolver el débil murmullo de las ruedas del motor del automóvil, como una rumorosa galería devuelve una sola voz ampliada y con sonoridad multiplicada por el poderío de toda una catedral. Envuelta en su chal, con sus flores en la acera Moll Prat deseó buena suerte al querido muchacho (era el Príncipe de Gales, sin duda alguna), y de buena gana hubiera arrojado el precio de una cerveza—un ramillete de rosas—a la calzada de St. James's Street, sencillamente impulsada por la alegría y el desprecio a la pobreza, si no hubiera visto que el guardia la estaba mirando, con lo que evitó la manifestación de lealtad de una vieja irlandesa. Los centinelas de St. James's saludaron, y el policía de Queen Alexandra dio su aprobación.

Entre tanto, una pequeña multitud se había reunido ante el Palacio de Buckingham. Distráidos pero pletóricos de confianza, todos pobres, esperaban; miraban el Palacio, con la bandera ondeando; miraban a Victoria hinchada en lo alto de su montículo, admirando el caer del agua, los geranios; de entre los automóviles que pasaban por el Mall se fijaban

en uno o en otro; prodigaban en vano su emoción a simples ciudadanos que habían salido a dar, un paseo en coche; reservaban su tributo, en espera de la ocasión adecuada, al paso de este o aquel automóvil; y dejaban en todo instante que el rumor se acumulara en sus venas y tensara los nervios de sus muslos, al pensar en la posibilidad de que la Realeza los mirara; la Reina haciendo una reverencia; el Príncipe saludando; al pensar en la celestial vida concedida por la divinidad a los reyes; en los cortesanos y las profundas reverencias; en la antigua casa de muñecas de la Reina; en la Princesa Mary casada con un inglés, y en el Príncipe... ¡ah!, ¡el Príncipe!, quien, según decían, se parecía pasmosamente al viejo Rey Eduardo, aunque era mucho más delgado. El Príncipe vivía en St. James's pero podía muy bien ir a visitar a su madre por la mañana.

Esto dijo Sarah Bletchley con su hijo pequeño en brazos, moviendo la punta del pie arriba y abajo, como si estuviera ante el fuego del hogar en su casa de Pimlico, aunque con la vista fija en el Mall, mientras la mirada de Emily Coates apuntaba a las ventanas del Palacio, y pensaba en las doncellas, las innumerables doncellas, en los dormitorios, los innumerables dormitorios. Un anciano caballero con un terrier de Aberdeen, y hombres sin ocupación, engrosaron la multitud. El menudo señor Bowley, que se alojaba en el Albany, y que tenía tapadas con cera las más profundas fuentes de la vida, aun cuando podía destaparlas súbitamente, de manera incongruente y sentimental, ante hechos como éste: mujeres pobres en espera de ver pasar a la Reina, mujeres pobres, simpáticos niñitos, huérfanos, viudas, la guerra—no, no. . .—, tenía lágrimas en los ojos. Una brisa cálida que se deslizaba por el Mall entre los delgados árboles, pasando junto a los héroes de bronce, alzó la bandera que ondeaba en el británico pecho del señor Bowley, quien levantó su sombrero en el aire, en el momento en que el automóvil penetraba en el Mall, y lo mantuvo levantado mientras el automóvil se acercaba, dejando que las pobres madres de Pimlico le rodearan y le oprimieran, y se quedó muy erguido. El automóvil se acercaba.

De repente la señora Coates miró al cielo. El sonido de un aeroplano penetró en tremendo zumbido en los oídos de la multitud. Por allí venía, sobre los árboles, dejando tras sí una estela de humo blanco, que se ondulaba y retorció, ¡escribiendo algo!, ¡trazando letras en el cielo! Todos alzaron la vista.

Después de dejarse caer como muerto, el aeroplano se alzó rectamente, dibujó un arco, aceleró, se hundió; se alzó e, hiciera lo que hiciera, fuera a donde fuera, detrás iba dejando una gruesa y alborotada línea de humo blanco, que se rizaba y retorció en el cielo formando letras. Pero, ¿qué letras? ¿Era acaso una C? ¿Una E y después una L? Sólo un instante se quedaban las letras quietas; luego se movían y se mezclaban y se borraban del cielo, y el aeroplano veloz se alejaba todavía más, y de nuevo, en un nuevo espacio del cielo, comenzaba a escribir, una K y una E y una Y quizá.

—Blaxo—dijo la señora Coates, en voz tensa, maravillada, fija la vista en lo alto, con el

niño rígido y blanco en sus brazos.

—Kreemo—murmuró como una sonámbula la señora Bletchley.

Sosteniendo el sombrero con la mano perfectamente quieta, el señor Bowley miró a lo alto. A lo largo del Mall la gente parada miraba el cielo. Y, mientras miraban, el mundo entero quedó en total silencio, y una bandada de gaviotas cruzó el cielo, primero una, en cabeza, y después otra, y en este extraordinario silencio y paz, en esta palidez, en esta pureza, las campanas sonaron doce veces, y el sonido fue muriendo entre las gaviotas.

El aeroplano giraba y corría y trazaba curvas exactamente en el lugar deseado, aprisa, libremente, como un patinador...

—Esto es una E—dijo la señora Bletchley... O como un bailarín...

—Es caramelo —murmuró el señor Bowley...

(y el automóvil cruzó la verja, y nadie lo miró), y cerrando la salida de humo se alejó de prisa más y más, y el humo se adelgazó y fue a juntarse con las anchas y blancas formas de las nubes.

Había desaparecido; estaba detrás de las nubes. No había sonido. Las nubes a las que las letras E, G o L se habían unido se movían libremente, como si estuvieran destinadas a ir de oeste a este, en cumplimiento de una misión de la mayor importancia que jamás podría ser revelada, aun cuando, ciertamente, era esto: una misión de la mayor importancia. De repente, tal como un tren sale del túnel, de las nubes salió otra vez el aeroplano el sonido penetró en los oídos de toda la gente del Mall, de Green Park, de Piccadilly, de Regent Street, de Regent's Park, y la barra de humo se curvó tras él y el aeroplano descendió, y se elevó y escribió letra tras letra, pero ¿qué palabra escribía?

Lucrezia Warren Smith, sentada junto a su marido en un asiento del Sendero Ancho de Regent's Park, alzó la vista y gritó:

—¡Mira, mira, Septimus!

Sí, porque el doctor Holmes le había dicho que debía procurar que su marido (que no padecía nada serio, aunque estaba algo delicado) se tomara interés en cosas ajenas a su persona.

Septimus levantó la vista y pensó: parece que me dirigen un mensaje. Aunque no en

palabras propiamente dichas; es decir, todavía no podía leer aquel mensaje; sin embargo aquella belleza, aquella exquisita belleza era evidente, y las lágrimas llenaron los ojos de Septimus mientras contemplaba cómo las palabras de humo se debilitaban y se mezclaban con el cielo y le otorgaban su inagotable caridad, su riente bondad, forma tras forma de inimaginable belleza, dándole a entender su propósito de darle, a cambio de nada, para siempre, sólo con mirar, belleza, ¡más belleza! Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Septimus.

Era caramelo; anunciaban caramelos, dijo una niñera a Rezia. Las dos juntas comenzaron a deletrear C. . . a. . . r. . .

“K...R...”, dijo la niñera, y Septimus la oyó pronunciar junto a su oído: “Cay. . . Arr...” con voz profunda, suave, como un dulce órgano, pero con una cierta brusquedad de saltamontes, que rascó deliciosamente la espina dorsal de Septimus, y mandó a su cerebro oleadas de sonido que, al chocar, se rompieron. Fue un maravilloso descubrimiento: la voz humana, dadas ciertas condiciones atmosféricas (ante todo hay que ser científico, muy científico), ¡puede dar vida a los árboles! Afortunadamente Rezia puso su mano, con tremendo peso, sobre la rodilla de Septimus, con lo que éste quedó aplomado, ya que de lo contrario la excitación de ver a los olmos levantándose y cayendo, levantándose y cayendo, con todas sus hojas encendidas y el color debilitándose y fortificándose del azul al verde de una ola traslúcida, como plumeros de caballos, como plumas en la cabeza de una señora, tan altiva era la manera en que se alzaban y descendían tan soberbia, le hubiera hecho perder la razón. Pero Septimus no estaba dispuesto a enloquecer. Cerraría los ojos; no vería nada más.

Pero por señas le llamaban; las hojas estaban vivas; los árboles estaban vivos. Y las hojas, por estar conectadas mediante millones de fibras con el cuerpo de Septimus, allí sentado, lo abanicaban de arriba abajo; cuando la rama se alargaba, también Septimus se expresaba así. Los gorriones revoloteando, alzándose y descendiendo sobre melladas fuentes formaban parte de aquel dibujo; del blanco y el azul rayado por las negras ramas. Con premeditación los sonidos componían armonías, y los espacios entre ellas eran tan expresivos como los sonidos. Un niño lloraba. A la derecha y a lo lejos sonó un cuerno. Todo ello, juntamente considerado, significaba el nacimiento de una nueva religión.

—¡Septimus!—dijo Rezia.

Septimus sufrió un violento sobresalto. La gente forzosamente tuvo que darse cuenta.

—Voy a la fuente y vuelvo—dijo Rezia.

Sí, porque no podía aguantarlo más. El doctor Holmes podía decir que a Septimus no le ocurría nada. ¡Pero Rezia hubiera preferido verle muerto! Era incapaz de seguir sentada a su lado, cuando le daban aquellos sobresaltos, y cuando no la veía, y cuando lo transformaba todo en algo terrible; cielo y árbol, niños jugando, carros rodando, silbatos silbando, todo cayendo: todo era terrible. Y Septimus no se mataría, y Rezia no podía explicarlo a nadie. “Septimus ha estado trabajando demasiado”, esto era cuanto Rezia podía decir a su propia madre. Pensó que amar la convierte a una en un ser solitario. No podía hablar con nadie, ahora ni siquiera con Septimus, y, volviendo la vista atrás, le vio sentado, envuelto en su deslucido abrigo, solo y encorvado, fija la vista en el vacío. Indicaba cobardía el que un hombre dijera que quería matarse, pero Septimus había luchado; era valiente, ahora ya no era Septimus. Rezia se ponía su nuevo cuello de encaje. Se ponía el sombrero nuevo, y Septimus ni se daba cuenta; y era feliz sin ella. ¡Pero, sin Septimus, no había nada que pudiera hacer feliz a Rezia! ¡Nada! Septimus era un egoísta. Todos los hombres lo son. Y no estaba enfermo. El doctor Holmes decía que Septimus no tenía nada. Rezia extendió la mano ante su vista. ¡Mira! La alianza le resbalaba; tanto había adelgazado. Era ella quien sufría, pero no podía contárselo a nadie.

Lejos estaba Italia y las blancas casas y la habitación en que sus hermanas confeccionaban sombreros, y las calles atestadas todos los atardeceres de gente que iba de paseo, que reía sonoramente, de gente que no estaba tan sólo medio viva, ¡como la gente de aquí que, sentada en tristes sillas, contemplaba unas flores, pocas y feas, que crecían en tiestos!

—Me gustaría que vierais los jardines de Milán —dijo Rezia en voz alta. Pero, ¿a quién?

No había nadie. Sus palabras se desvanecieron. Como se extingue un cohete. Brilla, después de haberse abierto paso en la noche, se rinde a la noche, descende la oscuridad, cubre los perfiles de casas y torres, se suavizan las laderas de las colinas, y se hunden. Pero pese a que todo desaparece, la noche está repleta; privado de color, en la ceguera de las ventanas, todo existe de manera más grave, todo da lo que la franca luz del día no puede transmitir, la inquietud y la intriga de las cosas conglomeradas en las tinieblas, apiñadas en las tinieblas, carentes del relieve que les da el alba cuando, pintando los muros de blanco y de gris, rebrillando en los cristales de las ventanas, levantando la niebla de los campos mostrando las vacas pardirrojas que pastan en paz, todo queda de nuevo amarrado a los ojos, todo existe otra vez. Estoy sola, ¡estoy sola!, gritó junto a la fuente de Regent’s Park (contemplando al indio con su cruz), quizá como lo estoy a medianoche cuando, borrados todos los límites, el país recupera su antigua forma, tal como los romanos lo vieron, envuelto en nubes, cuando desembarcaron, y las colinas carecían de nombre, y los ríos serpenteaban hacia no sabían ellos dónde. Tal era la oscuridad en que Rezia se hallaba, cuando de repente, cual si hubiera aparecido una plataforma y Rezia se encontrara en ella, se dijo que era la esposa de Septimus, casada con él hacía años en Milán, sí, su esposa, ¡y

nunca, nunca, diría que Septimus estaba loco! ¡Y, ahora, se había ido, se había ido a matarse, tal como había amenazado, a arrojarse al paso de un carro! Pero no, allí estaba, aún sentado solo, con su deslucido abrigo, cruzadas las piernas, fija la vista, hablando para sí en voz alta.

Los hombres no deben cortar los árboles. Hay un Dios. (Septimus anotaba estas revelaciones al dorso de sobres.) Cambia el mundo. Nadie mata por odio. Hazlo saber (lo escribió). Esperó. Escuchó. Un gorrión, encaramado en la verja ante él, pió Septimus, Septimus, cuatro o cinco veces, y siguió emitiendo notas para cantar con lozanía y penetración, en griego, que el crimen no existe, y se le unió otro gorrión, y ambos cantaron en voces prolongadas y penetrantes, en griego, en los árboles del valle de la vida, más allá del río por el que los muertos caminan, que la muerte no existe.

Allí estaba la mano de Septimus, allí estaban los muertos. Cosas blancas se congregaban al otro lado de la verja frente a él. Pero no osaba mirar. ¡Evans estaba detrás de la verja!

—¿Qué dices? —preguntó Rezia de repente, sentándose a su lado.

¡Interrumpido de nuevo! Rezia le estaba interrumpiendo siempre.

Lejos de la gente, debían alejarse de la gente, dijo Septimus (levantándose de un salto), e irse allá inmediatamente, al lugar en que había sillas bajo la copa de un árbol, y la larga ladera del parque descendía como una pieza de verde lana, con un cielo de tela azul y humo rosado muy en lo alto, y había un conglomerado de casas lejanas e irregulares envueltas en humo y el tránsito murmuraba en círculo, y a la derecha animales de sombríos colores alargaban el largo cuello sobre la empalizada del zoo, ladrando y aullando. Allí se sentaron, bajo la copa del árbol.

Indicando una reducida tropa de muchachos con palos de jugar al cricket, uno de los cuales arrastraba los pies y daba giros sobre un talón y arrastraba los pies, como si imitara a un payaso, Rezia imploró:

—Mira.

Rezia imploró “mira”, debido a que el doctor Holmes le había dicho que debía procurar que Septimus se fijara en cosas reales, que fuera al music hall, que jugara al cricket. Sí, dijo el doctor Holmes, no hay juego como el cricket, juego al aire libre, el más indicado para su marido.

—Mira—repitió Rezia.

Mira, le invitaba lo no visto, la voz que ahora comunicaba con él, que era el ser más grande de la humanidad, Septimus, últimamente transportado de la vida a la muerte, el Señor que había venido para renovar la sociedad, el que yacía como una colcha, como una capa de nieve sólo tocada por el sol sin consumirse jamás sufriendo siempre, el chivo expiatorio, el sufriente eterno, pero él no quería ser esto, gimió, apartando de sí con un ademán aquel eterno sufrir, aquella eterna soledad.

Para evitar que hablara en voz alta, para sí, fuera de casa, Rezia repitió:

—Mira.

Y volvió a implorar:

—Oh, mira.

Pero, ¿qué podía mirar? Unos cuantos corderos. Esto era todo.

Cómo ir a la estación del metro de Regent's Park, sí, podían decirle cómo ir a la estación del metro de Regent's Park, preguntó Maisie Johnson. Hacía sólo dos días que había llegado de Edimburgo.

Para que no viera a Septimus, Rezia la echó a un lado con un ademán, y exclamó:

—¡No es por aquí! ¡Es por allá!

Los dos parecen raros, pensó Maisie Johnson. Todo le parecía muy raro. Era la primera vez que estaba en Londres, y había venido para trabajar a las órdenes de su tío en Leadenhall Street, y ahora, al cruzar Regent's Park por la mañana, aquella pareja la había sobresaltado. La joven parecía extranjera, y el hombre parecía raro; hasta el punto de que, cuando fuera vieja, aún los recordaría, y entre otros recuerdos haría sonar el recuerdo de la hermosa mañana de verano en que había cruzado Regent's Park cincuenta años atrás. Sí, ya que ella sólo contaba diecinueve años, y por fin había alcanzado su propósito de ir a Londres; y ahora, qué rara era aquella pareja a quien había preguntado cómo ir a la estación del metro; la chica se había sobresaltado y había agitado la mano, y el hombre parecía terriblemente raro; quizá se estaban peleando; quizá se estaban separando para siempre; le constaba que algo les ocurría; y ahora toda esa gente (había vuelto al Sendero Ancho), los estanques de piedra, las lindas flores, los hombres viejos y las mujeres, inválidos casi todos ellos, sentados en sillas, todo parecía, después de Edimburgo, muy raro. Y Maisie Johnson se unió a la gente que arrastraba suavemente los pies, miraba con vaguedad, a la

gente besada por la brisa, mientras las ardillas se subían a las ramas y se acicalaban, los gorriones revoloteaban abandonando las fuentes para pedir migajas, y los perros se entretenían en la barandilla y se entretenían los unos a los otros, bañados por el suave y cálido aire que daba al mirar fijo y sin sorpresa con el que recibían la vida cierta expresión caprichosa y dulcificada, y Maisie Johnson supo, sin la menor duda, que debía gritar ¡oh! (ya que aquel joven sentado la había sobresaltado mucho; le constaba que allí pasaba algo).

¡Horror! ¡horror!, deseaba gritar. (Había abandonado a los suyos; le habían advertido lo que podía ocurrir.)

¿Por qué no se había quedado en casa?, gritó crispando la mano en la bola de hierro de la verja.

Esta chica, pensó la señora Dempster (que guardaba restos de pan para las ardillas y a menudo almorzaba en Regent's Park), no sabe nada de nada; y realmente la señora Dempster consideraba que más valía ser un poco robusta, un poco desaliñada, un poco moderada en las ambiciones. Percy bebía. Bueno, mejor tener un hijo, pensó la señora Dempster. Fue duro para la señora Dempster, y no pudo evitar una sonrisa al ver a aquella chica. Te casarás, porque eres lo bastante linda para ello, pensó la señora Dempster. Cástate, pensó, y verás. Oh, las cocineras y todo lo demás. Cada hombre tiene su manera de ser. Pero no sé si hubiera decidido lo mismo que decidí, si hubiera estado enterada de antemano, pensó la señora Dempster, y no pudo evitar el deseo de decirle unas palabras al oído a Maisie Johnson, de sentir en la arrugada piel de su cara vieja y marchita el beso de la piedad. Sí, porque ha sido una vida dura, pensó la señora Dempster. ¿Qué no he dado yo a esta vida? Rosas; la figura; y también los pies. (Escondió los pies deformes y abollados bajo la falda.)

Rosas, pensó con sarcasmo. Basura, querida. Sí, porque realmente, entre comer, beber, cohabitar, entre días buenos y días malos, la vida no había sido cuestión de rosas, y digamos también, lo cual es más importante todavía, que Carrie Dempster no sentía el menor deseo de cambiar su sino por el de otra mujer, fuere quien fuese, de Kentish Town. Pero imploraba piedad. Piedad por la pérdida de las rosas. Pedía la piedad de Maisie Johnson, en pie junto a los prados de jacintos.

Pero, ¡ah, el aeroplano! ¿Acaso la señora Dempster no había ansiado siempre ver países extranjeros? Tenía un sobrino misionero. El aeroplano se elevaba veloz. Siempre se hacía a la mar, en Margate, aunque sin perder de vista la tierra, y no aguantaba a las mujeres que temían al agua. El aeroplano giró y descendió. La señora Dempster tenía el estómago en la boca. Hacia arriba otra vez. Dentro va un guapo muchacho, apostó la señora Dempster; y se alejó y se alejó, deprisa, desvaneciéndose, más y más lejos, el aeroplano, pasando muy

alto sobre Greenwich y todos los mástiles, sobre la islilla de grises iglesias, San Pablo y las demás, hasta que a uno y otro lado de Londres, se extendieron llanos los campos y los bosques castaño oscuro en donde aventureros tordos, saltando audazmente, rápida la mirada, atrapaban al caracol y lo golpeaban contra una piedra, una, dos, tres veces.

El aeroplano se alejó más y más hasta que sólo fue una brillante chispa, una aspiración, una concentración, un símbolo (tal le pareció al señor Bentley, que vigorosamente segaba el césped de su jardín en Greenwich) del alma del hombre; de su decisión, pensó el señor Bentley segando el césped alrededor del cedro, de escapar de su propio cuerpo, salir de su casa, mediante el pensamiento, Einstein, la especulación, las matemáticas, la teoría de Mendel. Veloz se alejaba el aeroplano.

Entonces, mientras un hombre andrajoso y estrambótico con una cartera de cuero, permanecía en pie en la escalinata de la catedral de St. Paul, y dudaba, porque dentro estaba el bálsamo, una gran bienvenida, innumerables tumbas con banderas ondeando encima, trofeos de victorias conseguidas, no contra ejércitos, sino, pensaba el hombre, sobre este enojoso espíritu de búsqueda de la verdad que me ha dejado en la situación en que me encuentro, y, más aún, la catedral ofrecía compañía, pensaba el hombre, porque le invita a uno a ser miembro de una sociedad; grandes hombres pertenecen a ella; hay mártires que han muerto por ella; por qué no entrar, pensó, y poner esta cartera de cuero repleta de folletos ante un altar, una cruz, el símbolo de algo que se ha elevado por encima de la búsqueda, la persecución y la unión de palabras, y se ha convertido en puro espíritu, sin cuerpo, etéreo, ¿por qué no entrar?, pensó, y mientras el hombre dudaba el aeroplano se alejó sobre Ludgate Circus.

Era raro; era silencioso. Ni un sonido se oía por encima del tránsito. Parecía que nadie lo guiara, que volara por obra de su propia voluntad. Y ahora se alzó en una curva, y subía rectamente, como algo que se elevara en éxtasis, en puro deleite, y de su parte trasera surgía el humo que, retorciéndose, escribió una C y una A y una R.

—¿Qué miran? —preguntó Clarissa Dalloway a la doncella que le abrió la puerta de su casa.

El vestíbulo de su casa era fresco como una cripta. La señora Dalloway se llevó la mano a los ojos, y, mientras la doncella cerraba la puerta, la señora Dalloway oyó el rumor de las faldas de Lucy, y se sintió como una monja que se ha apartado del mundo y nota la sensación de los familiares velos que la envuelven, y su reacción a las viejas devociones. La cocinera silbaba en la cocina. Oyó el tecleo de una máquina de escribir. Era su vida, y, bajando la cabeza sobre la mesa del vestíbulo, se inclinó bajo aquella influencia, se sintió bendita y purificada, diciéndose, en el momento de coger el bloc con el mensaje telefónico

escrito en él, que momentos como aquél eran brotes del árbol de la vida, flores de tinieblas, pensó (como si una hermosa rosa hubiera florecido sólo para sus ojos). Y ni por un momento creyó en Dios, pero, pensó, levantando el bloc, precisamente por ello una debe recompensar en el vivir cotidiano a los domésticos, sí, a los perros y a los canarios, y sobre todo a Richard, su marido, que era la base de todo—de los alegres sonidos, de las verdes luces, del silbar de la cocinera, ya que la señora Walker era irlandesa y se pasaba el día silbando—, una debe pagar este secreto depósito de exquisitos instantes, pensó, y levantó más el bloc; mientras Lucy estaba en pie junto a ella intentando explicarle:

—El señor Dalloway, señora...

Clarissa leyó en el bloc: “Lady Bruton desea saber si el señor Dalloway puede almorzar con ella hoy.”

—El señor Dalloway, señora, me ha encargado que le dijera que hoy no almorzará en casa.

—¡Vaya!

Y Lucy, tal como Clarissa deseaba, participó en su desilusión (aunque no en el dolor); Lucy sintió la concordia entre las dos; obedeció a la insinuación; pensó en el modo en que las gentes de la clase media aman; doró con calma su propio futuro; y, cogiendo la sombrilla de la señora Dalloway, la transportó como si fuera un arma sagrada que una diosa, después de haberse comportado honrosamente en el campo de batalla, abandona, y la colocó en el paragüero.

Clarissa dijo: “No temas más.” No temas más el ardor del sol; porque la desagradable sorpresa de que Lady Bruton hubiera invitado a almorzar a Richard sin ella hizo que el momento en que Clarissa se hallaba se estremeciera, tal como la planta en el cauce del río siente el golpe del remo y se estremece: así se estremeció, así tembló Clarissa.

Millicent Bruton, cuyos almuerzos, según se decía, eran extremadamente divertidos, no la había invitado. Los celos vulgares no podían separar a Clarissa de Richard. Pero Clarissa temía al tiempo en sí mismo, y había leído en el rostro de Lady Bruton, como si fuera un círculo tallado en impasible piedra, que la vida iba acabándose, que año tras año quedaba recortada su participación en ella, que el margen que le quedaba poco podía ya ampliarse, poco podía absorber, como en los años juveniles, los colores, las sales, los tonos de la existencia, de manera que Clarissa llenaba la habitación en que entraba, y sentía a menudo, en el momento de quedar dubitativa ante la entrada de su sala de estar, la exquisita sensación de estar en suspenso, cual la siente el nadador que se dispone a arrojarse al mar, mientras éste se oscurece y se ilumina bajo su cuerpo, y las olas amenazan con romper,

pero sólo rasgan suavemente la superficie, y, al parecer, hacen rodar, ocultan e incrustan de perlas las algas.

Dejó el bloc en la mesa del vestíbulo. Comenzó a subir despacio la escalera, como si hubiera salido de una fiesta en la que ahora este amigo, luego aquél, hubieran reflejado su propia cara, hubieran sido el eco de su voz; como si hubiera cerrado la puerta y hubiera salido y hubiera quedado sola, solitaria figura contra una noche terrible, o mejor, para ser exactos, contra la objetiva mirada de esta mañana de junio; esta mañana que tenía para algunos la suavidad del pétalo de rosa, según sabía y según sintió en el momento en que se detuvo junto a la ventana abierta en la escalera, cuyas cortinas ondeaban, dejando entrar los ladridos de los perros, dejando entrar, pensó, sintiéndose repentinamente marchita, avejentada, sin pecho, la barahúnda, el aliento y el florecer del día fuera de la casa, fuera de la ventana, fuera de su propio cuerpo y de su cerebro que ahora vacilaba, porque Lady Bruton, cuyos almuerzos, se decía, eran extraordinariamente divertidos, no la había invitado.

Como una monja retirándose, o como un niño explorando una torre, fue hasta el piso superior, se detuvo ante una ventana, se dirigió al baño. Allí estaba el linóleo verde y un grifo que goteaba. Había un vacío alrededor del corazón de la vida; una estancia de ático. Las mujeres deben despojarse de sus ricos atavíos. Al llegar el mediodía deben quitarse las ropas. Pinchó la almohadilla y dejó el amarillo sombrero con plumas sobre la cama. Las sábanas estaban limpias, tensamente estiradas en una ancha banda que iba de un lado al otro. Su cama se haría más y más estrecha. La vela se había consumido hasta su mitad, y Clarissa estaba profundamente inmersa en las *Memorias* del Barón Marbot. Hasta muy avanzada la noche había leído la retirada de Moscú. Debido a que la Cámara deliberaba hasta muy tarde, Richard había insistido en que Clarissa, después de su enfermedad, durmiera sin ser molestada. Y realmente ella prefería leer la retirada de Moscú. Richard lo sabía. Por esto el dormitorio era una estancia de ático; la cama, estrecha; y mientras yacía allí leyendo, ya que dormía mal, no podía apartar de sí una virginidad conservada a través de los partos, pegada a ella como una sábana. Bella en la adolescencia, llegó bruscamente el instante—por ejemplo, en el río, bajo los bosques de Clieveden—en que, en méritos de una contracción de este frío espíritu, Clarissa había frustrado a Richard. Y después en Constantinopla, y una y otra vez. Clarissa sabía qué era lo que le faltaba. No era belleza, no era inteligencia. Era algo central y penetrante; algo cálido que alteraba superficie y estremecía el frío contacto de hombre y mujer, o de mujeres juntas. Porque *esto* era algo que ella podía percibir oscuramente. Le dolía, sentía escrúpulos cuyo origen sólo Dios conocía, o, quizás, eso creía, enviados por la Naturaleza (siempre sabia); sin embargo, a veces no podía resistir el encanto de una mujer, no de una muchacha, de una mujer confesando, cual a menudo le confesaban, un mal paso, una locura. Y, tanto si se debía a piedad, o a la belleza de estas mujeres, o a que era mayor que ellas, o a una causa

accidental, como un débil aroma o un violín en la casa contigua (tan extraño es el poder de los sonidos en ciertos momentos), Clarissa sentía sin lugar a dudas lo que los hombres sienten. Sólo por un instante; pero bastaba. Era una súbita revelación, un placer cual el del rubor que una intenta contener y que después, al extenderse, hace que una ceda a su expansión, y el rubor llega hasta el último confín, y allí queda temblando, y el mundo se acerca, pletórico de pasmoso significado, con la presión del éxtasis, rompiendo su fina piel y brotando, manando, con extraordinario alivio, sobre las grietas y las llagas. Entonces, durante este momento, Clarissa había visto una iluminación, una cerilla ardiendo en una planta de azafrán, un significado interior casi expresado. Pero la cercanía desaparecía; lo duro se suavizaba. Había terminado el momento. Contra tales momentos (también con mujeres), contrastaba (en el momento de dejar el sombrero) la cama, el Barón Marbot y la vela medio consumida. Mientras yacía despierta, el suelo gemía; la casa iluminada se oscurecía de repente, y si levantaba la cabeza podía oír el seco sonido de la manecilla de la puerta que Richard devolvía con la mayor suavidad posible a su posición originaria, y Richard subía la escalera en calcetines, y entonces, a menudo, ¡se le caía la botella de agua caliente y lanzaba una maldición! ¡Y cómo reía Clarissa!

Pero esta cuestión de amar (pensó, guardando la chaqueta), este enamorarse de mujeres. Por ejemplo, Sally Seton; su relación en los viejos tiempos con Sally Seton. ¿Acaso no había sido amor, a fin de cuentas?

Estaba sentada en el suelo—ésta era su primera impresión de Sally—, estaba sentada en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas, fumando un cigarrillo. ¿Dónde pudo ocurrir? ¿En casa de los Manning? ¿De los Kinloch-Jones? En una fiesta (aun cuando no sabía con certeza dónde), ya que recordaba claramente haber preguntado al hombre en cuya compañía estaba: “¿Quién es ésta?” Y él se lo dijo, y añadió que los padres de Sally no se llevaban bien (¡cuánto la escandalizó que los padres se pelearan!). Pero en el curso de la velada no pudo apartar la vista de Sally. Era una extraordinaria belleza, la clase de belleza que más admiraba Clarissa, morena, ojos grandes, con aquel aire que, por no tenerlo ella, siempre envidiaba, una especie de abandono, cual si fuera capaz de decir cualquier cosa, de hacer cualquier cosa, un aire mucho más frecuente en las extranjeras que en las inglesas. Sally siempre decía que por sus venas corría sangre francesa, que un antepasado suyo que había estado con María Antonieta y al que cortaron la cabeza, dejó un anillo con un rubí. Quizá fue aquel verano en que Sally se presentó en Bourton, para pasar unos días, y entró totalmente por sorpresa, sin un penique en el bolsillo, después de la cena, sobresaltando de tal manera a la pobre tía Helena que nunca la perdonó. En su casa se había producido una terrible pelea. Literalmente, no tenía ni un penique aquella noche en que recurrió a ellos; había empeñado un broche para ir a Bourton. Había ido allá en un brusco impulso, en un arrebató. Y estuvieron hablando hasta altas horas de la noche. Sally fue quien le hizo caer en la cuenta, por vez primera, de lo plácida y resguardada que era la

vida en Bourton. Clarissa no sabía nada acerca de sexualidad, nada acerca de problemas sociales. En una ocasión vio a un viejo caer muerto en un campo; había visto vacas inmediatamente después de tener cría. Pero a tía Helena nunca le gustaron las discusiones, fueran del tema que fueren (cuando Sally le dio a Clarissa el William Morris, tuvo que forrarlo con papel color pardo). Hora tras hora estuvieron sentadas, hablando, en el dormitorio del último piso de la casa, hablando de la vida, de cómo iban a reformar el mundo. Querían fundar una sociedad que aboliera la propiedad privada, y realmente escribieron una carta, aunque no la mandaron. Las ideas eran de Sally, desde luego, pero muy pronto Clarissa quedó tan entusiasmada como la propia Sally, y leía a Platón en cama antes del desayuno, leía a Morris, leía a Shelley a todas horas.

La fuerza de Sally, sus dones, su personalidad eran pasmosas. Por ejemplo, estaba lo que hacía con las flores. En Bourton siempre tenían pequeños y rígidos jarrones a lo largo de la mesa. Pues Sally salió, cogió malvas, dalias—todo género de flores que jamás habían sido vistas juntas—, les cortó la cabeza, y las arrojó a unos cuencos con agua, donde quedaron flotando. El efecto fue extraordinario, al entrar a cenar, al ocaso. (Desde luego, tía Helena consideró cruel tratar así a las flores.) Después Sally olvidó la esponja, y corrió por el pasillo desnuda. Y aquella lúgubre y vieja criada, Ellen Atkins, anduvo quejándose: “¿Y si algún caballero la hubiera visto, qué?” Sally, realmente, escandalizaba. Era desaliñada, decía papá.

Lo raro ahora, al recordarlo, era la pureza, la integridad, de sus sentimientos, hacia Sally. No eran como los sentimientos hacia un hombre. Se trataba de un sentimiento completamente desinteresado, y además tenía una característica especial que sólo puede darse entre mujeres, entre mujeres recién salidas de la adolescencia. Era un sentimiento protector, por parte de Clarissa; nacía de cierta sensación de estar las dos acordes, aliadas, del presentimiento de que algo forzosamente las separaría (siempre que hablaban de matrimonio, lo hacían como si se tratara de una catástrofe, lo cual conducía a aquella actitud de caballeroso paladín, a aquel sentimiento de protección, más fuerte en Clarissa que en Sally). En aquellos días, Sally se comportaba como una total insensata; por alarde, hacia las cosas más idiotas: recorría en bicicleta el parapeto que limitaba la terraza; fumaba cigarros. Absurda, era muy absurda. Pero su encanto resultaba avasallador, al menos para Clarissa, y recordaba los momentos en que, de pie en su dormitorio, en el último piso de la casa, con la botella de agua caliente en las manos, decía en voz alta: “¡Sally está bajo este techo. . . ! ¡Está bajo este techo!”

No, ahora las palabras no significaban nada para ella. Ni siquiera podía percibir el eco de su antigua emoción. Pero recordaba los escalofríos de excitación, y el peinarse en una especie de éxtasis (ahora la vieja sensación comenzó a regresar a ella, en el momento en que se quitaba las horquillas del pelo y las dejaba en la mesa tocador para arreglarse el

peinado), con las cornejas ascendiendo y descendiendo en la luz rosada del atardecer, y bajar la escalera, y al cruzar la sala, sentir que “si muriera ahora, sería sumamente feliz”. Este era su sentimiento, el sentimiento de Otelo, y lo sentía, estaba convencida de ello, con tanta fuerza como Shakespeare quiso que Otelo lo sintiera, ¡todo porque había bajado a cenar, con un vestido blanco, para encontrarse con Sally Seton!

Ella iba vestida de tul color rosado, ¿era posible? De todos modos, *parecía* todo luz, todo esplendor, como un pájaro o como un levísimo plumón que, llevado por el viento, se posa un instante en una zarza. Pero nada hay tan raro, cuando se está enamorada (¿y qué era aquello sino amor?), como la total indiferencia de los demás. La tía Helena desapareció después de la cena; papá leía el periódico. Peter Walsh quizás estuviera allí, y la vieja señorita Cummings; Joseph Breilkopf sí estaba, sin la menor duda, ya que iba todos los veranos, pobre viejo, para pasar allí semanas y semanas, y fingía enseñar alemán a Clarissa, aunque en realidad se dedicaba a tocar el piano y a cantar obras de Brahms con muy poca voz.

Todo lo anterior era como un paisaje de fondo para Sally. Estaba en pie, junto al hogar, hablando con aquella voz tan hermosa que cuanto decía sonaba como una caricia, y se dirigía a papá, que había comenzado a sentirse atraído un tanto en contra de su voluntad (nunca pudo olvidar que, después de prestar uno de sus libros a Sally, lo encontró empapado en la terraza), cuando de repente Sally dijo: “¡Qué vergüenza estar sentados dentro!”, y todos salieron a la terraza y pasearon arriba y abajo. Peter Walsh y Joseph Breilkopf siguieron hablando de Wagner. Clarissa y Sally les seguían, un poco rezagadas. Entonces se produjo el momento más exquisito de la vida de Clarissa, al pasar junto a una hornacina de piedra con flores. Sally se detuvo; cogió una flor; besó a Clarissa en los labios. ¡Fue como si el mundo entero se pusiera cabeza abajo! Los otros habían desaparecido; estaba a solas con Sally. Y tuvo la impresión de que le hubieran hecho un regalo, envuelto, y que le hubieran dicho que lo guardara sin mirarlo, un diamante, algo infinitamente precioso, envuelto, que mientras hablaban (arriba y abajo, arriba y abajo) desenvolvió, o cuyo envoltorio fue traspasado por el esplendor, la revelación, el sentimiento religioso, hasta que el viejo Joseph y Peter Walsh aparecieron frente a ellas.

—¿Contemplando las estrellas?—dijo Peter.

¡Fue como darse de cara contra una pared de granito en la oscuridad! ¡Fue vergonzoso!
¡Fue horrible!

No por ella. Sólo sintió que Sally era ahora maltratada, sintió la hostilidad de Peter, sus celos, su decisión de entrometerse en la camaradería de ellas dos. Vio todo lo anterior como se ve un paisaje a la luz de un relámpago. Y Sally (¡jamás la admiró tanto!) siguió

valerosamente invicta. Rió. Invitó al viejo Joseph a que le dijera el nombre de las estrellas, y él lo hizo con toda seriedad. Sally quedó allí, en pie, prestando atención. Oyó los nombres de las estrellas.

“¡Qué horror!”, se dijo Clarissa, como si hubiera sabido en todo momento que algo interrumpiría, amargaría, su instante de felicidad.

Sin embargo fue mucho lo que después llegó a deberle a Peter Walsh. Siempre que pensaba en él recordaba sus peleas suscitadas por cualquier causa, quizá motivadas por lo mucho que Clarissa deseaba la buena opinión de Peter. Le debía palabras como “sentimental”, “civilizado”. Todos los días de Clarissa comenzaban como si Peter fuera su guardián. Un libro era sentimental; una actitud ante la vida era sentimental. “Sentimental”, quizá Clarissa fuera “sentimental” por pensar en el pasado. ¿Qué pensaría Peter, se preguntó Clarissa, cuando regresara?

¿Qué había envejecido? ¿Lo diría, o acaso Clarissa vería, cuando Peter regresara, que pensaba que había envejecido? Era cierto. Desde su enfermedad se había quedado con el cabello casi blanco.

Al dejar el broche sobre la mesa, sintió un súbito espasmo, como si, mientras meditaba, las heladas garras hubieran tenido ocasión de clavarse en ella. Todavía no era vieja. Acababa de entrar en su quincuagésimo segundo año. Le quedaban meses y meses de aquel año, intactos. ¡Junio, julio, agosto! Todos ellos casi enteros, y, como si quisiera atrapar la gota que cae, Clarissa (acercándose a la mesa de vestirse) se sumió en el mismísimo corazón del momento, lo dejó clavado, allí, el momento de esta mañana de junio en la que había la presión de todas las otras mañanas, viendo el espejo, la mesilla, y todos los frascos, concentrando todo su ser en un punto (mientras miraba el espejo), viendo la delicada cara rosada de la mujer que aquella misma noche daría una fiesta, de Clarissa Dalloway, de sí misma.

¡Cuántos millones de veces había visto su rostro y siempre con la misma imperceptible contracción! Oprimía los labios, cuando se miraba al espejo. Lo hacía para dar a su cara aquella forma puntiaguda. Así era ella: puntiaguda, aguzada, definida. Así era ella, cuando un esfuerzo, una invitación a ser ella misma, juntaba las diferentes partes—sólo ella sabía cuán diferentes, cuán incompatibles—, y quedaban componiendo ante el mundo un centro, un diamante, una mujer que estaba sentada en su sala de estar y constituía un punto de convergencia, un esplendor sin duda en algunas vidas aburridas, quizás un refugio para los solitarios; había ayudado a ser siempre la misma, no mostrar jamás ni un signo de sus otras facetas, deficiencias, celos, vanidades, sospechas, cual ésta de Lady Brunton que no la había invitado a almorzar; lo cual, pensó (peinándose por fin), ¡era de una bajeza sin

nombre! Bueno, ¿y dónde estaba el vestido?

Sus vestidos de noche colgaban en el armario. Clarissa hundió la mano en aquella suavidad, descolgó cuidadosamente el vestido verde y lo llevó a la ventana. Estaba rasgado. Alguien le había pisado el borde de la falda. En la fiesta de la embajada había notado que el vestido cedía en la parte de los pliegues. A la luz artificial el verde brillaba, pero ahora, al sol, perdía su color. Lo arreglaría ella misma. Las criadas tenían demasiado trabajo. Se lo pondría esta noche. Cogería las sedas, las tijeras, el —¿qué?—el dedal, naturalmente, y bajaría a la sala de estar, porque también tenía que escribir, y vigilar para que todo estuviera más o menos en orden.

Es raro, pensó deteniéndose en lo alto de la escalera y reuniendo aquella forma de diamante, aquella persona unida, es raro el modo en que la dueña de una casa conoce el instante por el que la casa pasa, su humor del momento. Leves sonidos se elevaban en espiral por el hueco de la escalera: el murmullo de un paño mojado, un martilleo, golpes con la mano, cierta sonoridad cuando la puerta principal se abría, tintineo de la plata sobre una bandeja. Plata limpia para la fiesta. Todo era para la fiesta.

(Y Lucy, entrando en la sala con la bandeja en las manos, puso los gigantescos candelabros en la repisa del hogar, con la urna de plata en medio, y orientó el delfín de cristal hacia el reloj. Acudirían; estarían en pie; hablarían en el tono pulido que Lucy sabía imitar, las damas y los caballeros. Y, de entre todos, su ama era la más bella; ama de plata, de lencería, de porcelana; y el sol, la plata, las puertas desmontadas, los empleados de Rumpelmayer, todo le daba la sensación, mientras dejaba la daga de cortar papel en la mesa con incrustaciones, de algo logrado. ¡Mirad! ¡Mirad!, dijo, dirigiéndose a sus viejas amigas de la panadería, en donde trabajó por vez primera en su vida, en Caterham, mientras se contemplaba disimuladamente en el espejo. Lucy era Lady Ángela atendiendo a la Princesa Mary, en el instante en que entró la señora Dalloway.)

—¡Oh, Lucy —dijo Clarissa—, qué limpia está la plata!

—¿Les gustó la comedia de anoche?—dijo, mientras volvía a poner en postura vertical el delfín—. Tuvieron que irse antes de que terminara—dijo—. ¡Tenían que estar de vuelta a las diez!—dijo—. No saben cómo termina—dijo. Es un poco duro realmente—dijo (sus sirvientas podían llegar más tarde, si pedían permiso)—. Qué lástima—dijo, cogiendo el almohadón raído que estaba en medio del sofá, y poniéndolo en manos de Lucy, y dándole un leve empujón, y gritando—: ¡Lléveselo! ¡Déselo a la señora Walker de mi parte! ¡Lléveselo!

Y Lucy se detuvo en la puerta de la sala, sosteniendo el almohadón, y preguntó muy

tímidamente, poniéndose ligeramente colorada, si podía ayudarla quizás a remendar la rotura del vestido.

—Muchas gracias, Lucy, oh, muchas gracias—contestó la señora Dalloway.

Y gracias, gracias, siguió diciendo (sentándose en el sofá con el vestido sobre las rodillas, con las tijeras y las sedas), gracias, gracias, siguió diciendo, agradecida en términos generales a sus sirvientas por ayudarla a ser así, a ser como deseaba, dulce y generosa. Las sirvientas le tenían simpatía. Y luego este vestido, ¿dónde estaba la rotura? y ahora tenía que enhebrar la aguja. Era uno de sus vestidos favoritos, hecho por Sally Parker, casi el último que confeccionó, porque Sally se había retirado, vivía en Ealing, y si tengo un momento, pensó Clarissa (pero ya no volvería a tener un momento), iré a verla a Ealing. Sí, porque era todo un personaje, pensó Clarissa, una verdadera artista. Un poco excéntricos, sí, eran sus pensamientos, pero sus vestidos nunca fueron raros. Una podía llevarlos en Hatfield; en el Palacio de Buckingham. Los había llevado en Hatfield; en el Palacio de Buckingham.

La paz envolvió a Clarissa, la calma, la satisfacción, mientras la aguja, juntando suavemente la seda de elegante caída, unía los verdes pliegues y los cosía, muy lentamente, a la cintura. De la misma manera en los días de verano las olas se juntan, se abalanzan y caen; se juntan y caen; y el mundo entero parece decir “esto es todo” con más y más gravedad, hasta que incluso el corazón en el cuerpo que yace al sol en la playa también dice esto es todo. No temas más, dice el corazón. No temas más, dice el corazón, confiando su carga a algún mar que suspira colectivamente por todas las penas, y renueva, comienza, junta, deja caer. Y sólo el cuerpo presta atención a la abeja que pasa; la ola rompiendo; el perro ladrando, ladrando y ladrando a lo lejos.

—¡El timbre de la puerta principal! exclamó Clarissa, deteniendo la aguja. Y, alertada, escuchó.

—La señora Dalloway me recibirá—dijo en el vestíbulo el hombre de mediana edad—. Sí, sí, a mí me recibirá—repitió, mientras con benevolencia echaba a Lucy a un lado, y muy de prisa, corriendo, empezaba a subir la escalera—. Sí, sí, sí—murmuraba mientras subía corriendo la escalera—. Me recibirá. Después de haber pasado cinco años en la India, Clarissa me recibirá.

—¿Quién puede. . .? ¿Quién puede. . .? —preguntó Clarissa.

(Lo dijo pensando que era indignante que la interrumpieran a las once de la mañana del día en que daba una fiesta.) Había oído pasos en la escalera. Oyó una mano en la puerta.

Intentó ocultar el vestido, como una virgen protegiendo la castidad, resguardando su intimidad. Ahora la manecilla de bronce giró. Ahora la puerta se abrió, y entró. . . ¡durante un segundo no pudo recordar cómo se llamaba!, tan sorprendida quedó al verle, tan contenta, tan intimidada, ¡tan profundamente sorprendida de que Peter Walsh la visitara inesperadamente aquella mañana! (No había leído su carta.)

—¿Qué tal, cómo estás?—dijo Peter Walsh, temblando de veras, cogiendo las dos manos de Clarissa, besándole ambas manos.

Ha envejecido, pensó Peter Walsh sentándose. No le diré nada, pensó, porque ha envejecido. Me está mirando, pensó, bruscamente dominado por la timidez, a pesar de que le había besado las manos. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas grande y lo abrió a medias.

Exactamente igual, pensó Clarissa; el mismo extraño aspecto; el mismo traje a cuadros; su cara parece un poco alterada, un poco más delgada, un poco más seca quizá, pero tiene un aspecto magnífico, y es el mismo de entonces.

—¡Qué maravilloso volverte a ver!—exclamó.

Peter abrió del todo el cortaplumas. Muy propio de él, pensó Clarissa.

Anoche llegó a la ciudad, dijo él; hubiera debido irse al campo inmediatamente; ¿y qué novedades había?, ¿cómo estaban todos?, ¿Richard?, ¿Elizabeth?

—¿Qué significa esto?—dijo, indicando con el cortaplumas el vestido verde.

Va muy bien vestido, pensó Clarissa; sin embargo, siempre me critica.

Aquí está, remendando un vestido; remendando un vestido, como de costumbre, pensó Peter Walsh; aquí ha estado sentada todo el tiempo que yo he estado en la India; remendando el vestido; entreteniéndose; yendo a fiestas; corriendo a la Cámara y regresando y todo lo demás, pensó, mientras iba irritándose más y más, agitándose más y más, porque nada hay en el mundo tan malo para algunas mujeres como el matrimonio, pensó y la política; y tener un marido conservador, como el admirable Richard. Así es, así es, pensó, cerrando el cuchillo con un seco sonido.

—Richard está muy bien—dijo Clarissa—. Richard está en un comité.

Abrió las tijeras y le preguntó si le molestaba que terminara de hacer lo que estaba

haciendo con el vestido, ya que aquella noche daba una fiesta.

—¡A la que no te invitaré, mi querido Peter!

Pero fue delicioso oírle decir aquello: ¡mi querido Peter! En realidad, todo era delicioso: la plata, las sillas... ¡todo era tan delicioso!

¿Y por qué no iba a invitarle a la fiesta?, preguntó.

Desde luego, pensó Clarissa, ¡es encantador! ¡Totalmente encantador! Ahora recuerdo lo difícilísimo que fue tomar la decisión. ¿Y por qué tomé la decisión de no casarme con él, aquel verano?, se preguntó.

—¡Es extraordinario que hayas venido esta mañana! —gritó Clarissa, poniendo las manos una encima de la otra sobre el vestido—. ¿Recuerdas cómo batían las persianas, en Bourton?

—Efectivamente, batían.

Y recordó desayunar solo, muy intimidado, con el padre de Clarissa; y el padre había muerto; y Peter Walsh no había escrito a Clarissa. Pero la verdad era que nunca se había llevado bien con el viejo Parry, aquel viejo y flojo quejumbroso, el padre de Clarissa, Justin Parry.

—A menudo deseo haberme llevado mejor con tu padre—dijo.

—Papá nunca tuvo simpatía hacia ninguno de mis. . . de nuestros amigos.

Y de buena gana se hubiera Clarissa mordido la lengua por haber recordado con estas palabras a Peter Walsh el que se hubiera querido casar con ella.

Desde luego, quise hacerlo, pensó Peter Walsh; casi me destrozó el corazón, pensó; y quedó dominado por su propia pena, que se alzó como una luna que se contempla desde una terraza, horriblemente hermosa en la luz del día naufragante. Jamás he sido tan desdichado, pensó. Y, como si de veras estuviera sentado en la terraza, se inclinó un poco hacia Clarissa; adelantó la mano; la levantó; la dejó caer. Allí arriba, sobre ellos, colgaba aquella luna. También Clarissa parecía estar sentada con él en la terraza, a la luz de la luna.

—Ahora es de Herbert—dijo Clarissa—. Ahora nunca voy allí.

Entonces, tal como ocurre en una terraza a la luz de la luna, cuando una persona comienza a sentirse avergonzada de estar ya aburrída, y sin embargo la otra está sentada en silencio, muy tranquila, mirando con tristeza la luna, y la primera prefiere no hablar, mueve el pie, se aclara la garganta, advierte la existencia de una voluta de hierro en la pata de una mesa, toca una hoja, pero no dice nada, así se comportó Peter Walsh ahora. Sí, porque, ¿a santo de qué regresar al pasado?, pensó. ¿Por qué inducirle a volver a pensar en el pasado? ¿Por qué hacerle sufrir, después de haberle torturado de manera tan infernal? ¿Por qué?

—¿Recuerdas el lago?—preguntó Clarissa.

Lo dijo en voz brusca, bajo el peso de una emoción que le atenazaba el corazón, que daba rigidez a los músculos de la garganta, y que contrajo sus labios en un espasmo al pronunciar la palabra “lago”. Sí, porque era una niña que arrojaba pan a los patos, entre sus padres, y al mismo tiempo una mujer mayor que acudía al lado de sus padres, que estaban en pie junto al lago, y ella iba con su vida en brazos, vida que, a medida que se acercaba a sus padres, crecía más y más en sus brazos, hasta llegar a ser una vida entera, una vida completa, que puso ante ellos, diciendo: “¡Esto es lo que he hecho con mi vida! ¡Esto!” ¿Y qué había hecho con ella? ¿Realmente, qué? Sentada allí, cosiendo, esta mañana, en compañía de Peter Walsh.

Miró a Peter Walsh; su mirada, pasando a través de aquel tiempo y de aquella emoción, le alcanzó dubitativa se posó llorosa en él, se alzó y se alejó en un revoloteo, cual un pájaro que toca una rama y se alza y se aleja revoloteando. Con gran sencillez, se secó los ojos.

—Sí—dijo Peter—. Sí, sí, sí—dijo, como si Clarissa sacara a la superficie algo que causaba verdadero dolor a medida que ascendía.

¡Basta, basta!, deseaba gritar Peter. Porque no era viejo; su vida no había terminado; no, ni mucho menos. Hacía poco que había cumplido los cincuenta. ¿Se lo digo o no?, pensó. De buena gana se desahogaría contándoselo todo. Pero es demasiado fría, pensó; cosiendo, con sus tijeras; Daisy parecía vulgar, al lado de Clarissa. Y pensaría que soy un fracasado, y es cierto que lo soy según ellos, pensó; según los Dalloway. No tenía la menor duda al respecto; era un fracasado, al lado de todo aquello—la mesa con incrustaciones, el ornamental cortapapeles, el delfín y los candelabros, la tapicería de las sillas y los viejos y valiosos grabados ingleses a todo color—, ¡era un fracasado! Detesto la presuntuosa complacencia de todo esto, pensó; es cosa de Richard, no de Clarissa; pero Clarissa se casó con él. (En este instante Lucy entró en la estancia con plata, más plata, pero su aspecto era encantador, esbelto y grácil, pensó Peter, cuando se inclinó para dejar la plata.) ¡Y así han vivido constantemente!, pensó, semana tras semana; la vida de Clarissa; en tanto que yo, pensó; e inmediatamente todo pareció irradiar de él: viajes, cabalgadas, peleas,

aventuras, partidas de bridge, amores, ¡trabajo, trabajo, trabajo!, y sacó el cortaplumas sin el menor disimulo, el viejo cortaplumas con cachas de cuerno que Clarissa podía jurar había tenido en el curso de aquellos treinta años, y crispó sobre él la mano.

Qué costumbre tan extraordinaria, pensó Clarissa; siempre jugando con un cuchillo. Y siempre, también, haciéndola sentirse una frívola, de mente vacía, una simple charlatana atolondrada. Pero también yo tengo la culpa, pensó, y, cogiendo la aguja, llamó, como una reina cuyos guardianes se han dormido y la han dejado sin protección (había quedado sorprendida por aquella visita, visita que la había alterado), de manera que cualquiera puede acercarse y mirarla, mientras yace con las zarzas meciéndose sobre su cuerpo, llamó en su ayuda a las cosas que hacía, las cosas que le gustaban, su marido, Elizabeth, ella misma, cosas que ahora Peter apenas conocía, para que acudieran todas a ella y derrotaran al enemigo.

—Bien, ¿y qué has hecho en estos años?—dijo.

De igual manera, antes de que la batalla comience, los caballos patean el suelo, alzan la cabeza, reluce la luz en sus ijares, curvan el cuello. De la misma manera, Peter Walsh y Clarissa, sentados el uno al lado del otro en el sofá azul, se desafiaban. En el interior de Peter Walsh, piafaban y se alzaban sus poderes. Procedentes de distintas zonas, reunió toda suerte de cosas: alabanzas, su carrera en Oxford, su matrimonio del que Clarissa nada sabía, lo que había amado, y el haber llevado a cabo su tarea.

—¡Millones de cosas! exclamó.

Y, estimulado por aquel conjunto de poderes que ahora embestían en todas direcciones y le daban la sensación terrorífica, y al mismo tiempo extremadamente excitante, de ser transportado en volandas sobre los hombros de gente a la que él no podía ver, se llevó las manos a la frente.

Clarissa, muy erguida, contuvo el aliento.

—Estoy enamorado—dijo Peter Walsh.

Pero no lo dijo a Clarissa, sino a aquella mujer levantada en la oscuridad para que uno no pudiera tocarla y se viera obligado a dejar la guirnalda en el césped, en la oscuridad.

—Enamorado—repitió, dirigiéndose ahora con cierta sequedad a Clarissa Dalloway—.

Enamorado de una muchacha en la India.

Había depositado su guirnalda. Clarissa podía hacer lo que quisiera con ella.

—¡Enamorado!—dijo Clarissa.

¡A su edad, con su corbatita de lazo, aplastado por aquel monstruo! Y tiene el cuello descarnado, las manos rojas, ¡y es seis meses mayor que yo! Lo pensó con los ojos destellantes, pero en su corazón sintió, de todas maneras: está enamorado. Tiene esto, sintió; está enamorado.

Pero el indomable egotismo que constantemente derriba a las huestes que se le oponen, el río que dice adelante, adelante, adelante—aunque reconoce que podemos no tener una meta, no por ello deja de decir adelante—, este indomable egotismo dio color a las mejillas de Clarissa, la hizo parecer muy joven, muy sonrosada, con los ojos muy brillantes, mientras estaba sentada con el vestido sobre las rodillas, la aguja junto al borde de la seda verde, temblando un poco. ¡Estaba enamorado! No de ella. De alguna mujer más joven, naturalmente.

—¿Y quién es ella?—preguntó.

Ahora aquella estatua sería arrancada de su pedestal, y quedaría en el suelo, entre los dos.

—Una mujer casada, por desdicha. La esposa de un mayor del Ejército de la India.

Y, con curiosamente irónica dulzura, Peter Walsh sonrió al colocar en tan ridícula postura a aquella mujer ante Clarissa.

(De todos modos, está enamorado, pensó Clarissa.)

—Tiene dos hijos de corta edad—prosiguió Peter Walsh muy razonable—, chico y chica. Y he venido para ver a mis abogados, por lo del divorcio.

¡Aquí están!, pensó Peter. ¡Haz con ellos lo que quieras, Clarissa! ¡Aquí están! Y, segundo a segundo, le parecía que la esposa del mayor del Ejército de la India (su Daisy) y sus hijos de corta edad se transformaban en seres más y más adorables a medida que Clarissa los miraba; como si él hubiera puesto una bolita gris en una bandeja, y se hubiera alzado un hermoso árbol en el salado y puro aire de su intimidad (ya que, en cierta manera, nadie le entendía tan bien, nadie sentía tan al unísono con él, como Clarissa), su exquisita intimidad.

Aquella mujer halagaba a Peter, le engañaba, pensó Clarissa, dando forma a la mujer, la

esposa de un mayor del Ejército de la India, con tres golpes de cuchillo. ¡Qué lástima! ¡Qué locura! Durante toda su vida, Peter se había engañado así; primero, al comportarse de tal manera que tuvo que salir de Oxford; después, al casarse con aquella chica a la que conoció en el barco yendo a la India; ahora con la esposa del mayor... ¡gracias a Dios que no se había casado con él! De todos modos, estaba enamorado; su viejo amigo, su querido Peter, estaba enamorado.

—¿Y qué vas a hacer?—le preguntó.

Bueno, los abogados y procuradores, los señores Hooper y Grateley, de Lincoln's Inn, harían lo que se debía hacer, dijo Peter. Y comenzó a recortarse las uñas con el cortaplumas.

¡Por lo que más quieras, deja ya el cortaplumas!, gritó para sí misma, incapaz de contener su irritación; constituía un estúpido desembarazo, esta debilidad de Peter; en Peter, esta falta de hasta la sombra de la noción de los sentimientos de los demás molestaba a Clarissa, siempre la había molestado; y ahora, a la edad que Peter tenía, ¡cuán estúpido resultaba!

Sé muy bien todo esto, pensó Peter; conozco bien aquello con lo que me tendré que enfrentar, pensó, mientras pasaba el dedo por el filo del cortaplumas, Clarissa y Dalloway y todos los demás; pero le daré una lección a Clarissa. Y entonces, ante su gran sorpresa, súbitamente arrojado por aquellas incontrollables fuerzas, arrojado al aire, se echó a llorar; lloró sin asomo de vergüenza, sentado en el sofá, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Y Clarissa se había inclinado hacia adelante, le había cogido la mano, lo había atraído hacia ella, le había besado. Realmente, Clarissa había sentido la cara de Peter en la suya antes de que pudiera aquietar el batir de plumas con destellos de plata, como hierba de la pampa en un vendaval del trópico, en el interior de su pecho que, al cesar, la dejó con la mano de Peter en la suya, dándole palmaditas en la rodilla, y sintiéndose, en el momento de reclinarse, extraordinariamente a sus anchas en compañía de Peter y con el corazón alegre, en cuyo momento, bruscamente, pensó: ¡si me hubiera casado con él gozaría de esta alegría todos los días!

Todo había terminado para ella. La sábana estaba lisa, y estrecha era la cama. Se había, subido sola a la torre, y los había dejado, a los demás, jugando al sol. La puerta se había cerrado, y allí, entre el polvo del yeso caído y la broza de los nidos de pájaros, cuán distante parecía el panorama, y los sonidos llegaban débiles y fríos (se acordó de cierta ocasión, en Leith Hill), y ¡Richard, Richard!, gritó, como en el nocturno sobresalto del que duerme y extiende la mano en las tinieblas en busca de ayuda. Almorzando con Lady Bruton,

recordó. Me ha abandonado, estoy sola para siempre, pensó, cruzando las manos sobre las rodillas.

Peter Walsh se había levantado y, cruzando la estancia, quedó colocado junto a la ventana, donde estaba ahora en pie, de espaldas a ella, agitando en el aire, de un lado para otro, un pañuelo de hierbas. Tenía un aspecto magistral y seco y desolado, con sus delgadas paletillas levantándole un poco la chaqueta, mientras se sonaba con violencia las narices. Llévame contigo, pensó Clarissa impulsiva, como si en aquel instante se dispusiera Peter a emprender un gran viaje; y entonces, en el instante siguiente, fue como si los cinco actos de una obra teatral muy excitante y conmovedora hubieran terminado, y Clarissa hubiera vivido toda una vida en su transcurso, y hubiera huido, y hubiera vivido con Peter, y ahora todo hubiera terminado.

Había llegado el momento de ponerse en movimiento, y, tal como una mujer recoge sus cosas, su capa, sus guantes, sus prismáticos de ópera, y se levanta para salir del teatro a la calle, Clarissa se levantó del sofá y se acercó a Peter.

Y fue terriblemente extraño, pensó Peter, advertir que Clarissa aún tenía el poder, mientras se acercaba con un murmullo de ropas, con un tintineo, aún tenía el poder, mientras cruzaba la estancia, de hacer que la luna, que Peter detestaba, ascendiera en Bourton sobre la terraza en el cielo de verano.

—Dime—preguntó, cogiéndola por los hombros—, ¿eres feliz, Clarissa? ¿Acaso Richard...?

Se abrió la puerta.

—Aquí está mi Elizabeth—dijo Clarissa con vehemencia, quizás un poco teatralmente.

—Hola, ¿qué tal?—dijo Elizabeth mientras se acercaba.

Las campanadas del Big Ben dando la media hora sonaron entre ellos con extraordinario vigor, como si un hombre joven, fuerte, indiferente, desconsiderado, atizara porrazos a diestro y siniestro.

—¡Hola, Elizabeth!—gritó Peter. Y se metió el pañuelo en el bolsillo, y se acercó a la mujer, y dijo—: Adiós, Clarissa.

Lo dijo sin mirarla, salió de prisa de la estancia, bajó corriendo la escalera y abrió la puerta del vestíbulo. Siguiéndole hasta el descansillo, Clarissa gritó:

—¡Peter! ¡Peter! ¡Mi fiesta! ¡Acuérdate de mi fiesta de esta noche!

Y tuvo que alzar la voz para superar el rugido del exterior, y, avasallada por el tránsito y el sonido de todos los relojes dando la hora, su voz al gritar “¡Acuérdate de mi fiesta de esta noche!” sonó frágil y delgada y muy lejana, mientras Peter cerraba la puerta.

Acuérdate de mi fiesta, acuérdate de mi fiesta, dijo Peter Walsh al pisar la calle, hablando rítmicamente para sí, al compás del fluir del sonido, del directo y rotundo sonido del Big Ben dando la media hora. (Los círculos de plomo se disolvieron en el aire.) Oh, estas fiestas, pensó, las fiestas de Clarissa. ¿Por qué da estas fiestas? Y con ello no acusaba a Clarissa, ni tampoco a la imagen de un hombre con chaqué y un clavel en el ojal que avanzaba hacia él. Sólo una persona en el mundo podía estar, cuál él estaba, enamorado. Y allí estaba, aquel hombre afortunado, él mismo, reflejado en la luna del escaparate de un fabricante de automóviles en Victoria Street. La India entera estaba detrás de él: llanuras, montañas, epidemias de cólera, un distrito dos veces mayor que Irlanda, decisiones que debía tomar solo—él, Peter Walsh, que ahora estaba realmente enamorado por primera vez en su vida. Clarissa se había endurecido, pensó; y, de paso, se había tornado un tanto sentimental, sospechaba, mirando los grandes automóviles capaces de hacer, ¿cuántas millas con cuántos galones? Porque él sentía cierta inclinación por la mecánica; había inventado un arado en su distrito, había pedido carretillas a Inglaterra, pero los culis se negaban a utilizarlas, de todo lo cual Clarissa no sabía nada de nada.

La forma como Clarissa había dicho “Aquí está mi Elizabeth” había enojado a Peter Walsh. ¿Por qué no había dicho sencillamente, “Aquí está Elizabeth”? Era insincera la frase. Y a Elizabeth tampoco le había gustado. (Los últimos temblores de la gran voz tonante todavía estremecían el aire alrededor de Peter Walsh; la media; temprano aún; sólo las once y media.) Sí, porque Peter Walsh comprendía a los jóvenes, le gustaban. Había cierta frialdad en Clarissa, pensó. Siempre, incluso de niña, había sufrido una especie de timidez, que en la media edad se convierte en convencionalismo, y entonces todo termina, todo termina, pensó, mirando un tanto atemorizado las vidriosas profundidades, y preguntándose si acaso al visitarla a aquella hora la había enojado. De repente quedó dominado por la vergüenza de haberse comportado como un insensato: había llorado, se había dejado llevar por las emociones, se lo había contado todo, como de costumbre, como de costumbre.

Tal como la nube cruza ante el sol, así cae el silencio sobre Londres, y cae sobre la mente. Los esfuerzos cesan. El tiempo ondea en el mástil. Aquí nos detenemos; aquí quedamos

quietos, en pie. Rígido, sólo el esqueleto de la costumbre sostiene el caparazón humano. Que no contiene nada, se dijo Peter Walsh, y se sintió vacío, totalmente huero en su interior. Clarissa me ha rechazado, pensó, Se quedó quieto, pensando: Clarissa me ha rechazado.

Ah, dijo St. Margaret, como una dama de sociedad que entra en su salón en el instante en que suena la hora, y ve que sus invitados están ya allí. No llego tarde. Son exactamente las once y media, dice la dama. Sin embargo, pese a que lleva toda la razón, su voz, por ser la voz de la dueña de la casa, es remisa a infligir su individualidad. La retiene cierto dolor por el pasado, cierta preocupación por el presente. Son las once y media, dice, y el sonido de St. Margaret se desliza en los entresijos del corazón y se entierra en círculo tras círculo de sonido, como algo vivo que ansía confiarse, dispersarse, quedar, con un estremecimiento de delicia, en descanso; cual la propia Clarissa, pensó Peter Walsh, descendiendo la escalera al tocar la hora, vestida de blanco. Es la misma Clarissa, pensó con profunda emoción, y con un extraordinariamente claro, aunque intrigante, recuerdo de ella, como si esta campana hubiera entrado en la habitación, años atrás, en la que estaban sentados en un momento de gran intimidad, y hubiera ido de uno a otro y se hubiera marchado, como una abeja con miel, cargada con el momento. Pero, ¿qué habitación?, ¿qué momento? Y, ¿por qué se había sentido tan profundamente feliz mientras el reloj sonaba? Entonces, mientras el sonido de St. Margaret iba extinguiéndose, Peter Walsh pensó: ha estado enferma; y el sonido expresaba languidez y sufrimiento. Del corazón, recordó; y la súbita sonoridad de la última campanada dobló a muerte que sorprende en plena vida, cayendo Clarissa allí donde se encontraba, en su salón. ¡No! ¡No!, gritó Peter Walsh. ¡No está muerta! No soy viejo, gritó, y avanzó hacia Whitehall, como si allí se le ofreciera vigoroso e interminable su futuro.

En modo alguno era viejo, o rígido o seco. Y, en cuanto a lo que de él dijeran (los Dalloway, los Whitbread y su grupito), le importaba un pimiento, un pimiento (aun cuando, ciertamente, llegaría el momento en que tendría que ver si Richard le podía ayudar a conseguir un empleo). Caminando a largas zancadas, atenta la vista, lanzó una llameante mirada a la estatua del Duque de Cambridge. Le habían echado de Oxford, ciertamente. Había sido socialista, en cierto aspecto un fracasado, ciertamente. De todos modos, el futuro de la civilización se encuentra en las manos de los jóvenes así, de los jóvenes que son como él era treinta años atrás, con su amor por los principios abstractos, pidiendo que les manden libros desde Londres a un picacho del Himalaya, leyendo libros de ciencias, leyendo filosofía. El futuro está en manos de jóvenes así, pensó.

Un murmullo, como el murmullo de las hojas en el bosque, le llegó desde atrás, y con él le llegó un sonido de reiterado golpeteo sordo que, al llegar a él, encaminó sus pensamientos, marcando el paso, hacia Whitehall, sin que él quisiera. Muchachos vestidos

de uniforme, con fusiles, desfilaban con la vista fija al frente, desfilaban, rígidos los brazos, y en sus rostros había una expresión como las letras de una leyenda escrita alrededor de la base de una estatua enalteciendo el deber, la gratitud, la fidelidad, el amor a Inglaterra.

Están, pensó Peter Walsh, comenzando a marcar el paso con ellos, muy bien instruidos. Pero no parecían robustos. Casi todos van desmadejados, muchachos de dieciséis años que, probablemente, mañana estarán detrás de cuencos de arroz y porciones de jabón, en mostradores. Ahora les envolvía, sin mezcla de placer sensual o de cotidianas preocupaciones, la solemnidad de la corona de flores que habían cogido en Finsbury Pavement para llevarla a la tumba vacía. Habían prestado su juramento. El tránsito los respetaba; los camiones se detenían.

No puedo aguantar su ritmo, pensó Peter Walsh, mientras avanzaban hacia Whitehall, y efectivamente siguieron hacia adelante, rebasándole a él, rebasándolos a todos, con su aire resuelto, como si una sola voluntad impulsara piernas y brazos; como si la vida, con sus variaciones y reticencias, hubiera sido enterrada bajo un pavimento cubierto de monumentos y coronas de flores y hubiera sido drogada por la disciplina hasta convertirse en un cadáver rígido pero vidente. Uno tenía que respetar aquello; uno podía reír, pero uno tenía que respetarlo, pensó. Ahí van, pensó Peter Walsh, deteniéndose en el bordillo; y todas las ensalzadas estatuas, Nelson, Gordon, Havelock, las negras, las espectaculares imágenes de grandes soldados, miraban al frente como si también ellos hubieran hecho la misma renuncia (Peter Walsh estimaba que también él había hecho la gran renuncia), hubieran sido templados en las mismas tentaciones, y al fin hubieran logrado mirada de mármol. Pero por nada del mundo quería Peter Walsh tener aquella mirada, aunque pudiera respetarla en otros. Podía respetarla en los jóvenes. No conocen todavía las flaquezas de la carne, pensó, mientras los muchachos que desfilaban desaparecían hacia el Strand. Todo esto lo he dejado atrás, pensó mientras cruzaba la calle y quedaba en pie ante la estatua de Gordon, aquel Gordon a quien de chico había idolatrado; Gordon en pie, solitario, con una pierna levantada y los brazos cruzados. Pobre Gordon, pensó.

Y debido solamente a que nadie sabía aún que se encontraba en Londres, salvo Clarissa, y a que la tierra, después del viaje, seguía pareciéndole una isla, se sintió dominado por la rareza de estar solo, vivo, desconocido, a las once y media, en Trafalgar Square. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Y por qué, a fin de cuentas, hace uno las cosas?, pensó, y le parecía ahora que el divorcio fuera algo extraterreno. Y la mente se le quedó plana como un terreno pantanoso, y tres grandes emociones se alzaron en él; comprensión, una vasta filosofía, y por fin, como si fuese resultado de las otras dos, un deleite irreprimible y exquisito; como si, dentro de su cerebro, otra mano tirara de cordeles, abriera postigos, y él, que nada tenía que ver con lo dicho, se encontrara a la entrada de interminables avenidas por las que podía vagar si quería. Hacía años que no se sentía tan joven.

¡Había escapado! Era infinitamente libre, como sucede al escapar de la costumbre, cuando la mente, como una llama sin resguardo, se inclina y se tuerce, y parece vaya a saltar de su lugar. ¡Hacía años que no me sentía tan joven!, pensó Peter, escapando (aunque sólo por una hora, más o menos, desde luego) de ser precisamente lo que era, y sintiéndose como un niño que sale corriendo de casa y ve, mientras corre, a su vieja niñera que agita la mano hacia la ventana en que él no se encuentra. Pero es extraordinariamente atractiva, pensó, mientras cruzaba Trafalgar Square, en dirección a Haymarket, cuando hacia él vino una mujer joven que, al pasar junto a la estatua de Gordon, pareció, pensó Peter Walsh (siempre vulnerable), despojarse de velo tras velo, hasta quedar convertida en la mismísima mujer en que Peter Walsh había pensado siempre; joven, pero digna; alegre, pero discreta; negra, pero encantadora.

Irguiéndose y tocando furtivamente el cortaplumas con los dedos, comenzó a seguir a esta mujer, a esta ilusión, que parecía, incluso de espaldas, proyectar en él una luz que les unía, que le individualizaba, como si el indiferente rugido del tránsito hubiera susurrado, puestas las manos a modo de bocina, su nombre, no Peter, sino aquel nombre íntimo que a sí mismo se daba en sus pensamientos. “Tú”, decía la mujer, sólo “tú”, y lo decía con sus blancos guantes y con sus hombros. Entonces la delgada y larga capa que el viento agitaba, mientras la mujer pasaba ante la tienda de Dent, en Cockspur Street, se alzó con envolvente dulzura, con doliente ternura como unos brazos que se abrieran y acogieran al cansado. .

Pero no está casada; es joven, muy joven, pensó Peter, mientras el rojo clavel que había visto que la muchacha llevaba, cuando se le acercó en Trafalgar Square, volvía a arder en los ojos de Peter Walsh y a dar rojo color a los labios de la muchacha. Pero la muchacha se detuvo y esperó en la acera. Tenía dignidad. No era mundana como Clarissa, no era rica como Clarissa. ¿Sería, se preguntó Peter cuando la muchacha volvió a caminar, respetable? Ingeniosa, con la veloz lengua del lagarto, pensó (sí, porque uno debe inventar, uno debe permitirse pequeñas diversiones), un ingenio tranquilo y frío, un ingenio aguzado, poco ruidoso.

La muchacha avanzó y cruzó; él la siguió. Intimidarla era lo último que Peter Walsh deseaba. De todos modos, si la muchacha se detenía, Peter le diría: “Venga conmigo a tomar un helado”, sí, eso diría, y ella contestaría con perfecta sencillez: “Oh, sí.”

Pero otra gente se interpuso entre los dos, en la calle, obstruyendo el paso a Peter, impidiéndole verla. Peter perseveró; la muchacha cambió. Había color en sus mejillas, burla en sus ojos; era un aventurero, un temerario, pensó Peter, rápido, osado (teniendo en cuenta que anoche llegó de la India), un romántico filibustero, a quien le importaban un comino aquellos malditos objetos, las batas amarillas, las pipas, las cañas de pescar en los

escaparates de la tienda; y lo mismo cabía decir de la respetabilidad, de las fiestas nocturnas y de los lozanos viejos con blanca pechera bajo el chaleco. Era un filibustero. Adelante y adelante siguió la muchacha, cruzó Piccadilly y ascendió por Regent Street ante él, y su capa, sus guantes sus hombros se combinaban con las puntillas y los encajes y las plumas de avestruz de los escaparates, dando vida al espíritu de delicadeza y refinamiento que amortiguado brillaba en los escaparates, proyectándose en la acera, como la luz de la lámpara que de noche vacila sobre los arbustos en la oscuridad.

Riente y deliciosa, cruzó Oxford Street y Great Portland Street, dobló una esquina, penetró en una calleja, y ahora, ahora se acercaba el gran momento, porque ahora se estaba deteniendo, abría el bolso, y con una mirada en dirección a él, aun cuando no a él mismo, una mirada de despedida, resumió la situación y le dijo adiós triunfalmente, para siempre, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y ¡desapareció! La voz de Clarissa diciendo acuérdate de mi fiesta, acuérdate de mi fiesta, cantaba en sus oídos. La casa era uno de estos sencillos edificios rojos, con colgantes guardatiestos en forma de cesto vagamente incongruentes. Había terminado.

Bueno, me he divertido; me he divertido, pensó, mientras miraba los colgantes cestos con pálidos geranios. Y quedó atomizada su diversión, porque había sido medio ficticia, como sabía muy bien Peter Walsh; inventada, esta escapada con la muchacha; imaginada, como uno imagina la mejor parte de la vida, pensó, como uno se imagina a sí mismo; he imaginado a la muchacha, he creado una exquisita diversión, y algo más. Era raro y al mismo tiempo verdad; nunca podría compartir aquello, ya atomizado.

Dio media vuelta; recorrió la calle, pensando en encontrar un lugar en el que sentarse, hasta que llegara el momento de ir a Lincoln's Inn, al despacho de los señores Hooper y Grateley. ¿A dónde iría? Poco importaba. Calle arriba, y luego hacia Regent's Park. Al chocar sus botas contra el pavimento decían "poco importa", porque era temprano, todavía muy temprano.

Era una espléndida mañana. Como el pulso de un corazón perfecto la vida latía directamente en las calles. No había vacilaciones, no había dudas. Deslizándose, con una leve inclinación de su trayectoria, con exactitud, puntualmente, en silencio, allí, precisamente en el momento oportuno, el automóvil se detuvo ante la puerta. La muchacha, con medias de seda, con plumas, evanescente, pero no muy atractiva para él (que ya había gozado su buen momento), descendió.

Admirables mayordomos, leonados perros chinos, salones de losas trapezoidales blancas y negras, blancas cortinas agitadas por el viento, vio Peter por la puerta abierta, y lo que vio mereció su aprobación. A fin de cuentas, Londres era un gran logro, a su manera; la

temporada social; la civilización. Por pertenecer a una respetable familia angloindia que, por lo menos durante tres generaciones, había administrado los asuntos de un continente (es raro, pensó, que esto suscite en mí tanta emoción, si tenemos en cuenta que no me gusta la India, ni el imperio, ni el ejército), había ciertos momentos en que la civilización, incluso esa clase de civilización, le era tan querida como si fuese una posesión personal, momentos en los que estaba orgulloso de Inglaterra, de los mayordomos, de los perros chinos, de las muchachas en la seguridad de la riqueza. Es ridículo, pensó, pero así es. Y los médicos y los hombres de negocios y las competentes mujeres, yendo cada cual a sus asuntos, puntuales, atentos, robustos, le parecían totalmente admirables, buenas gentes a las que podía confiar la propia vida, compañeros en el arte de vivir, dispuestos a ayudarlo a uno. Realmente, entre una cosa y otra, el espectáculo era muy tolerable; se sentaría a la sombra y fumaría.

Ahí estaba Regent's Park. Sí. De niño había paseado por Regent's Park. Es raro, pensó, que el recuerdo de la infancia venga tan a menudo a mi mente. Quizá sea consecuencia de haber visto a Clarissa, ya que las mujeres viven más que nosotros en el pasado. Se encariñan con los lugares; y con su padre, una mujer siempre está orgullosa de su padre. Bourton era un bonito lugar, un lugar muy bonito, pero nunca conseguí llevarme bien con el viejo, el padre de Clarissa.

Una noche hubo una escena, una discusión sobre algo, algo que no podía recordar. Política, seguramente.

Sí, recordaba Regent's Park: el largo y recto sendero, a la izquierda la caseta donde se vendían globos, una absurda estatua con una inscripción en algún lugar. Buscó dónde sentarse. No quería que la gente le molestara (se sentía algo soñoliento) preguntándole la hora. Una niñera gris, entrada en años, con un niño dormido en el cochecito. Sí, era lo mejor que podía hacer, sentarse en el extremo del banco en que estaba la niñera.

Es una chica de aspecto extraño, pensó, recordando súbitamente a Elizabeth en el momento en que entró en la estancia y quedó en pie junto a su madre. Ha crecido, es una chica mayor, y no es exactamente lo que se llama linda, más bien hermosa, y no puede tener más de dieciocho. Lo más seguro es que no se lleve bien con Clarissa. "Aquí está mi Elizabeth", esa clase de cosa, ¿por que no "aquí está Elizabeth" sencillamente? Como la mayoría de las madres, intenta transformar las cosas en lo que no son. Confía demasiado en su encanto, pensó. Exagera.

Suavemente, el rico y benefactor humo del cigarro se deslizó por su garganta; soltó el humo otra vez, formando anillos que, por un momento, lucharon bravamente con el aire; azules, circulares—intentaré hablar a solas con Elizabeth esta noche, pensó—, luego comenzaron

a vacilar, adoptando la forma de relojes de arena, y fueron desvaneciéndose; qué extrañas formas adoptan, pensó. De repente cerró los ojos, alzó la mano con esfuerzo y arrojó lejos de sí la pesada colilla del cigarro. Un gran cepillo pasó suavemente por su cerebro, barriéndolo con inquietas ramas, voces de niños, rumor de pasos, gente moviéndose, murmullo de tránsito, tránsito alzándose y cayendo. Se hundió más y más en las muelles plumas del sueño, se hundió y quedó envuelto en silencio.

La niñera gris reanudó su labor de punto, mientras Peter Walsh, sentado a su lado, comenzaba a roncar. Con su vestido gris, moviendo las manos infatigable pero serenamente, la niñera parecía la defensora de los derechos de los durmientes, como una de aquellas espectrales presencias que se alzan en la penumbra de los bosques, hechas de cielo y ramas. El solitario viajero, que frecuenta los senderos, alarma los helechos y devasta las grandes plantas de cicuta, al alzar súbitamente la vista, ve la gigantesca figura al final del camino.

Quizá convencido ateo, le sorprenden momentos de extraordinaria exaltación. Nada existe fuera de nosotros, salvo un estado mental, piensa; un deseo de solaz, de alivio, de algo alejado de estos miserables pigmeos, estos débiles, estos feos, estos pusilánimes hombres y mujeres. Pero si él es capaz de concebirla, la mujer existe, piensa, y, al avanzar él por el sendero con los ojos fijos en el cielo y en las ramas, rápidamente las dota de feminidad; con pasmo ve cuán graves llegan a ser, cuán mayestáticamente, mientras el viento las agita, otorgan, con una oscura agitación de hojas, caridad, comprensión, absolución, y luego, alzándose bruscamente, revisten de loca embriaguez su piadoso aspecto.

Estas son las visiones que ofrecen grandes cuernos de la abundancia, rebosantes de frutos, al solitario viajero, o que murmuran junto a su oído cual sirenas alejándose en las verdes olas del mar, o que son arrojadas a su rostro como ramos de rosas, o que se alzan hasta la superficie cual pálidas caras por las que los pescadores se hunden en las mareas a fin de abrazarlas.

Estas son las visiones que incesantemente surgen a la superficie, caminan al lado de la realidad, ponen su rostro delante de ella; a menudo abruma al solitario viajero y le quitan el sentido de la tierra, el deseo de regresar, y en sustitución le dan una paz general, cual si (esto piensa, mientras avanza por el sendero del bosque) toda esa fiebre de vivir fuera la mismísima simplicidad; y miríadas de cosas se funden en una cosa; y esta figura, hecha de cielo y ramas, sin embargo, había surgido del agitado mar (el hombre es mayor, de más de cincuenta años), tal como se puede extraer de las olas una forma para que sus magníficas manos de mujer derramen comprensión, piedad, absolución. Por esto, piensa el hombre, yo

quisiera no volver jamás a la luz de la lámpara, a la sala de estar, no terminar jamás mi libro, no vaciar jamás la pipa, no tocar jamás el timbre para que la señora Turner levante la mesa; prefiero seguir avanzando rectamente hacia esta gran figura de mujer que, con una sacudida de cabeza, me subirá a sus gallardetes y me permitirá volar hacia la nada con todos los demás.

Estas son las visiones. El solitario viajero cruza pronto el bosque; y ahí, saliendo a la puerta con los ojos entornados, posiblemente para esperar su regreso, con las manos en alto, agitado por el viento el blanco delantal, hay una mujer entrada en años que parece (tan poderosa es esta dolencia) buscar, en un desierto, un hijo perdido, buscar un jinete aniquilado, ser la figura de la madre cuyos hijos han muerto en las batallas del mundo. Y así, mientras el solitario viajero avanza por la calle del pueblo en que las mujeres hacen labor de punto y los hombres cavan en los huertos, la atardecida parece siniestro presagio; las figuras se están quietas, como si una augusta predestinación, por ellas conocida, esperada sin temor, estuviera a punto de barrerlas y aniquilarlas totalmente.

Dentro de la casa, entre las cosas ordinarias, el aparador, la mesa, el alféizar con sus geranios, de repente la silueta de la dueña de la posada, inclinándose para recoger el mantel, queda suavemente aureolada, como un adorable emblema que sólo el recuerdo de los fríos contactos humanos nos impide abrazar. Coge la mermelada, la deja dentro del aparador.

“¿Nada más por esta noche, señor?”

Pero, ¿a quién contesta el solitario viajero?

La vieja niñera hacía labor de punto ante la pequeña dormida, en Regent's Park. Peter Walsh roncaba. Despertó muy de repente, diciéndose: “La muerte del alma”.

En voz alta, desperezándose y abriendo los ojos, dijo:

—¡Señor, Señor! La muerte del alma.

Estas palabras iban unidas a cierta escena, a cierta estancia, a cierto pasado en que había soñado. Se clarificaron; la escena, la estancia, el pasado en que había soñado.

Era Bourton aquel verano, a principios de siglo, en que tan apasionadamente enamorado estuvo de Clarissa. Había gran número de personas allí, riendo y hablando, sentadas alrededor de la mesa, después del té, y la estancia estaba bañada en luz amarilla, con el aire denso de humo de tabaco. Hablaban de un hombre que se había casado con su criada, de

uno de los propietarios vecinos, cuyo nombre había olvidado. Se había casado con su criada, y había ido con ella a Bourton, para presentar sus respetos, y fue una visita horrible. La mujer iba con ropas excesivamente recargadas, “como una cacatúa”, dijo Clarissa imitándola, y no paraba de hablar. Hablaba, hablaba y hablaba. Clarissa la imitó. Entonces alguien dijo—fue Sally Seton—si acaso no influiría en los sentimientos de los presentes el saber que aquella mujer había tenido un hijo antes de casarse. (En aquellos tiempos, y en una reunión de hombres y mujeres, era audaz decir esto.) Ahora le pareció ver a Clarissa enrojando vivamente, contrayendo el rostro y diciendo: “¡Oh, jamás podré volver a dirigir la palabra a esta mujer!” Y en aquel momento el grupo de hombres y mujeres sentados alrededor de la mesa de té pareció vacilar. Fue muy embarazoso.

No la acusó de quedar impresionada por este hecho ya que en aquellos días una muchacha educada tal como ella lo había sido no sabía nada de nada, sino que fue su aire lo que le enojó: tímido, duro, arrogante, pudibundo. “La muerte del alma.” Lo había dicho instintivamente, fijándose en el instante, cual solía hacer. La muerte del alma de Clarissa.

Todos vacilaron, todos parecieron inclinarse hacia delante cuando Clarissa habló, y luego, al erguirse, eran diferentes. Podía ver ahora a Sally Seton, como un niño que ha hecho una travesura, inclinada hacia delante, un tanto sonrojada, deseosa de hablar pero atemorizada, y Clarissa atemorizaba a la gente. (Sally era la mejor amiga de Clarissa, siempre presente en la casa, atractiva, bella, morena, con el prestigio en aquellos días de una gran audacia, y él solía darle cigarros, que ella se fumaba en su dormitorio, y había estado a punto de casarse con alguien, o se había peleado con su familia, y el viejo Parry le tenía a la chica tanta antipatía como a él, lo que era un gran vínculo entre los dos.) Entonces Clarissa, todavía con aire de estar ofendida con todos, se levantó, se excusó vagamente, y se fue, sola. Cuando Clarissa abrió la puerta, entró aquel gran perro lanudo que perseguía a los corderos. Clarissa se arrojó sobre el perro y lo cubrió arrebatadamente de caricias. Fue como si Clarissa dijera a Peter—pues le constaba que la escena iba dirigida a él—: “Sé que consideras que mi reacción ante lo de esa mujer es absurda, ¡pero mira ahora cuán extraordinariamente cariñosa puedo ser! ¡Mira cuánto amo a mi Rob!”

Siempre tuvieron esa extraña capacidad de entenderse entre sí sin palabras. Clarissa sabía siempre, directamente, cuándo él la censuraba. Entonces hacía algo muy evidente para defenderse, cual lo del perro, pero Peter jamás caía en la trampa, siempre comprendía las verdaderas intenciones de Clarissa. No decía nada, desde luego; se limitaba a callar, con expresión ceñuda. Muy a menudo, sus peleas comenzaban así.

Clarissa cerró la puerta. De inmediato Peter quedó extremadamente deprimido. Le pareció todo inútil... el seguir enamorado, el seguir peleándose, el seguir haciendo las paces, y salió a pasear sin rumbo, solo, entre cobertizos, establos, mirando los caballos. (La finca

era muy sencilla; los Parry nunca fueron opulentos; pero siempre había mozos de cuadra— a Clarissa le gustaba montar—y un viejo cochero—¿cómo se llamaba?—y una vieja niñera, la vieja Moody o la vieja Goody, algo así la llamaban, alguien que le llevaban a uno a visitar en un cuartito con muchas fotografías y muchas jaulas con pájaros.)

¡Fue una tarde horrorosa! Se fue poniendo más y más pesimista, no sólo por lo ocurrido, sino por todo. Y no podía ver a Clarissa, no podía explicarse ante ella, no podía desahogarse. Siempre había gente alrededor, y Clarissa se portaba como si nada hubiera ocurrido. Esta era la faceta diabólica de Clarissa, esta frialdad, esta imperturbabilidad, algo muy profundo en ella, que Peter volvió a percibir esta mañana al hablarle: cierta impenetrabilidad. Sin embargo, bien sabía Dios que la amaba. Tenía Clarissa cierto extraño poder de tensarle a uno los nervios, de transformarlos en cuerda. de violín, sí.

Había acudido a cenar tardíamente, con el vago y estúpido propósito de hacerse notar, y se había sentado al lado de la vieja señorita Parry—la tía Helena—, hermana del señor Parry, que al parecer presidía la mesa. Allí estaba sentada con su blanco chal de cachemira, recortada la cabeza contra la ventana, con su aspecto de anciana dama formidable, pero que trataba amablemente a Peter, debido a que éste le dio una extraña flor, y la tía Helena era una gran aficionada a la botánica, que salía al campo con gruesas botas y una negra caja colgada a la espalda. Se sentó a su lado y no pudo hablar. Todo parecía pasar de largo ante él; se limitó a comer. Y entonces, a mitad de la cena, se obligó a mirar a Clarissa por primera vez. Hablaba con un hombre joven sentado a su derecha. Peter tuvo una brusca revelación. “Se casará con este hombre”, se dijo. Y ni siquiera sabía su nombre.

Desde luego, aquella tarde, precisamente aquella tarde, fue la tarde en que Dalloway acudió por vez primera a Bourton; y Clarissa le llamó “Wickham”; así comenzó todo. Alguien le presentó, y Clarissa confundió su apellido. Le presentó a todos con el apellido Wickham. Por fin, el recién llegado dijo: “¡Me llamo Dalloway!” La primera imagen que Peter tuvo de Richard era la de un hombre joven y rubio, un tanto desmañado, sentado en una tumbona y exclamando “¡Me llamo Dalloway!” Esto hizo gracia a Sally; a partir de entonces siempre le llamó “¡Me llamo Dalloway!”

En aquel entonces, Peter padecía revelaciones. Esta —que Clarissa se casaría con Dalloway—fue cegadora, abrumadora en aquel momento. Clarissa le trató con cierta—¿cómo expresarlo?—fácil confianza, algo maternal; algo dulce.

Hablaron de política. Durante toda la cena se esforzó Peter en saber lo que decían.

Recordaba que luego se quedó en pie junto al sillón de la vieja señorita Parry, en la sala de estar. Vino Clarissa, con sus perfectos modales, como una verdadera dama de sociedad, y quiso presentarle a alguien. Clarissa habló como si aquella fuera la primera vez que se

trataran, lo cual enfureció a Peter. Sin embargo, incluso en aquellos momentos esto suscitó su admiración. Admiró la valentía de Clarissa, su instinto social, su capacidad de hacer lo que se proponía. “La perfecta dama le sociedad”, dijo Peter a Clarissa, y ésta vaciló al oír tales palabras. Pero Peter quiso realmente que Clarissa acusara el golpe. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de ofenderla, después de haberla visto en compañía de Dalloway. Por esto Clarissa se alejó de él. Y Peter tuvo la impresión de que todos se hubieran concertado en contra de él—riendo y hablando—a sus espaldas. Y allí estaba, junto al sillón de la vieja señorita Parry, como una estatua tallada en madera, hablando de florecillas silvestres. ¡Nunca, nunca había sufrido de tan infernal manera! Seguramente, incluso de fingir atención se olvidó. Por fin despertó; vio que la señorita Parry tenía la expresión un tanto alterada, un tanto indignada, fija la mirada de sus ojos saltones. ¡Y él casi gritó que no podía prestar atención porque estaba en el infierno! Comenzaron todos a salir de la estancia. Oyó que hablaban de coger las capas, que decían que en el agua hacía fresco, y demás. Iban a pasear en barca por el lago a la luz de la luna, una de las locas ideas de Sally. La oyó describir la luna. Y todos se fueron. Quedó totalmente solo.

“¿No quieres ir con ellos?”, dijo la tía Helena—¡pobre vieja señora!—que había adivinado lo que le pasaba. Y él dio media vuelta, y allí estaba Clarissa otra vez. Había vuelto a buscarle. Quedó abrumado por su generosidad, su bondad.

—Ven—dijo Clarissa—. Nos están esperando.

¡En su vida se había sentido tan feliz! Sin decir palabra hicieron las paces. Descendieron hacia el lago. Gozó de veinte minutos de perfecta felicidad. La voz de Clarissa, su risa, su vestido (flotante, blanco, carmesí), su ingenio, su espíritu aventurero. Les hizo desembarcar a todos y explorar la isla, asustó a una gallina, rió, cantó y, en todo momento, Peter supo con total certeza que Dalloway se estaba enamorando de Clarissa, que Clarissa se estaba enamorando de Dalloway, pero parecía carecer de importancia. Nada importaba. Se sentaron en el suelo y hablaron, él y Clarissa. Entraron y salieron cada uno de la mente del otro sin el menor esfuerzo. Y luego, en un segundo, terminó. Se dijo a sí mismo cuando volvían a subir a la barca: “Se casará con este hombre”, aburridamente, sin resentimiento; pero era evidente, Dalloway se casaría con Clarissa.

Dalloway remó hasta dejar la barca en la ribera. No dijo nada. Pero de todos modos, mientras le contemplaban alejarse, montar en su bicicleta para recorrer veinte millas a través del bosque, irse por el sendero, agitar la mano hasta desaparecer, era evidente que sentía, de una forma instintiva, tremenda, poderosa, todo aquello: la noche, el amor, Clarissa. Se la merecía.

Y Peter, en cuanto a sí mismo hacía referencia, era absurdo. Sus exigencias a Clarissa

(ahora lo veía) eran absurdas. Pedía cosas imposibles. Hacía escenas terribles. Clarissa todavía le hubiera aceptado, quizá, si hubiese sido menos absurdo. Esto pensaba Sally. Durante todo aquel verano, Sally le escribió largas cartas; lo que de él decían, lo mucho que Clarissa le alababa, y el estallido de llanto de Clarissa. Fue un verano extraordinario — todo él cartas, escenas, telegramas—. Llegaba a Bourton a primera hora de la mañana, y mataba el tiempo hasta que los criados hacían acto de presencia; tenía horrorosos *tête-à-tête* con el viejo señor Parry, durante el desayuno; la tía Helena, formidable pero amable; Sally, que se lo llevaba para hablar con él en el huerto; Clarissa en cama, con dolores de cabeza.

La escena final, la terrible escena que a su juicio había tenido más importancia que cualquier otra cosa en toda su vida (quizá fuera una exageración, pero todavía parecía así ahora), ocurrió a las tres de la tarde de un día muy caluroso. Fue una trivialidad lo que condujo a ella. Durante el almuerzo, Sally dijo algo referente a Dalloway y lo llamó “¡Me llamo Dalloway!”; entonces Clarissa se envaró bruscamente, se sonrojó, y de su peculiar manera, muy secamente, dijo: “Estamos ya cansados de este chiste sin gracia.” Esto fue todo. Pero, para él, era como si Clarissa hubiera dicho: “Contigo sólo paso el rato y me divierto; con Richard Dalloway tengo un compromiso.” Así lo interpretó. Llevaba noches sin dormir. Se dijo: “Esto ha de terminar, de una manera u otra.” Por medio de Sally, mandó una nota a Clarissa citándola junto a la fuente, a las tres. Al final de la nota, garrapateó: “Algo muy importante ha sucedido.”

La fuente estaba en la espesura, lejos de la casa, rodeada de matas y árboles. Y llegó Clarissa, antes incluso de la hora concertada, y quedaron los dos frente a frente, con la fuente en medio, y del caño (que estaba quebrado) manaba agua sin cesar. ¡Cuán grabadas en la mente llegan a quedar las imágenes! Por ejemplo, el vívido y verde musgo.

Clarissa se estuvo quieta. Y Peter le dijo una y otra vez: “Dime la verdad. Dime la verdad.” Tenía la impresión de que la frente le fuera a estallar. Clarissa parecía contraída, petrificada. Se estuvo quieta. Peter repitió “Dime la verdad”, cuando de repente aquel viejo, Breitkopf, con el *Times* en la mano, asomó la cabeza, les miró, abrió la boca y se fue. Ninguno de los dos se movió. Peter repitió “Dime la verdad”. Tenía la impresión de luchar contra algo físicamente duro; Clarissa no cedía. Parecía de hierro, de pedernal, rígida y erguida. Y, cuando Clarissa dijo: “Es inútil. Es inútil. Ha terminado...”, después de que él hubiera hablado durante horas, parecía, con lágrimas resbalándole por las mejillas, fue como si Clarissa le golpeara el rostro. Clarissa dio media vuelta, le dejó, se fue.

Peter gritó: “¡Clarissa! ¡Clarissa!” Pero ella jamás volvió. Había terminado. Peter se fue aquella misma noche. Nunca más volvió a verla.

Fue terrible, gritó Peter, ¡terrible, terrible!

Sin embargo, el sol seguía calentando. Sin embargo, uno se adaptaba a la realidad. Sin embargo, la vida daba los días uno tras otro. Sin embargo, pensó mientras bostezaba y comenzaba a darse cuenta de la realidad en torno— Regent's Park había cambiado muy poco desde su infancia, salvo en lo tocante a las ardillas—, sin embargo, cabía presumir que había compensaciones, y, en este momento, la pequeña Elice Mitchell, que había estado cogiendo guijarros para añadirlos a la colección que su hermano y ella tenían en la repisa del hogar del cuarto de jugar, dejó un puñado de ellos en las rodillas de la niñera, y se fue corriendo para chocar contra las piernas de una señora. Peter Walsh se rió.

Pero Lucrezia Warren Smith se decía “es injusto”. ¿Por qué he de sufrir?, se preguntaba, mientras avanzaba por el ancho sendero. No, no puedo aguantarlo más, decía, después de haber dejado a Septimus, que ya no era Septimus, decir cosas crueles, duras y perversas, hablar para sí, para un muerto, sentado allí; y en aquel momento la niña chocó contra sus piernas, se cayó y se echó a llorar.

Esto la consoló un tanto. Puso en pie a la niña, le limpió el polvo del vestido, le dio un beso.

Pero ella nada malo había hecho; había amado a Septimus, había sido feliz, había tenido un hermoso hogar y sus hermanas todavía vivían en él, confeccionando sombreros. ¿Por qué tenía *ella* que sufrir?

La niña volvió corriendo al lado de la niñera, y Rezia vio cómo la niñera reñía a la niña, la consolaba y la tomaba en brazos, después de haber dejado la labor de punto, y el hombre de amable aspecto dio su reloj a la niña para que abriera la tapa con resorte y se consolara, pero ¿por qué tenía *ella* que padecer? ¿Por qué no la dejaron en Milán? ¿Por qué aquella tortura? ¿Por qué?

Levemente ondulados por las lágrimas, el ancho camino, la niñera, el hombre vestido de gris, el cochecito, se alzaban y descendían ante sus ojos. Ser zarandeada por aquel malévolo verdugo era su sino. Pero, ¿por qué? Ella era como un pájaro cobijado en la concavidad formada por una delgada hoja, que parpadea al sol cuando la hoja se mueve, que se sobresalta cuando se quiebra la seca ramita. Estaba desamparada, rodeada de enormes árboles, vastas nubes de un mundo indiferente, desamparada, torturada, y ¿por qué tenía que sufrir? ¿Por qué?

Frunció el cejo; atizó un puntapié al suelo. Tenía que volver al lado de Septimus, porque

era ya casi la hora de ir a ver a Sir William Bradshaw. Tenía que volver a su lado y decírselo, volver al lugar en que estaba sentado en una silla verde, bajo la copa de un árbol, hablando para sí, o para aquel hombre muerto, Evans, a quien ella sólo había visto una vez, por un instante en la tienda. Le pareció un hombre agradable y tranquilo, gran amigo de Septimus, y le mataron en la guerra. Pero esto son cosas que nos ocurren a todos. Todos tenemos amigos muertos en la guerra. Todos renunciamos a algo cuando nos casamos. Ella había renunciado a su hogar. Había venido a vivir aquí, en esa horrible ciudad. Pero Septimus se permitía pensar en cosas horribles cosa que también podía ella, si lo intentaba. Septimus se había convertido en un ser más y más extraño. Decía que había gente hablando detrás de las paredes del dormitorio. Esto le parecía raro a la señora Filmer. Septimus también veía cosas, había visto la cabeza de una vieja en medio de un arbusto. Sin embargo, Septimus podía ser feliz cuando quería. Fueron a Hampton Court, en lo alto de un autobús, y gozaron de perfecta felicidad. Allí vieron las florecillas rojas y amarillas en la hierba, como lámparas flotantes, dijo Septimus, y hablaron y parlotearon y rieron, inventándose historias. De repente, Septimus dijo: “Y ahora nos mataremos”, cuando estaban junto al río, y miró el río con una expresión que Lucrezia había visto en sus ojos cuando junto a él pasaba un tren o un autobús, una expresión de estar fascinado por algo; sintió que se apartaba de ella, y le cogió del brazo. Pero en el camino de regreso a casa estuvo perfectamente sereno, perfectamente razonable. Discutía con ella la posibilidad de matarse los dos, le explicaba cuán malvada era la gente, le decía que podía ver cómo la gente inventaba mentiras en la calle cuando ellos pasaban. Sabía todo lo que la gente pensaba, decía. Sabía el significado del mundo, decía.

Luego, cuando llegaron, Septimus a duras penas podía caminar. Se tumbó en el sofá y pidió a Rezia que le cogiera la mano, para evitarle caerse abajo, abajo, abajo, gritó, en las llamas, y vio rostros que le miraban riéndose de él, y dirigiéndole horribles y asquerosos insultos desde las paredes, y vio manos señalándole, surgidas del biombo. Sin embargo, estaban absolutamente solos. Pero Septimus comenzó a hablar en voz muy alta, contestando a aquella gente, discutiendo, riendo, gritando, excitándose mucho, y ordenó a Rezia que escribiera lo que decía. Todas eran grandes tonterías; acerca de la muerte; acerca de la señorita Isabel Pole. Rezia no podía aguantarlo más. Regresaría.

Rezia estaba ahora cerca de él, y le veía mirar el cielo, murmurar, retorcerse las manos. Sin embargo, el doctor Holmes decía que no estaba enfermo. En este caso, qué había ocurrido, ¿por qué, cuando se sentó junto a él, tuvo un sobresalto, le dirigió una ceñuda mirada, se apartó, señaló su mano, le cogió la mano, la miró aterrado?

¿Se debería a que se había quitado la alianza?

—La mano se me ha adelgazado mucho—le dijo Rezia—. La guardo en el bolso.

Le soltó la mano. Su matrimonio había terminado, pensó Septimus con angustia, con alivio. La cuerda había sido cortada; él se elevaba, era libre, porque había sido decretado que él, Septimus, el señor de los hombres, debía ser libre; solo (ya que su esposa se había despojado de la alianza, ya que le había abandonado), él, Septimus, estaba solo, convocado antes que las masas humanas para escuchar la verdad, para saber el significado, después de todos los trabajos de la civilización—griegos, romanos, Shakespeare, Darwin y ahora él—, que iba a ser comunicado en su integridad a... En voz alta, preguntó: “¿A quién?”, y las voces que murmuraban por encima de su cabeza contestaron: “Al Primer Ministro.” El secreto supremo debía ser comunicado al consejo de ministros; primeramente, que los árboles están vivos; después, que el delito no existe; después, amor, amor universal, murmuró Septimus, jadeante, tembloroso, sacando a la superficie dolorosamente estas verdades profundas, tan profundas, tan difíciles, que enunciarlas requería un inmenso esfuerzo, pero que cambiaban el mundo del todo y para siempre.

No hay delito; amor; repitió Septimus, buscando una tarjeta de visita y un lápiz, cuando un perro terrier Skye le olisqueó los pantalones y Septimus se sobresaltó con angustioso terror. ¡El animal se estaba convirtiendo en un hombre! ¡No podía contemplar aquello! ¡Era horrible, era terrible, ver cómo un perro se convierte en hombre! Inmediatamente, el perro se fue al trote.

Los cielos son divinamente piadosos, infinitamente clementes. Le habían indultado, le habían perdonado su debilidad. Pero, ¿cuál era la explicación científica (ante todo, hay que ser científico)? ¿Por qué podía ver al través de los cuerpos, ver el futuro, cuando los perros se transformarían en hombres? Cabía presumir que se debía a la ola de calor operando sobre una mente dotada de una sensibilidad resultante de evos de evolución. Científicamente hablando, la carne se había desprendido del mundo. Su cuerpo había sido macerado hasta tal punto que ahora sólo le quedaban los nervios. Su cuerpo estaba extendido como un velo sobre una roca.

Se reclinó en la silla, exhausto pero entero. Reposaba, esperando, antes de volver a sus trabajos de interpretación, con esfuerzo, con angustia, en beneficio de la humanidad. Yacía muy alto, sobre la espalda del mundo.

Debajo de él la tierra palpitaba. Flores rojas crecían a través de su carne; sus rígidas hojas murmuraban alrededor de su cabeza. Sonora comenzó a chocar la música contra las rocas, allí en lo alto. Es la bocina de un automóvil en la calle, murmuró; pero aquí, en lo alto, el sonido ha resonado como un cañonazo de roca en roca, se ha dividido, se ha unido con choques de sonido que se han elevado como suaves columnas (que la música debiera ser visible era un descubrimiento), se ha transformado en un himno, un himno a cuyo alrededor trepa ahora el sonido del caramillo de un niño pastor (es un viejo tocando la flauta al lado

de la taberna, murmuró), sonido que, mientras el niño se estaba quieto, salía burbujeante del caramillo, y luego, al elevarse, se convertía en una exquisita queja, mientras el tránsito rodado pasaba por debajo. La elegía de este niño suena entre el tránsito, pensó Septimus. Ahora el niño pastor se retira, asciende a los territorios nevados, y a su alrededor penden rosas, las gruesas rosas rojas que crecen en las paredes de mi dormitorio, recordó Septimus. La música cesó. El viejo de la flauta ya ha recogido su penique, pensó Septimus, y se ha ido a la taberna más próxima.

Pero él seguía alto, sobre la roca, como un marinero ahogado sobre una roca. Me incliné sobre la borda de la barca y me caí, pensó. Me fui al fondo del mar. He estado muerto, y sin embargo ahora estoy vivo, pero dejadme descansar en paz, suplicó (volvía a hablar para sí, ¡era horrible, horrible!); y, tal como ocurre antes de despertar, las voces de los pájaros y el sonido de las ruedas cantan y suenan en una extraña armonía, y adquieren más y más fuerza, y el durmiente siente que es arrastrado hacia las playas de la vida, y de esta manera sintió Septimus que era arrastrado hacia la vida, que se hacía más cálida la luz del sol, que sonaban con más fuerza los gritos, y algo tremendo, algo horrible, estaba a punto de ocurrir.

Sólo tenía que abrir los ojos, pero sentía un peso en ellos, un temor. Hizo un esfuerzo; empujó hacia delante; miró; ante sí vio Regent's Park. Largos haces de luz del sol incidían en el suelo a sus pies. Los árboles se inclinaban, se balanceaban. Doy la bienvenida, parecía decir el mundo, acepto, creo. Belleza, parecía decir el mundo. Y como si fuera una demostración (científica) de ello, fuera lo que fuese lo que mirara, las casas, las barandas, los antílopes que tendían el cuello sobre la empalizada, allí surgía inmediatamente la belleza. Contemplar el estremecimiento de una hoja al paso del viento era una exquisita delicia. En lo alto, en el cielo, las golondrinas trazaban curvas líneas, efectuaban giros, se lanzaban de un lado para otro, giraban y giraban, pero jamás perdían el perfecto dominio de su vuelo, como si elásticos hilos las sostuvieran; y las moscas subían y bajaban; y el sol manchaba ora esta hoja, ora aquélla, burlón, deslumbrando con su suave oro, en pura benevolencia; y, una y otra vez, un penetrante sonido (bien podía ser la bocina de un automóvil), resonando divinamente en las briznas de hierba; y todo esto, pese a ser tranquilo y razonable, pese a estar constituido por realidades ordinarias, era ahora la verdad; la belleza, esto era la verdad ahora. La belleza estaba en todas partes.

—No llegaremos a tiempo—dijo Rezia.

La palabra “tiempo” rompió su propia cáscara; derramó sus riquezas sobre Septimus; y de los labios de Septimus cayeron cual conchas, cual virutas de madera surgidas del cepillo de carpintero, sin que él las hiciera, duras, blancas, imperecederas, palabras, y volaron para posarse en sus lugares debidos en una oda al Tiempo; una oda inmortal al Tiempo.

Septimus cantó. Evans le contestó desde detrás de un árbol. Los muertos estaban en Tesalia, cantaba Evans, entre orquídeas. Allí esperaron hasta que la guerra terminó, y ahora los muertos, ahora el propio Evans...

—¡Por el amor de Dios, no vengas!—gritó Septimus.

No, porque no podía mirar a los muertos.

Pero las ramas se apartaron. Un hombre vestido de gris caminaba realmente hacia ellos. ¡Era Evans! Pero no había en su cuerpo barro, ni heridas; no había cambiado. Debo decir al mundo entero, gritó Septimus alzando la mano (mientras el hombre muerto vestido de gris iba acercándose), alzando la mano como una colosal figura que ha lamentado el sino del hombre durante siglos solo en el desierto, oprimiéndose con las manos la frente, surcos de desesperación en las mejillas, y que ahora ve la luz en el horizonte del desierto, que ilumina y amplía la figura negra cual el hierro (y Septimus medio se levantó de la silla), y, con legiones de hombres postrados ante sí, él, el gigantesco enlutado, recibe por un momento en su rostro la totalidad. . .

Mientras intentaba hacerle sentarse de nuevo, Rezia dijo:

—Soy muy desdichada, Septimus.

Millones de hombres se lamentaron; durante siglos habían llorado. Se dirigiría a ellos; con sólo unos instantes más, sólo unos instantes, les comunicaría este alivio, esta alegría, esta pasmosa revelación...

—¿Qué hora es, Septimus?—dijo Rezia—. ¿Qué hora es?

Aquel hombre hablaba, aquel hombre avanzaba, aquel hombre forzosamente tenía que advertir su presencia. Aquel hombre les estaba mirando.

Muy despacio, como adormilado, dirigiendo una misteriosa sonrisa al hombre muerto vestido de gris, Septimus dijo:

—Te diré la hora.

Y mientras Septimus seguía sentado, sonriendo, sonaron las doce menos cuarto.

Y esto es lo que significa ser joven, pensó Peter Walsh al pasar junto a ellos. Están teniendo una escena horrorosa—la pobre muchacha estaba totalmente desesperada—en plena

mañana. Pero, ¿por qué la tenían?, se preguntó. ¿Qué habría dicho aquel joven con el abrigo a la muchacha, para que ella tuviera aquel aspecto? ¿En qué terrible situación se había metido aquella pareja para tener tan desesperado aspecto en tan hermosa mañana de verano? Lo divertido de regresar a Inglaterra, después de cinco años de ausencia, era, por lo menos durante los primeros días, que todas las cosas parecían nuevas, como si uno nunca las hubiera visto; una pareja de enamorados peleándose bajo la copa de un árbol; la doméstica vida de las familias en los parques públicos. Nunca le había parecido Londres tan encantador: la suavidad de las distancias; la riqueza; el verdor; la civilización, después de la India, pensó, caminando sobre el césped.

Esta sensibilidad a las impresiones había sido su desgracia, sin la menor duda. A su edad todavía tenía, como un muchacho e incluso como una chica, estos cambios de humor; días buenos, días malos, sin razón que lo justificara, júbilo al ver una cara bonita, terrible infelicidad al ver una vieja monstruosa. Desde luego, después de la India uno se enamoraba de todas las mujeres que veía. Tenían una especial lozanía; incluso las más pobres vestían mejor de lo que vestían cinco años atrás, sin la menor duda; y, a su parecer, nunca las modas habían favorecido tanto a las mujeres como la moda actual: las largas capas negras la esbeltez, la elegancia y el delicioso y al parecer universal hábito del maquillaje. Todas las mujeres, incluso las más respetables, tenían rosas florecidas bajo cristal, labios como cortados a cuchillo, rizos de tinta china; había línea, arte, en todas partes; indudablemente se había producido un cambio. ¿En qué pensaban los jóvenes?, se preguntó Peter Walsh.

Aquellos cinco años—desde 1918 hasta 1923—habían sido muy importantes, sospechaba. La gente tenía aspecto diferente. Y los periódicos también eran diferentes. Ahora, por ejemplo, había un hombre que escribía sin el menor rebozo en uno de los más respetables semanarios acerca de retretes. Hacía diez años, no se podía hacer esto, el escribir sin el menor rebozo acerca de retretes en un respetable semanario. Y, luego, aquel sacar el lápiz de labios o la polvera y maquillarse en público. A bordo del barco que le devolvió a Inglaterra había gran número de chicos y chicas—en particular recordaba a Betty y Bertie—que se arrullaban abiertamente; la madre hacía media sentada y les miraba de vez en cuando, más fresca que una flor. La chica se empolvaba la nariz delante de todos. Y no eran novios; sólo querían divertirse; y después tan amigos. Más dura que el diamante era la chica—Betty Nosequé—, pero buena persona a carta cabal. Sería una excelente esposa a los treinta años. Se casaría cuando lo creyera conveniente, se casaría con un hombre rico, y viviría en una gran casa cerca de Manchester.

¿Quién había hecho esto?, se preguntó Peter Walsh mientras entraba en el Sendero Ancho, ¿quién se había casado con un hombre rico y vivía en una gran casa cerca de Manchester? Alguien que le había escrito una larga y afectuosa carta, no hacía mucho, acerca de “hortensias azules”. La visión de hortensias azules fue lo que indujo a aquella mujer a

pensar en él y en los viejos tiempos. ¡Sally Seton, naturalmente! Fue Sally Seton, la última persona en el mundo que uno hubiera creído capaz de casarse con un hombre rico y vivir en una gran casa cerca de Manchester, ¡la loca, la osada, la romántica Sally!

Pero, de entre todas las personas que formaban aquel antiguo grupo, el grupo de amigos de Clarissa —los Whitbread, Kindersley, Cunningham, Kinloch Jones—, Sally probablemente era la mejor. A fin de cuentas, procuraba comprender las cosas tal como se deben comprender. Comprendió a la perfección a Hugh Whitbread —al admirable Hugh—, cuando Clarissa y los demás se postraban a sus pies.

Le pareció oír a Sally diciendo: “¿Los Whitbread? ¿Qué son los Whitbread? Comerciantes de carbón. Respetables mercaderes.”

Por una razón u otra, Sally detestaba a Hugh. De él decía que no pensaba en nada, como no fuera en su propia apariencia. Hubiera debido ser un duque. Sin la menor duda, se casaría con una de las princesas reales.

Desde luego, Hugh sentía el más extraordinario, el más natural, el más sublime respeto hacia la aristocracia británica que Peter Walsh hubiera visto jamás. Incluso Clarissa tuvo que reconocerlo. Sí, pero era tan simpático, tan generoso, dejó de cazar para complacer a su anciana madre... Y no olvidaba jamás los cumpleaños de su tía... Etcétera.

Era preciso reconocer que Sally se había dado cuenta de todo. Una de las cosas que mejor recordaba Peter Walsh era una discusión, un domingo por la mañana, en Bourton, acerca de los derechos de la mujer (este tema antediluviano), en la que Sally perdió la paciencia, estalló, y dijo a Hugh que él representaba lo más detestable que hay en la vida de la clase media británica. Le dijo que le consideraba responsable de la situación en que se hallaban “esas pobres muchachas de Piccadilly”—Hugh el perfecto gentleman... ¡Pobre Hugh!—. ¡Jamás se vio a un hombre tan horrorizado! Sally lo hizo adrede, según ella misma dijo después (porque solían reunirse los dos en el huerto, para intercambiar sus impresiones). “No ha leído nada, no ha pensado nada, no ha sentido nada”, creyó oír decir a Sally con aquella voz tan enfática que impresionaba mucho más de lo que ella creía. Los mozos de cuadra tenían más vida que Hugh, dijo. Era un perfecto producto de las escuelas privadas inglesas. Sólo Inglaterra podía producir tipos así. Por alguna razón, Sally estaba realmente resentida; algo tenía contra Hugh. La había insultado. . . ¿la habría besado? ¡Increíble! Desde luego, nadie podía creer ni media palabra en contra de Hugh. ¿Quién sería capaz de algo así? ¡Besar a Sally en el cuarto de fumar! Si se hubiera tratado de una Honorable Edith o de una Lady Violet, quizá. Pero la desaliñada Sally, sin un real, con un padre o una madre jugando en Monte Carlo, no. Hugh era el mayor *snob* que Peter Walsh había conocido en su vida, el individuo más obsequioso... Pero no cabía decir que se arrastrase ante los

demás. Era demasiado pedante para ello. Un ayuda de cámara de primera clase era la comparación que saltaba a la vista. El hombre que camina detrás con las maletas, el hombre a quien se le puede confiar la tarea de mandar telegramas. El hombre indispensable para las señoras de sociedad. Y había encontrado su trabajo adecuado: se había casado con su Honorable Evelyn; había conseguido aquel puestecillo en la Corte, cuidaba de las bodegas del Rey, limpiaba las imperiales hebillas de zapato, iba por ahí de calza corta y con pechera de encaje. ¡Qué implacable es la vida! ¡Un puestecillo en la Corte!

Se había casado con esa Lady, con la Honorable Evelyn, y vivía por los alrededores, pensó Peter Walsh (mirando los pomposos edificios que se alzaban junto al parque), ya que había almorzado una vez en una casa que tenía, cual tenían todas las posesiones de Hugh, algo que ninguna otra casa podía tener, quizá se tratara de armarios repletos de ropa blanca. Y uno estaba obligado a mirarlos, uno tenía que dedicar mucho tiempo a admirar cosas, fueran lo que fuesen, armarios repletos de ropa blanca, fundas de almohada, viejos muebles de roble, cuadros, que Hugh había comprado a precio de ganga. Pero la esposa de Hugh estropeaba a veces la escena. Era una de esas oscuras mujercitas ratoniles que admiran a los hombres corpulentos. Carecía casi totalmente de importancia. Pero de repente decía algo imprevisto, algo cortante. Quizá quedaba en ello un resto de los grandes modales de otros tiempos. La calefacción central era algo demasiado fuerte para ella, dejaba la atmósfera demasiado densa. Y allá vivían, con sus armarios repletos de ropa blanca, con sus cuadros de antiguos maestros, con sus fundas de almohada adornadas con auténtico encaje, gastando cinco o diez mil al año, seguramente, en tanto que él, que tenía dos años más que Hugh, estaba buscando trabajo.

A los cincuenta y tres años estaba obligado a ir a ver a aquella gente y pedirles que le dieran trabajo en algún ministerio, o que le encontraran cualquier otro empleo de tres al cuarto, como el de enseñar latín a muchachitos, a las órdenes de un oficinesco mandamás, cualquier cosa que le reportara quinientas al año. Sí, porque si se casaba con Daisy, contando incluso la pensión de Peter, no podrían vivir con menos. Seguramente Whitbread se lo conseguiría, o Dalloway. No le molestaba pedirle algo a Dalloway. Era bondadoso a carta cabal; un poco limitado, un poco duro de mollera, sí, pero bondadoso a carta cabal. Tratárase de lo que se tratara, todo lo hacía con sentido común y sencillez; sin la menor chispa de imaginación, sin el más leve toque de brillantez, pero con la inexplicable bondad propia de su manera de ser. Hubiera debido ser un hidalgo rural. Perdía el tiempo en la política. Donde más lucía era al aire libre, entre caballos y perros. Por ejemplo, cuando aquel gran perro peludo de Clarissa quedó atrapado en un cepo que casi se le llevó una pata, y Clarissa palideció, y Dalloway lo hizo todo: vendió la pata, la sujetó con listones, le dijo a Clarissa que no se portara como una tonta. Quizá éstas eran las cualidades por las que Clarissa le quería, quizá esto era lo que Clarissa necesitaba. “Y, ahora, querida, no te portes como una tonta. Aguanta esto, dame aquello”, y hablando todo el rato con el perro,

como si fuera un ser humano.

Pero, ¿cómo podía Clarissa tragar aquellas tonterías acerca de poesía? ¿Cómo era posible que le permitiera disertar sobre Shakespeare? Seria y solemnemente, Richard Dalloway se alzaba sobre sus patas traseras, y afirmaba que ningún hombre decente debía leer los sonetos de Shakespeare porque era como escuchar por el ojo de la cerradura (además, la relación en que se basaban no merecía su aprobación). Ningún hombre decente debía permitir que su esposa visitara a la hermana de una esposa fallecida. ¡Increíble! Lo único que cabía hacer era apedrearle con almendras garrapiñadas; era durante la cena. Pero Clarissa se lo tragó todo; lo estimó como una muestra de la honradez de Dalloway, de su independencia de criterio; ¡sólo Dios sabía si Clarissa llegó a pensar que Dalloway era la inteligencia más original con que se había topado en su vida!

Este era uno de los vínculos que le unían a Sally. Había un jardín por el que Sally y él solían pasear; estaba rodeado por un muro, y allí crecían rosales y gigantescas coliflores. Recordaba que Sally arrancó una rosa, se detuvo para lanzar exclamaciones acerca de la belleza de las hojas de col a la luz de la luna (era extraordinario cuán vívidamente volvía todo a su mente, tratándose de hechos en los que no había pensado durante largos años), mientras Sally le imploraba, medio en broma, desde luego, que se llevara a Clarissa para salvarla de todos los Hughs y todos los Dalloways y todos los restantes “perfectos gentlemen” que “ahogarían su alma” (en aquellos días, Sally escribía montones de poesías), la transformarían en una simple dama de sociedad, estimularían sus mundanales aficiones. Pero era preciso hacer justicia a Clarissa. A fin de cuentas, no iba a casarse con Hugh. Tenía una idea perfectamente clara de lo que quería. Sus emociones estaban todas en la superficie. Por debajo de ellas, Clarissa era muy aguda, juzgaba mejor que Sally el modo de ser de la gente, por ejemplo, y además era hondamente femenina; estaba dotada de este extraordinario don, don de mujer, consistente en crear un mundo suyo doquiera estuviera. Entraba en una estancia; estaba en pie, cual a menudo Peter Walsh la había visto, bajo el dintel de una puerta, con mucha gente a su alrededor. Pero era a Clarissa a quien uno recordaba. Y no era llamativa; en modo alguno era hermosa; nada pintoresco había en ella; nunca decía nada destacadamente inteligente; sin embargo, allí estaba ella; allí estaba.

¡No, no, no! ¡Había dejado de estar enamorado de ella! Lo único que le ocurría era que, después de verla aquella mañana, entre las tijeras y las sedas, preparándose para la fiesta, no podía apartar el pensamiento de ella; volvía a su mente una y otra vez, como el viajero dormido que se apoya en uno, en un vagón de ferrocarril; lo cual no significaba estar enamorado, desde luego, era sólo pensar en ella, criticarla, intentar una vez más, treinta años después, explicársela. Lo más evidente que de ella cabía decir estribaba en afirmar que era mundana; daba demasiada importancia al rango y a la sociedad y a prosperar en el mundo, todo lo cual era verdad en cierto sentido; la propia Clarissa lo había reconocido

ante él. (Si uno se tomaba la molestia, siempre conseguía que Clarissa reconociera sus defectos; era honrada.) Lo que Clarissa diría seguramente es que no le gustaban las mujeres con aspecto de bruja, los viejos carcamales, los fracasados como él; pensaba que nadie tenía derecho a andar por el mundo encorvado y con las manos en los bolsillos; que todos debían hacer algo, ser algo; y esas gentes de la gran sociedad esas duquesas, esas venerables y blancas condesas que uno encontraba en el salón de Clarissa, indescriptiblemente alejadas, a juicio de Peter, de cuanto importara algo, representaban algo real para Clarissa. En cierta ocasión, dijo que Lady Bexborough sabía mantenerse erguida (lo mismo cabía decir de la propia Clarissa; nunca se encorbaba, en ningún sentido de la palabra; iba siempre más derecha que una vela, un poco rígida, en realidad). Decía que aquella gente tenía cierta valentía que, a medida que ella se hacía mayor, respetaba más y más. En todo esto había mucho que se debía a Dalloway, desde luego; había mucho espíritu de servicio a la patria, de Imperio Británico, de reforma tributaria, de clase gobernante que había anidado y crecido en Clarissa, como suele ocurrir. Siendo dos veces más inteligente que Dalloway, Clarissa tenía que verlo todo a través de los ojos de Dalloway, lo cual es una de las tragedias de la vida matrimonial. Dotada de criterio propio, tenía que citar siempre las palabras de Richard, ¡como si uno no pudiera saber, al pie de la letra lo que Richard pensaba gracias a leer el *Morning Post* por la mañana! Estas fiestas, por ejemplo, estaban íntegramente dedicadas a él, a la idea que Clarissa tenía de él (para hacer justicia a Richard, sin embargo, era preciso reconocer que hubiera sido mucho más feliz dedicándose a cultivar la tierra en Norfolk). Clarissa había transformado su salón en una especie de punto de reunión; tenía especial talento para ello. Una y otra vez había visto Peter a Clarissa coger por su cuenta a un hombre joven sin el menor refinamiento; retorcerlo, darle la vuelta, despertarlo; ponerlo en marcha. Desde luego, un número infinito de individuos aburridos se congregaba a su alrededor. Pero también comparecían gentes extrañas, imprevistas; a veces un artista; a veces un escritor; bichos raros, en aquel ambiente. Y detrás de ello estaba la red de visitas, el dejar tarjetas, el ser amable con la gente; ir corriendo de un lado para otro con ramos de flores, pequeños regalos; Fulano o Zutano se va a Francia, habrá que proporcionarle una almohadilla; verdadera sangría en la fortaleza de Clarissa; ese interminable ir y venir de las mujeres como ella; pero lo hacía sinceramente, en méritos de un instinto natural.

Sin embargo, cosa rara, Clarissa era una de las personas más profundamente escépticas que Peter había conocido, y posiblemente (esta era una teoría que Peter utilizaba para explicarse a Clarissa, tan transparente en algunos aspectos, tan inescrutable en otros), posiblemente Clarissa se decía: Si somos una raza condenada, encadenada a un buque que se hunde (de muchacha, sus lecturas favoritas fueron obras de Huxley y Tyndall, a quienes gustaban las metáforas náuticas), como sea que todo no es más que una broma pesada, hagamos lo que podamos; mitigemos los sufrimientos de nuestros compañeros de prisión (Huxley otra vez); decoremos el calabozo con flores y almohadones; seamos todo lo

decentes que podamos. Estos villanos, los Dioses, no se saldrán íntegramente con la suya. Sí, porque Clarissa pensaba que los Dioses, que nunca perdían una oportunidad de dañar, frustrar y estropear el humano vivir, quedaban seriamente chasqueados si, a pesar de todo, una se comportaba como una señora. Esta fase comenzó inmediatamente después de la muerte de Sylvia, aquel horrible asunto. Presenciar como un árbol al caer mataba a la propia hermana (por culpa de Justin Parry, de su negligencia) ante sus propios ojos, a su hermana, una muchacha en la flor de la juventud, la mejor dotada de todas ellas según decía siempre Clarissa, bastaba para amargar el carácter a cualquiera. Más tarde, Clarissa quizá no fue tan tajante; creía que los Dioses no existían, que a nadie cabía culpar; y, por ello, formuló la atea doctrina de hacer el bien por el bien.

Desde luego gozaba intensamente de la vida. Estaba hecha para gozar (a pesar de que, evidentemente, tenía sus reservas; de todos modos, Peter pensaba que incluso él, después de tantos años, sólo podía trazar un esbozo de Clarissa). Y no había amargura en ella; carecía de aquel sentido de la virtud moral que tan repelente es en las buenas mujeres. Le gustaba prácticamente todo. Si uno paseaba con ella por Hyde Park, ahora era una parterre de tulipanes, ahora un niño en un cochecito, ahora un pequeño drama que Clarissa improvisaba en un instante. (Muy probablemente, hubiera hablado a aquella pareja de enamorados, si hubiese creído que eran desdichados.) Tenía un sentido del humor realmente exquisito, pero necesitaba gente, siempre gente, para que diera frutos, con el inevitable resultado de desperdiciar miserablemente el tiempo almorzando, cenando, dando sin cesar aquellas fiestas, diciendo tonterías, frases en la que no creía, con lo que se le embotaba la mente y perdía discernimiento. Sentada a la cabecera de la mesa, se tomaba infinitas molestias para halagar a cualquier viejo loco que pudiera ser útil a Dalloway—conocían a los más horribles latosos de Europa—, o bien llegaba Elizabeth, y todo quedaba subordinado a ésta. La última vez que Peter la vio, Elizabeth estudiaba secundaria, se encontraba en la etapa de la inexpresividad, y era una muchacha de ojos redondos y cara pálida, que en nada recordaba a su madre, una criatura estólida, silenciosa, que lo daba todo por supuesto, dejaba que su madre la mimara y luego decía: “¿Puedo irme, ahora?”; y Clarissa explicaba, con aquella mezcla de diversión y orgullo que también Dalloway parecía suscitar en ella: “Se va a jugar al hockey.” Y ahora Elizabeth seguramente se sentía ajena; pensaba que él era un viejo loco, y se reía de los amigos de su madre. En fin, igual daba. La compensación de hacerse viejo, pensaba Peter Walsh al salir de Regent’s Park, con el sombrero en la mano, estribaba sencillamente en lo siguiente: las pasiones siguen tan fuertes como siempre, pero uno ha adquirido—¡al fin!— la capacidad que da el supremo aroma a la existencia, la capacidad de dominar la experiencia, de darle la vuelta, lentamente, a la luz.

Se trataba de una terrible confesión (volvió a ponerse el sombrero), pero lo cierto era que ahora, a los cincuenta y tres años, uno había casi dejado de necesitar a la gente. La vida en

sí misma, cada uno de sus momentos, cada gota, aquí, este instante ahora, al sol, en Regent's Park, era suficiente. Demasiado, en realidad. Toda un vida no bastaba, era demasiado corta para, ahora que uno había adquirido la capacidad de hacerlo, extraer todo el aroma; para sacar cada onza de placer, cada matiz de significado; y ambos eran mucho más sólidos de lo que solían, mucho menos personales. Ya era imposible que Peter volviera a sufrir tanto como Clarissa le había hecho sufrir. Pasaba horas seguidas (¡gracias a Dios, tales cosas se podían decir sin que nadie las oyera!), horas y días seguidos, sin pensar en Daisy.

Teniendo en cuenta los sufrimientos, la tortura y la extraordinaria pasión de aquellos tiempos, ¿cabía decir que estuviera ahora enamorado de Daisy? Era una cosa totalmente diferente—mucho más agradable—, y la verdad consistía desde luego, en que ahora *ella* estaba enamorada de *él*. Y esto quizá fuera la razón por la que, en el momento en que el barco zarpó, Peter sintió un extraordinario alivio, y deseó sobre todo quedarse solo; le irritó encontrar en la cabina los testimonios de las pequeñas atenciones de Daisy, los cigarrillos, las notas, la alfombra para el viaje. Si la gente fuera honrada, todos dirían lo mismo; después de los cincuenta, uno no necesita a los demás; uno no tiene ganas de seguir diciendo a las mujeres que son hermosas; esto es lo que dirían casi todos los hombres de cincuenta años, si fueran sinceros, pensó Peter Walsh.

Sin embargo, estos increíbles accesos de emoción, como el echarse a llorar esta mañana, ¿a qué se debían? ¿Qué habría pensado Clarissa de él? Seguramente pensó que era un insensato, y no lo hizo por vez primera. Lo que había, en el fondo de todo, eran celos, los celos que sobreviven a todas las pasiones de la humanidad pensó Peter Walsh, con el cortaplumas en la mano, extendido el brazo. Había estado viendo al Mayor Orde, le decía Daisy en su última carta; a Peter le constaba que lo había escrito adrede; se lo había dicho para darle celos; le pareció ver a Daisy con la frente fruncida, mientras escribía, pensando qué podía decir para herirle; sin embargo, aquellas palabras nada habían cambiado; ¡Peter estaba furioso! Todo ese lío de trasladarse a Inglaterra y visitar abogados no era para casarse con Daisy sino para evitar que Daisy se casara con otro. Esto era lo que torturaba a Peter, en esto pensó cuando vio a Clarissa tan calma, tan fría, tan cerrada en su vestido o en lo que fuera; darse cuenta de lo que Clarissa hubiera podido evitarle, darse cuenta de aquello a lo que Clarissa le había reducido, a un débil y achacoso asno. Pero las mujeres, pensó mientras cerraba el cortaplumas, no saben lo que es la pasión. No saben lo que la pasión significa para los hombres. Clarissa era fría como un carámbano. Allí estaba ella, sentada en el sofá, a su lado, dejando que le cogiera la mano, y dándole un beso en la mejilla. Había llegado al cruce de la calle.

Un sonido le interrumpió; un sonido frágil y tembloroso, una voz burbujeando sin dirección ni vigor, sin principio ni fin, qué débil y aguda y con total ausencia de humano significado

articulaba

i am fa am so fu sui tu im u...

Voz sin edad ni sexo, la voz de una vieja fuente brotando de la tierra; voz que salía, exactamente en frente de la estación del metro de Regent's Park, de una alta y temblorosa forma, como una chimenea, como una oxidada bomba de agua, como un árbol azotado por el viento y perennemente carente de hojas, que deja que el viento pase una y otra vez por sus ramas cantando

i am fa am so fu sui tu im u

y se balancea, rechina y gime, en la eterna brisa.

A través de todas las edades—cuando el pavimento era hierba, cuando era tierra pantanosa, a través de la edad del colmillo y del mamut, a través de la edad del silente amanecer—la zaparrastrosa mujer—llevaba falda— con la mano derecha extendida, y la izquierda clavada en el costado, estaba en pie cantando una canción de amor, del amor que ha durado un millón de años, cantaba, del amor que prevalece, y hacía millones de años su enamorado, que llevaba siglos muerto, había caminado, canturreaba con ella en mayo; pero en el curso de las edades, largas y llameantes como días de verano, recordaba, desnudas salvo por los rojos ásteres, él se había ido; la enorme guadaña de la muerte había segado aquellas tremendas colinas, y cuando por fin descansó ella la blanca e inmensamente vieja cabeza en la tierra, transformada ahora en meras cenizas heladas, suplicó a los Dioses que dejaran a su lado un manojo de púrpura bermejuela, allí en su tumba que los últimos rayos del último sol acariciaban; porque entonces el espectáculo del universo habría terminado.

Mientras la vieja canción burbujeaba, frente a la estación del metro de Regent's Park, la tierra todavía parecía verde y florecida; la canción, a pesar de surgir de tan ruda boca, simple orificio en la tierra, también embarrada, con fibrosas raíces y hierba enmarañada, la vieja, trémula y burbujeante canción, empapando las entrelazadas raíces de infinitas edades, esqueletos y tesoros se alejaba formando riachuelos sobre el pavimento a lo largo de Marylebone Road, bajando hacia Euston, fertilizante, dejando una húmeda huella.

Recordando todavía que una vez en un mayo primigenio había paseado con su enamorado, esta oxidada bomba de agua, esta zaparrastrosa vieja, con una mano alargada para recibir una moneda, con la otra clavada en el costado, estará todavía allí dentro de diez millones de años, recordando que una vez paseó en mayo, allí donde ahora se persiguen las olas del

mar, con no importa quién. .. Era un hombre, oh, sí, un hombre que la había amado. Pero el paso de las edades había empañado la claridad del antiguo día de mayo; las flores de coloridos pétalos estaban ahora canas y plateadas por la escarcha; y la mujer ya no veía, cuando imploraba a su enamorado (como muy claramente hizo ahora) “mira bien mis ojos con tus dulces ojos”, ya no veía ojos castaños, negro bigote o cara tostada por el sol, sino una forma imprecisa, una forma de sombra, hacia la que, con la pajaril lozanía de los muy viejos, todavía piaba “dame tu mano y deja que te la oprima suavemente” (Peter Walsh no pudo evitar darle una moneda a aquel pobre ser, al subir en el taxi), “y si alguien nos ve, ¿qué importa?”, se preguntaba; y tenía la mano clavada en el costado, y sonreía, metiéndose el chelín en el bolsillo y todos los ojos de inquisitivo mirar parecieron quedar borrados, y las generaciones que pasaban—ajetreados individuos de la clase media atestaban la acera—se desvanecieron, como hojas, para ser pisoteadas, para quedar empapadas, para amontonarse, para transformarse en mantillo junto a aquella eterna fuente. ..

i am fa am so fu sui tu im u

—Pobre vieja—dijo Rezia Warren Smith.

¡Oh, pobre vieja bruja!, dijo Rezia, esperando el momento de cruzar.

¿Y si llueve por la noche? ¿Y si el padre de una, o alguien que la había conocido a una en mejores tiempos, pasaba por allí casualmente y la veía de pie en el arroyo? ¿Y dónde dormía, por la noche?

Juguetón, casi alegre, el invencible hilo de sonido se elevaba sinuoso en el aire como el humo de la chimenea de una casita de campo, ascendiendo por entre limpias hayas y surgiendo como un mechón por entre las más altas hojas. “Y si alguien nos ve, ¿qué importa?”

Debido a que era muy desdichada, desde hacía semanas y semanas, Rezia había dado significados a las cosas que ocurrían, y casi creía que debía detener a la gente en la calle, caso de que esta gente pareciera buena y amable, para decirles: “Soy desdichada”; y esta vieja cantando en la calle, “si alguien nos ve, ¿qué importa?”, la hizo sentirse súbitamente segura de que todo se solucionaría. Iban a ver a Sir William Bradshaw; este nombre le parecía agradable a Rezia, y él curaría inmediatamente a Septimus. Y entonces pasó el carro de una destilería, y en la cola de los caballos grises sobresalían erectas briznas de paja; y había carteles de periódicos. Era una sueño tonto, muy tonto, el ser desdichada.

Y cruzaron, el señor Septimus Warren Smith y su señora, y, a fin de cuentas, ¿había algo

en ellos que llamara la atención, algo que indujera al transeúnte a sospechar: He aquí a un joven que lleva el más importante mensaje del mundo y que es, además, el hombre más feliz del mundo, y el más desdichado? Quizá la pareja caminaba un poco más despacio que la otra gente, quizá había en el caminar del hombre cierto aire dubitativo como de ir arrastrándose, pero era natural que un empleado, que no había estado en el West End en día laborable a esta hora durante años, no hiciera más que mirar al cielo, mirar esto y lo otro, como si Portland Place fuera una estancia en la que hubiera entrado en ausencia de la familia, cubiertas con gasa las colgantes lámparas de lágrimas, y el ama de llaves, levantando una punta de las largas cortinas, deja que largos haces de luz polvorienta iluminen desolados sillones de extraño aspecto, explica a los visitantes cuán maravillosa es la casa; cuán maravillosa pero, al mismo tiempo, piensa él, cuán extraña.

Por su aspecto, podía ser un empleado, pero de los mejores; sí, porque calzaba botas de color castaño; sus manos eran educadas; y lo mismo cabía decir de su perfil, un perfil anguloso, de gran nariz, inteligente, sensible; pero no se podía afirmar lo mismo de sus labios, que eran flojos; y sus ojos (cual suele ocurrir con los ojos) eran meramente ojos; grandes y de color castaño; de manera que, en conjunto, el hombre era un caso de indeterminación, ni una cosa ni otra; podía muy bien terminar con una casa en Purley y un automóvil, o seguir toda su vida alquilando pisos en callejuelas laterales; era uno de estos medio-educados, auto-educados, que han conseguido toda su educación gracias a libros prestados por bibliotecas públicas, leídos al atardecer después de la jornada de trabajo, siguiendo el consejo de conocidos escritores consultados por correo.

En cuanto a las otras experiencias, las experiencias solitarias, que los individuos viven a solas, en sus dormitorios, en sus oficinas, caminando por los campos, caminando por las calles de Londres, aquel hombre las tenía; había dejado su hogar, siendo sólo un muchacho, por culpa de su madre; porque bajó a tomar el té por quincuagésima vez sin lavarse las manos; porque no veía porvenir alguno para un poeta en Stroud; y así, después de haber tomado por confidente a su hermanita menor, se fue a Londres, dejando tras sí una absurda nota, cual las escritas por los grandes hombres, y que el mundo ha leído más tarde, cuando la historia de sus luchas se ha hecho famosa.

Londres se ha tragado a muchos millones de jóvenes llamados Smith; no tenían importancia alguna los fantásticos nombres de pila cual Septimus, con que los padres de aquellos jóvenes habían pretendido distinguirlos. Vivir a pensión, en una calleja afluyente a Euston Road, comportaba experiencias y más experiencias, tal como la de cambiar un rostro en dos años, transformando un óvalo sonrosado e inocente en un rostro seco, contraído, hostil. Pero, de todo lo anterior, qué hubiera dicho el más observador de los amigos, salvo lo que dice el jardinero cuando, por la mañana, abre la puerta del invernadero y ve una nueva flor en su planta: Ha florecido; ha florecido por vanidad, ambición,

idealismo, pasión, soledad, valentía, pereza, las semillas habituales, que, mezcladas todas ellas (en un dormitorio alquilado, junto a Euston Road), le transformaron en un hombre tímido, tartamudo, ansioso de mejorar, y le hicieron enamorarse de la señorita Isabel Pole, que daba lecciones acerca de Shakespeare en Waterloo Road.

¿Acaso aquel muchacho no se parecía a Keats?, preguntaba la señorita Isabel Pole; y pensaba cómo podría arreglárselas para que se aficionara a *Antonio y Cleopatra* y todo lo demás; le prestaba libros; le mandaba notas; y encendió en él un fuego que sólo arde una vez en la vida, sin calor, con una llama inquieta, rojo-dorada infinitamente etérea e inmaterial, que ardía por la señorita Pole, *Antonio y Cleopatra*, y Waterloo Road. Él la creía hermosa, la consideraba impecablemente sabia; soñaba en ella, le escribía poesías que, por desconocer el arte, ella corregía con tinta roja; la vio, un atardecer de verano, caminando con un vestido verde por una plaza “Ha florecido”, hubiera dicho el jardinero, si hubiera abierto la puerta; si hubiera entrado, es decir, si lo hubiera hecho cualquier noche a esta hora, y le hubiera encontrado escribiendo, le hubiera encontrado rasgando lo escrito, le hubiera encontrado dando cima a una obra maestra a las tres de la madrugada y saliendo a toda prisa de casa para callejear, y visitar iglesias, y ayunar un día, y beber otro día, devorando a Shakespeare, Darwin, *La historia de la civilización* y Bernard Shaw.

Al señor Brewer le constaba que algo ocurría; al señor Brewer, jefe de personal de *Sibleys and Arrowsmiths*, subastadores, peritos valoradores y agentes de la propiedad inmobiliaria; algo ocurría, pensaba, y, por ser hombre de sentimientos paternales hacia sus jóvenes empleados, tenía en muy alto concepto la capacidad de Smith, y profetizaba que, en diez o quince años le sucedería en el sillón de cuero, en la estancia interior, bajo la luz cenital, con las cajas de títulos de propiedad alrededor, “si conserva la salud”, decía el señor Brewer, y aquí estaba el peligro, porque Smith parecía débil; le aconsejaba que jugara al fútbol, le invitaba a cenar, y estaba en trance de pensar en la manera de recomendar que le aumentaran el sueldo, cuando ocurrió algo que desbarató muchos de los cálculos del señor Brewer, le privó de sus más competentes empleados jóvenes, e incluso—tan insidiosos y destructivos fueron los dedos de la Guerra Europea—le hizo pedazos una estatua de yeso de Ceres, produjo un hoyo en su prado de geranios, y destrozó los nervios de la cocinera, en la casa del señor Brewer, en Muswell Hill.

Septimus fue uno de los primeros en presentarse voluntario. Fue a Francia para salvar a una Inglaterra que estaba casi íntegramente formada por las obras de Shakespeare y por la señorita Isabel Pole, en vestido verde, pasando por una plaza. Allí, en las trincheras, el cambio que el señor Brewer deseaba al aconsejar fútbol, se produjo instantáneamente; Smith se hizo hombre, fue ascendido, llamó la atención, y en realidad suscitó el afecto de su oficial superior, apellidado Evans. Fue una amistad como la de dos perros que juegan ante el fuego del hogar; uno de ellos jugando con un papel, gruñendo, lanzando bocados

mordisqueando de vez en cuando la oreja del perro más viejo; y el otro yaciendo soñoliento, parpadeando al fuego, alzando una pata, dándose la vuelta y gruñendo bondadoso. Tenían que estar juntos, tenían que compartir, tenían que reñir y pelear el uno con el otro. Pero, cuando a Evans (Rezia, que sólo le había visto una vez, decía que era un “hombre tranquilo”, un robusto pelirrojo, poco demostrativo en presencia de mujeres), cuando a Evans le mataron, inmediatamente antes del Armisticio, en Italia, Septimus, lejos de dar muestras de emoción o de reconocer que aquello representaba el término de una amistad, se felicitó por la debilidad de sus emociones y por ser muy razonable. La guerra le había educado. Fue sublime. Había pasado por todo lo que tenía que pasar—la amistad, la Guerra Europea, la muerte—, había merecido el ascenso, aún no había cumplido los treinta años y estaba destinado a sobrevivir. En esto último no se equivocó. Las últimas bombas no le dieron. Las vio explotar con indiferencia. Cuando llegó la paz, se encontraba en Milán, alojado en una pensión con un patio, flores en tiestos, mesillas al aire libre, hijas que confeccionaban sombreros, y de Lucrezia, la menor de las hijas, se hizo novio un atardecer en que sentía terror. Terror de no poder sentir.

Ahora que todo había terminado que se había firmado la tregua, que los muertos habían sido enterrados, padecía, en especial al atardecer, estos bruscos truenos de miedo. No podía sentir. Cuando abría la puerta de la estancia en que las muchachas italianas confeccionaban sombreros, las podía ver, las podía oír; pasaban delgados alambres por las coloreadas cuentas que tenían en cuencos; daban esta y aquella forma a las telas de bocací: la mesa estaba sembrada de plumas, lentejuelas, sedas y cintas; las tijeras golpeaban la mesa; pero algo le faltaba; no podía sentir. Los golpes de las tijeras, las risas de las muchachas, la confección de los sombreros le protegían, le daban seguridad, le daban refugio. Pero no podía pasarse la noche sentado allí. Había momentos en que se despertaba a primeras horas de la madrugada. La cama caía; él caía. ¡Oh, las tijeras, la lámpara y las formas de los sombreros! Pidió a Lucrezia que se casara con él, a la más joven de las dos, a la alegre, la frívola, con aquellos menudos dedos artísticos que ella alzaba, diciendo: “Todo se debe a ellos.” Daban vida a la seda, las plumas y todo lo demás.

“El sombrero es lo más importante,” decía Lucrezia, cuando paseaban juntos. Examinaba todos los sombreros que pasaban; y la capa y el vestido y el porte de la mujer. Mal vestida, va recargada, estigmatizaba Lucrezia, no con ferocidad, sino con impacientes movimientos de las manos, cual los de un pintor que aparta de sí una impostura patente y bien intencionada; y luego, generosamente, aunque siempre con sentido crítico, alababa a la dependienta de una tienda que llevaba con gracia su vestidito, o ensalzaba sin reservas, con comprensión entusiasta y profesional, a una señora francesa que descendía del coche, con chinchilla, túnica y perlas.

“¡Bonito!”, murmuraba Rezia, dando un codazo a Septimus para que lo viera. Pero la

belleza se encontraba detrás de un cristal. Ni siquiera el gusto (a Rezia le gustaban los helados, los bombones, las cosas dulces) le producía placer. Dejaba la copa en la mesilla de mármol. Miraba a la gente fuera; parecían felices, reunidos en medio de la calle, gritando, riendo, discutiendo por nada. Pero había perdido el gusto, no podía sentir. En el salón de té, entre las mesas y los camareros que parloteaban, volvió a sentir el terrible miedo: no podía sentir. Podía razonar; podía leer, al Dante, por ejemplo, muy fácilmente (“Septimus, deja ya el libro”, le decía Rezia cerrando dulcemente el *Inferno*), podía sumar la cuenta; su cerebro se encontraba en perfecto estado; seguramente el mundo tenía la culpa de que no sintiera.

“Los ingleses son muy callados”, decía Regia. Le gustaba, decía. Respetaba a los ingleses, quería ver Londres, y los caballos ingleses, y los vestidos hechos por sastres, y recordaba haber oído decir que las tiendas eran maravillosas, a una tía que se había casado y vivía en Soho.

Puede ser, pensó Septimus, contemplando Inglaterra desde la ventanilla del tren, cuando partían de Newhaven; puede ser que el mundo carezca de significado en sí mismo.

En la oficina le ascendieron a un cargo de bastante responsabilidad. Estaban orgullosos de él; había ganado cruces. “Ha cumplido usted con su deber, y ahora a nosotros corresponde...”, comenzó a decir el señor Brewer; y no pudo terminar, tan placenteras eran sus emociones. Se alojaron en un punto admirable, junto a Tottenham Court Road.

Allí volvió a abrir a Shakespeare. Aquel juvenil asunto de intoxicarse con el lenguaje— *Antonio y Cleopatra*— había quedado extinguido. ¡Cuánto odiaba Shakespeare a la humanidad, el ponerse prendas, el engendrar hijos, la sordidez de la boca y del vientre! Ahora Septimus se dio cuenta de esto; el mensaje oculto tras la belleza de las palabras. La clave secreta que cada generación pasa, disimuladamente, a la siguiente significa aborrecimiento, odio, desesperación. Con Dante ocurría lo mismo. Con Esquilo (traducido), lo mismo. Y allí estaba Rezia sentada ante la mesa, arreglando sombreros. Arreglaba sombreros de las amigas de la señora Filmer; se pasaba las horas arreglando sombreros. Estaba pálida, misteriosa; como un lirio, ahogada, bajo el agua, pensaba Septimus.

“Los ingleses son muy serios”, decía Rezia enlazando sus brazos alrededor de Septimus, apoyando su mejilla en la de éste.

El amor entre hombre y mujer repelía a Shakespeare. El asunto de copular le parecía una suciedad antes de llegar al final. Pero Rezia decía que debía tener hijos. Llevaban cinco años casados.

Juntos fueron a la Torre, al *Victoria and Albert Museum*; se mezclaron con la multitud para ver al Rey inaugurar el Parlamento. Y había tiendas, tiendas de sombreros, tiendas de vestidos, tiendas con bolsos de cuero en el escaparate, que Rezia miraba. Pero debía tener un niño.

Decía que debía tener un hijo como Septimus. Pero nadie podía ser como Septimus; tan dulce, tan serio, tan inteligente. ¿Por qué no podía ella leer también a Shakespeare? ¿Era Shakespeare un autor difícil?, preguntaba Rezia.

Uno no puede traer hijos a un mundo como éste. Uno no puede perpetuar el sufrimiento, ni aumentar la raza de estos lujuriosos animales, que no tienen emociones duraderas, sino tan sólo caprichos y vanidades que ahora les llevan hacia un lado, y luego hacia otro.

Miraba cómo Rezia manejaba las tijeras, daba forma, como se contempla a un pájaro picotear y saltar en el césped, sin atreverse a mover ni un dedo. Porque la verdad es (dejemos que Rezia lo ignore) que los seres humanos carecen de bondad, de fe, de caridad, salvo en lo que sirve para aumentar el placer del momento. Cazan en jauría. Las jaurías recorren el desierto, y chillando desaparecen en la selva. Abandonan a los caídos. Llevan una máscara de muecas. Ahí estaba Brewer, en la oficina, con su mostacho engomado, su aguja de corbata de coral, sus agradables emociones—todo frío y humedad—, sus geranios destruidos por la guerra, destruidos los nervios de su cocinera; o Amelia Nosequé sirviendo tazas de té puntualmente a las cinco, pequeña arpía obscena, de burlona sonrisa y mirada; y los Toms y los Berties, con sus almidonadas pecheras de las que rezumaban gotas de vicio. Nunca le vieron dibujando sus retratos, desnudos, haciendo payasadas, en el bloc de notas. En la calle, los camiones pasaban rugiendo junto a él; la brutalidad aullaba en los carteles; había hombres que quedaban atrapados en el fondo de minas; mujeres que ardían vivas; y en cierta ocasión un grupo de mutilados lunáticos que hacían ejercicios o se exhibían para divertir al pueblo (que reía en voz alta) desfiló moviendo la cabeza y sonriendo junto a él, en Tottenham Court Road, cada uno de ellos medio pidiendo disculpas, pero triunfalmente, infligiéndole su sino sin esperanzas. Y ¿acaso iba él a enloquecer?

A la hora del té, Rezia le dijo que la hija de la señora Filmer esperaba un hijo. ¡Ella no podía envejecer sin tener un hijo! ¡Estaba muy sola, era muy desdichada! Lloró por vez primera después de su matrimonio. Muy a lo lejos Septimus oyó el llanto; lo oyó claramente con precisión; lo comparó con el golpeteo del pistón de una bomba. Pero no sintió nada.

Su esposa lloraba, y él no sentía nada; pero cada vez que su esposa lloraba de aquella manera profunda, silenciosa, desesperanzada, Septimus descendía otro peldaño en la

escalera que le llevaba al fondo del pozo.

Por fin, en un gesto melodramático que realizó mecánicamente y con clara conciencia de su insinceridad, dejó caer la cabeza en las palmas de las manos. Ahora se había rendido; ahora los demás debían ayudarle. Era preciso llamar a la gente. Él había cedido.

Nada le reanimó. Rezia le metió en cama. Fue en busca de un médico, el doctor Holmes, médico de la señora Filmer. El doctor Holmes lo examinó. No le pasaba absolutamente nada, dijo el doctor Holmes. ¡Oh, qué alivio! ¡Qué hombre tan amable, qué hombre tan bueno!, pensó Rezia. Cuando él se sentía así, iba al *music hall*, dijo el doctor Holmes. Se tomaba un día de descanso con su esposa, y jugaba al golf. ¿Por qué no probar un par de pastillas de bromuro disueltas en agua al acostarse? Estas viejas casas de Bloomsbury, dijo el doctor Holmes golpeando la pared, tienen a menudo muy hermosos paneles de madera, que los dueños en un acto de locura han cubierto con papel. Precisamente hacía pocos días, en ocasión de visitar a un paciente, Sir Fulano de Tal, en Bedford Square...

En consecuencia no tenía excusa; no tenía nada, salvo el pecado por el que la humana naturaleza le había condenado a muerte, el pecado de no sentir. Poco le había importado que mataran a Evans; esto era peor; pero todos los restantes delitos alzaban la cabeza y agitaban los dedos y gritaban y soltaban risotadas desde los pies de la cama a primeras horas de la madrugada, dirigidas al cuerpo postrado que yacía consciente de su degradación; se había casado con su esposa sin amarla; le había mentado, la había seducido; había ultrajado a la señorita Isabel Pole, y estaba tan marcado por el vicio que las mujeres se estremecían cuando le veían en la calle. La sentencia que la humana naturaleza dictaba en el caso de semejante desecho era de muerte.

Y volvió el doctor Holmes. Grande, lozano, apuesto, relucientes las botas, mirando el espejo, e hizo caso omiso de todo—dolores de cabeza, insomnio, temores, sueños—, síntomas nerviosos y nada más, dijo. Si el doctor Holmes descubría que había perdido siquiera doscientos cincuenta gramos de los ochenta kilos que pesaba, decía a su mujer que le diera otro plato de *porridge* para desayunar. (Rezia tendría que aprender a prepararlo.) Pero, prosiguió el doctor Holmes, la salud es algo que en gran medida depende de nuestra voluntad. Tome interés en asuntos externos, adquiera una afición. Abrió el libro de Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*; lo desechó. Una afición, dijo el doctor Holmes, ya que, ¿acaso no debía él su excelente salud (y trabajaba como el que más, en Londres) al hecho de ser capaz de olvidarse en cualquier instante de sus pacientes para centrar la atención en los muebles antiguos? ¡Y qué bonita era la peineta que llevaba la señora Warren Smith!

Cuando el maldito idiota volvió, Septimus se negó a recibirle. ¿De veras?, dijo el doctor Holmes sonriendo agradablemente. Y, realmente, tuvo que propinar un empujón a aquella

menuda y encantadora mujer, la señora Smith, para poder entrar en el dormitorio de su marido.

“¡Vaya hombre, de modo que está en un mal momento!”, dijo con agradable acento, y se sentó al lado de su paciente. ¿Realmente había hablado a su mujer de la posibilidad de matarse? Encantadora la señora Smith, ¿extranjera, verdad? ¿Y después de haber dicho aquello a su esposa, no tendría ella muy triste idea de los maridos ingleses? ¿Acaso no tenían los maridos ciertos deberes para con la esposa? ¿Acaso no sería mejor hacer algo, en vez de quedarse en cama? Llevaba cuarenta años de experiencia a las espaldas; y más le valía a Septimus creer en las palabras del doctor Holmes. No le pasaba nada, estaba bien. Y en la próxima visita, el doctor Holmes esperaba ver a Septimus en pie, y no haciendo padecer a su encantadora mujercita.

En resumen, la humana naturaleza le perseguía, el repulsivo bruto con los orificios de la nariz rojo-sangre. Holmes le perseguía. El doctor Holmes le visitaba regularmente todos los días. Tan pronto uno tropieza, escribió Septimus al dorso de una postal, la naturaleza humana le persigue a uno. Holmes le persigue a uno. La única posibilidad de salvarse estribaba en huir, sin que Holmes se enterara; huir a Italia, a cualquier parte, a cualquier parte, lejos de Holmes.

Pero Rezia no podía comprenderle. El doctor Holmes era un hombre muy amable. Se tomaba mucho interés en Septimus. Lo único que quería era ayudarles, decía el doctor Holmes. El doctor Holmes tenía cuatro hijos de corta edad, y la había invitado a tomar el té, dijo Rezia a Septimus.

Le habían abandonado. El mundo entero danzaba: Mátate, mátate, mátate por nosotros Pero, ¿a santo de qué iba a matarse por ellos? La comida era agradable el sol cálido; y el asunto ese de matarse, ¿cómo lo llevaba uno a cabo? ¿Con un cuchillo de mesa, feamente con sangre y más sangre? ¿Chupando una tubería de gas? Estaba demasiado débil, apenas podía levantar la mano. Además, ahora estaba completamente solo, condenado, abandonado, como están solos aquellos que van a morir, y en ello había cierta belleza, era un aislamiento sublime; representaba una libertad que las personas vinculadas no pueden conocer. Holmes había ganado desde luego; el bruto de los rojos orificios de nariz había ganado. Pero ni siquiera Holmes podía tocar aquel último resto perdido en los límites del mundo, aquel forajido, que, vuelta la vista atrás, miraba las regiones habitadas del mundo, que yacía, como un marinero ahogado en la playa del mundo.

En este momento (Rezia había salido de compras) tuvo lugar la gran revelación. Detrás del biombo habló una voz. Era Evans que hablaba. Los muertos estaban con Septimus.

—¡Evans, Evans! —gritó.

El señor Smith habla solo, gritó Agnes, la criada, a la señora Filmer en la cocina. “¡Evans, Evans!”, había gritado el señor Smith cuando ella entró con la bandeja. Agnes dio un salto, de veras. Y bajó corriendo la escalera.

Y entró Rezia, con las flores, y cruzó la habitación, y puso las rosas en un jarrón en el que daba directamente el sol, y se rió y anduvo saltando de un lado para otro.

Tuvo que comprar las rosas, dijo Rezia, a un pobre en la calle. Pero estaban casi muertas, dijo, arreglando las rosas.

De modo que fuera había un hombre; seguramente Evans; y las rosas, que Rezia decía estaban medio muertas, habían sido cortadas por Evans en los campos de Grecia. La comunicación es salud; la comunicación es felicidad. La comunicación, musitó Septimus.

—¿Qué dices, Septimus? —le preguntó Rezia aterrada, ya que Septimus hablaba para sí.

Y mandó a Agnes corriendo a avisar al doctor Holmes. Su marido, dijo Rezia, estaba loco. Apenas la conocía.

Al ver a la naturaleza humana, es decir, al doctor Holmes, entrar en la habitación, Septimus gritó:

—¡Bruto! ¡Bruto!

—¿Bueno, qué pasa ahora? ¿Diciendo tonterías para asustar a su esposa?—preguntó el doctor Holmes del modo más amable que quepa imaginar.

Le daría algo para que durmiera. Y si fueran ricos, dijo el doctor Holmes paseando irónicamente la mirada por el cuarto, les recomendaría que fueran a Harley Street; si no tenían confianza en él, dijo el doctor Holmes con menos amabilidad.

Eran exactamente las doce; las doce en el Big Ben; el sonido de cuyas campanadas fue transportado en el aire hacia la parte norte de Londres; mezcladas con las de otros relojes, débil y etéreamente mezcladas con las nubes y con bocanadas de humo, las campanadas murieron allí, entre las gaviotas. Las doce sonaron cuando Clarissa Dalloway dejaba su vestido verde sobre la cama, y el matrimonio Warren Smith avanzaba por Harley Street. Las doce era la hora de su visita al médico. Probablemente, pensó Rezia, aquella casa con el automóvil gris parado delante era la de Sir William Bradshaw. (Los círculos de plomo

se disolvieron en el aire.)

Y realmente era el automóvil de Sir William, Bradshaw; bajo, poderoso, gris, con las sencillas iniciales enlazadas en la plancha, como si las pompas de la heráldica fueran impropias, al ser aquel hombre el socorro espiritual, el sacerdote de la ciencia; y, por ser gris el automóvil, para que armonizaran, con su sobria suavidad, en su interior se amontonaban grises pieles y alfombras gris perla, a fin de que la señora esposa de Sir William no pasara frío mientras esperaba. Y así era por cuanto a menudo Sir William recorría cien kilómetros o más tierra adentro para visitar a los ricos, a los afligidos, que podían pagar los subidos honorarios que Sir William, con toda justicia, cobraba por sus consejos. La señora esposa de Sir William esperaba con las pieles alrededor de las rodillas una hora o más, reclinada en el asiento, pensando a veces en el paciente y otras veces, lo cual es excusable, en la muralla de oro que crecía minuto a minuto, mientras ella esperaba; la muralla de oro que se estaba alzando entre ellos y todas las contingencias y angustias (la señora las había soportado con valentía; tuvieron que luchar), hasta que se sentía flotar en un calmo océano, en el que sólo olorosas brisas soplaban respetados, admirados, envidiados, sin tener apenas nada más que desear, aunque la señora de Sir William lamentaba estar tan gorda; grandes cenas todos los jueves dedicadas a los colegas; de vez en cuando la inauguración de una tómbola; saludar a la Familia Real, poco tiempo, por desdicha, con su marido, cuyo trabajo era más y más intenso; un chico, buen estudiante, en Eton; también le hubiera gustado tener una hija; sin embargo, no le faltaban las ocupaciones; amparo de la infancia desvalida; atenciones posterapéuticas a los epilépticos, y la fotografía, de manera que, cuando se construía una iglesia o una iglesia se estaba derrumbando, la señora de Sir William sobornaba al sacristán, conseguía la llave y tomaba fotografías que apenas se diferenciaban del trabajo de los profesionales.

Por su parte, Sir William ya no era joven. Había trabajado muy intensamente; había llegado al lugar en que ahora se encontraba debido únicamente a su competencia (era hijo de un tendero); amaba su profesión; su planta lucía en las ceremonias y hablaba bien. Todo lo anterior le había dado, cuando fue distinguido con el título de nobleza, un aspecto pesado, fatigado (el caudal de clientes que a él acudían era incesante, y las responsabilidades y privilegios de su profesión, onerosos), cansancio que, aunado a su cabello cano, aumentaba la extraordinaria distinción de su presencia y le daba fama (de suma importancia en los casos de enfermos de los nervios), no sólo de gozar de fulminante competencia y de casi infalible exactitud en el diagnóstico, sino también de simpatía, tacto, comprensión del alma humana. Lo vio tan pronto entraron en la estancia (los Warren Smith, se llamaban); lo supo con certeza tan pronto vio al hombre, era un caso de extrema gravedad. Era un caso de total hundimiento, total hundimiento físico y nervioso con todos los síntomas de gravedad, comprendió en menos de dos o tres minutos (mientras escribía las contestaciones a sus preguntas, formuladas discretamente en un murmullo, en una

cartulina de color de rosa).

¿Durante cuánto tiempo le había atendido el doctor Holmes?

Seis semanas.

¿Le prescribió un poco de bromuro, quizá? ¿Dijo que al paciente no le pasaba nada? Ya. . . (¡Esos médicos de cabecera!, pensó Sir William. Se pasaba la mitad de la vida enmendando sus errores. Algunos irreparables.)

—¿Parece que se distinguió usted mucho en la guerra?

El paciente repitió la palabra “guerra” de manera interrogativa.

Atribuía a las palabras significados simbólicos. Grave síntoma que debía anotarse en la cartulina.

—¿La guerra?—preguntó el paciente.

¿La Guerra Europea, aquella pequeña bronca de colegiales con pólvora? ¿Se había distinguido en la guerra? Realmente lo había olvidado. En la guerra, propiamente dicha, había fracasado.

—Sí, se distinguió mucho en los combates—aseguró Rezia al médico—. Fue ascendido.

Echando una ojeada a la carta del señor Brewer, escrita en términos extremadamente generosos, Sir William dijo en un murmullo:

—¿Y tienen de usted la más alta opinión en su oficina? ¿De modo que no hay motivo de preocupación alguno, de angustias económicas, nada?

Había cometido un delito, horroroso, y la humana naturaleza le había condenado a muerte.

—He... He... cometido un delito... empezó a decir.

—No ha hecho nada malo —le aseguró Rezia al médico.

Si el señor Smith tenía la bondad de esperar un poco, dijo Sir William, él hablaría con la señora Smith en la habitación contigua. Su marido está muy gravemente enfermo, dijo Sir William ¿Amenazaba con matarse?

Oh, sí, sí, gritó Rezia. Pero no lo decía en serio, dijo Rezia. Claro que no. Se trataba tan sólo de una cuestión de descanso, dijo Sir William; de descanso, descanso, descanso; un largo descanso en cama. Había un delicioso sanatorio en el campo donde su marido sería perfectamente atendido. ¿Sin ella?, preguntó Rezia. Desgraciadamente, sí; las personas que más nos aman no nos convienen, cuando estamos enfermos. Pero no estaba loco, ¿verdad? Sir William dijo que jamás hablaba de “locura”; a esto lo llamaba “no tener sentido de la proporción”. Pero a su marido no le gustaban los médicos. Se negaría a ir a aquel sitio. En breves y amables palabras Sir William le explicó las características del caso. Había amenazado con matarse. No quedaba otra alternativa. Era una cuestión legal. Yacería en cama, en un hermoso sanatorio, en el campo. Las enfermeras eran admirables. Sir William le visitaría una vez por semana. Y si la señora Warren Smith estaba segura de que no tenía más preguntas que formularle—Sir William nunca apremia a sus pacientes—, volverían al lado de su esposo. Nada más tenía Rezia que preguntar. Por lo menos a Sir William.

Por lo tanto, volvieron al lado del más sublime individuo de la humanidad, del criminal ante sus jueces, de la víctima desamparada en las alturas, del fugitivo, del marinero ahogado, del poeta de la oda inmortal, del Señor que había ido de la vida a la muerte, de Septimus Warren Smith que, sentado en el sillón bajo la luz cenital, contemplaba una fotografía de Lady Bradshaw en atuendo de Corte, murmurando mensajes sobre la belleza.

—Bueno, ya hemos tenido nuestra pequeña charla —dijo Sir William.

—Dice que estás muy, muy enfermo—gritó Rezia.

—Y hemos acordado que debe usted ir a un sanatorio—dijo Sir William.

—¿Uno de los sanatorios de Holmes?—preguntó Septimus con sarcasmo.

Aquel individuo causaba una desagradable impresión. Sí, porque Sir William, cuyo padre había sido del comercio, tenía un natural respeto hacia los modales y el vestir, que el desaliño hería; y además Sir William, quien nunca tuvo tiempo para leer, sentía un rencor, profundamente arraigado, contra las gentes cultas que entraban en aquella habitación e insinuaban que los médicos, cuya profesión es un constante y esforzado ejercicio de las más altas facultades, no eran hombres educados.

—Uno de *mis* sanatorios, señor Warren Smith—dijo—, donde le enseñarán a descansar

Y sólo faltaba una cosa.

Sir William tenía la certeza de que el señor Warren Smith, cuando estaba bien, era el último hombre en el mundo capaz de asustar a su esposa. Sin embargo, había hablado de matarse.

—Todos tenemos nuestros momentos de depresión—dijo Sir William.

Tan pronto uno cae, se repitió Septimus, la naturaleza humana se le echa a uno encima. Holmes y Bradshaw se le echan a uno encima. Rastrillan el desierto. Gritando vuelan al interior de la selva. Aplican la tortura del potro. La naturaleza humana es implacable.

Con el lápiz sobre la cartulina de color de rosa Sir William Bradshaw preguntó si acaso alguna vez sentía impulsos.

Esto era asunto suyo, repuso Septimus.

—Nadie vive solo—dijo Sir William, echando una mirada a la fotografía de su esposa con atuendo de Corte.

—Tiene usted una brillante carrera ante sí—dijo Sir William. Sobre la mesa estaba la carta del señor Brewer—. Una carrera excepcionalmente brillante.

Pero, ¿y si lo confesara? ¿Si lo dijera? ¿Le dejarían entonces tranquilo, Holmes, Bradshaw?

—Yo... Yo...—tartamudeó.

Pero, ¿cuál era su delito? No se acordaba.

—¿Sí?—lo estimuló Sir William. (Aunque se estaba haciendo tarde.)

Amor, árboles, no hay delito, ¿era éste el mensaje?

No podía recordarlo.

—Yo... Yo...—tartamudeó Septimus.

—Procure pensar lo menos posible—le dijo amablemente Sir William.

Realmente, aquel tipo no podía andar suelto.

¿Deseaban preguntarle alguna cosa más? Sir William se encargaría de todas las gestiones (murmuró dirigiéndose a Rezia), y le diría lo que debían hacer, entre cinco y seis de la tarde.

—Déjenlo todo en mis manos—dijo.

Y les despidió.

¡Nunca, nunca había sufrido Rezia tanta angustia en su vida! ¡Había pedido ayuda y se la habían negado! ¡Aquel hombre les había defraudado! ¡Sir William Bradshaw no era un hombre simpático!

Sólo mantener este automóvil debe costarle un dineral, dijo Septimus, cuando salieron a la calle.

Rezia se colgó de su brazo. Les habían defraudado.

Pero, ¿qué más quería Rezia?

Sir William concedía a sus pacientes tres cuartos de hora; y si, en esta exigente ciencia, que trata de lo que, a fin de cuentas, nada sabemos —el sistema nervioso, el cerebro humano—, un médico pierde el sentido de las proporciones, este médico fracasa. Debemos gozar de salud y la salud es proporción; por lo tanto, cuando en la sala de consultas entra un hombre y dice que es Cristo (común engaño), y que tiene un mensaje, como casi todos lo tienen, y amenaza, como a menudo hacen, con matarse, uno invoca la proporción; prescribe descanso en cama; descanso en soledad; silencio y descanso; descanso sin amigos, sin libros, sin mensajes; seis meses de descanso; hasta que el hombre que llegó pesando ochenta kilos sale pesando cien.

La proporción, la divina proporción, la diosa de Sir William, la consiguió Sir William recorriendo hospitales, pescando el salmón, engendrando un hijo en Harley Street en la persona de Lady Bradshaw, que también pescaba el salmón, y hacía fotografías que apenas se distinguían del trabajo de los profesionales. Gracias a rendir culto a la proporción, Sir William no sólo prosperó personalmente, sino que hizo prosperar a Inglaterra, encerró a los locos, prohibió partos, castigó la desesperación, e hizo lo preciso para que los desequilibrados no propagaran sus opiniones hasta que, también ellos, participaran de su sentido de la proporción, sí, del suyo si eran hombres, y del de Lady Bradshaw si eran mujeres (Lady Bradshaw bordaba, hacía ganchillo, y de cada siete veladas cuatro las pasaba en casa con su hijo), por lo que, no sólo sus colegas le respetaban y sus subordinados le temían, sino que los amigos y parientes de sus clientes le estaban

profundamente agradecidos por insistir en que aquellos proféticos Cristos y Cristas que anunciaban el fin del mundo, o el advenimiento de Dios, bebieran leche en cama, siguiendo sus órdenes; Sir William, con sus treinta años de experiencia en casos de esta clase, y con su infalible instinto, podía decir: esto es locura, esto es cordura; su sentido de la proporción.

Pero la Proporción tiene una hermana, no tan sonriente, más formidable, una diosa que incluso ahora está entregada—en el calor y la arena de la India, en el barro y las tierras pantanosas de Africa, en los alrededores de Londres, en cualquier lugar, en resumen, en que el clima o el diablo tienta a los hombres a apartarse del credo verdadero, que es el de esta diosa—, que incluso ahora está entregada a derribar tronos, destruir ídolos, y poner en su lugar su propia imagen severa. Se llama Conversión y se ceba en la voluntad de los débiles, porque ama impresionar, imponerse, adorar sus propios rasgos estampados en el rostro del pueblo. Predica en pie, sobre un barril, en Hyde Park Corner; se reviste de blanco y camina, penitentemente disfrazada de amor fraterno, por fábricas y parlamentos; ofrece ayuda, pero ansía el poder; expulsa brutalmente de su camino a los disidentes o a los insatisfechos; prodiga sus bendiciones a aquellos que, mirando a lo alto recogen sumisos en los ojos de la Diosa la luz de sus propios ojos. También esta señora (Rezia Warren Smith lo había adivinado) habitaba en el corazón de Sir William, aun cuando oculta, cual suele estarlo, por un disfraz plausible; bajo algún nombre venerable; amor deber, abnegación. ¡Cuánto trabajaba Sir William recabando fondos, proponiendo reformas, fundando instituciones! Pero la conversión, exigente diosa, prefiere la sangre a los ladrillos, y se regala más sutilmente con la humana voluntad. Por ejemplo, Lady Bradshaw. Quince años atrás se había sometido. No se trataba de algo que se pudiera señalar con el dedo no había habido una escena, ni una ruptura; sólo fue el lento hundimiento de la voluntad de Lady Bradshaw, como en tierras pantanosas, en la voluntad de su marido. Dulce era su sonrisa, rápida su sumisión; las cenas en Harley Street, de ocho o nueve platos, dando de comer a diez o quince invitados de las profesiones liberales, eran corteses y se desarrollaban suavemente. Sólo que, a medida que la velada avanzaba, un muy leve aburrimiento, una inquietud quizás, un estremecimiento nervioso, una indecisión un tropiezo o una confusión indicaban, lo cual resultaba penoso, que la pobre señora mentía. Tiempo hubo, muchos años atrás en que Lady Bradshaw pescaba libremente el salmón, pero ahora, presta a servir las ansias de dominio y de poder que aceitosas iluminaban los ojos de su marido, se encogía, se empequeñecía, se recortaba, retrocedía, miraba del través, de manera que, sin saber exactamente qué era lo que hacía la velada desagradable y causaba aquella presión en la parte alta de la cabeza (que bien podía atribuirse a la conversación profesional, o a la fatiga de un gran médico cuya vida, así lo decía Lady Bradshaw, no era “suya sino de sus pacientes”), la velada era desagradable, por lo que los invitados, cuando el reloj daba las diez, inhalaban el aire de la calle incluso con delicia; alivio que, sin embargo, denegaba a sus pacientes.

Allí, en la gris estancia, con los cuadros en la pared, y el valioso mobiliario, bajo la luz cenital de la claraboya de vidrio rayado, se enteraban de la amplitud de sus transgresiones: derrumbados en sillones, contemplaban cómo el médico efectuaba, en beneficio de sus pacientes, un curioso ejercicio con los brazos, proyectándolos hacia delante para retirarlos con brusquedad y quedar en jarras, a fin de demostrar (si el paciente era obstinado) que Sir William era dueño de sus propios actos, lo cual no cabía decir del paciente. Allí, algunos seres débiles se rindieron, sollozaron, se sometieron; otros inspirados por sabe Dios qué desafortada locura llamaron a Sir William, en su propia cara, condenado charlatán; con mayor impiedad aun, ponían en tela de juicio la propia vida. ¿Por qué vivir?, preguntaban. Sir William contestaba que la vida era buena. Ciertamente, Lady Bradshaw, con plumas de avestruz, colgaba sobre la repisa del hogar, y los ingresos de Sir William rebasaban las doce mil al año. Pero a nosotros, protestaban, la vida no nos ha dado tanta fortuna. Les daba la razón. Les faltaba el sentido de la proporción. Y quizás, a fin de cuentas, Dios no exista. Encogía los hombros. En resumen, vivir o no vivir ¿es asunto nuestro? Aquí estaban equivocados. Sir William tenía un amigo en Surrey, en donde enseñaban lo que Sir William reconocía era un difícil arte, el sentido de la proporción. Además, había el afecto familiar, el honor, la valentía, y una brillante carrera. Todo lo dicho tenía en Sir William un decidido defensor. Si esto fallaba, Sir William se amparaba en la policía y en el bien social; y, observaba con gran serenidad, allá en Surrey se encargarían de someter a la debida regulación los impulsos antisociales engendrados principalmente por la falta de buena sangre. Y entonces salía furtivamente de su escondrijo y ascendía a su trono aquella diosa cuya pasión estriba en superar la oposición, en estampar indeleblemente en los santuarios de los demás su propia imagen. Desnudos, indefensos, los exhaustos, los carentes de amigos, recibían la impronta de la voluntad de Sir William. Atacaba; devoraba. Encerraba a la gente. Esta mezcla de decisión y de humanidad era la causa de que los parientes de sus víctimas se encariñaran tanto con Sir William.

Pero Rezia Warren Smith gritaba, mientras iba por Harley Street, que aquel hombre no le gustaba.

Desmenuzando y cortando, dividiendo y subdividiendo, los relojes de Harley Street mordisqueaban el día de junio, aconsejaban sumisión, daban su apoyo a la autoridad, y ponían de manifiesto, a coro, las supremas ventajas del sentido de la proporción, hasta que el acervo de tiempo quedó tan mermado que un reloj comercial, suspendido sobre una tienda de Oxford Street, anunció, afable y fraternalmente, como si fuera un placer para los señores *Rigby* y *Lowedes* dar gratis la información, que era la una y media.

Mirando hacia arriba, se veía que cada una de las letras de los apellidos de estos señores sustituía cada una de las horas; subconscientemente, se agradecía a *Rigby* y a *Lowndes* que

le dieran a uno la hora ratificada por Greenwich; y esta gratitud (así pensaba Hugh Whitbread, detenido ante el escaparate de la tienda) revestía después, naturalmente, la forma de comprar en *Rigby y Lowndes* calcetines y zapatos. Esto rumiaba Whitbread. Era un hábito. No profundizaba. Rozaba superficies; las lenguas muertas, las vivas, la vida en Constantinopla, París, Roma; montar a caballo, cazar, jugar al tenis, eso fue en otros tiempos. Los maliciosos afirmaban que ahora Hugh Whitbread estaba de guardia en el Palacio de Buckingham, con medias de seda y calzón corto, aunque nadie sabía qué guardaba. Pero lo hacía con gran eficiencia. Llevaba cincuenta y cinco años navegando por entre la nata y crema de la sociedad inglesa. Había conocido a primeros ministros. Se estimaba que sus afectos eran profundos. Y si bien era cierto que no había tomado parte en ninguno de los grandes movimientos del tiempo, ni había desempeñado cargos importantes, también era cierto que a él se debían una o dos humildes reformas; una de ellas era la mejora de los albergues benéficos; la protección de las lechuzas de Norfolk era la otra; las domésticas tenían motivos para estarle agradecidas; y su nombre al término de las cartas al *Times* pidiendo fondos, haciendo llamamientos al público a fin de proteger, conservar, limpiar, eliminar humos, mantener la moral en los parques públicos, imponía respeto.

Y magnífica era su estampa, detenido allí unos instantes (mientras el sonido de la media hora se extinguía) para mirar con aire crítico y magistral los calcetines a los zapatos; impecable, sólido, como si contemplara el mundo desde una cierta altura, y vestido en concordancia; pero se daba cuenta de las obligaciones que el tamaño, la riqueza, la salud imponen, y cumplía puntillosamente, incluso cuando no era absolutamente necesario, pequeños actos de cortesía, anticuadas ceremonias que daban cierto estilo a sus modales, algo que imitar algo por lo que recordarle, ya que, por ejemplo, jamás almorzaría con Lady Bruton, a quien había tratado durante los últimos veinte años, sin ofrecerle, alargado el brazo, un ramo de claveles, y sin dirigirse a la señorita Brush, la secretaria de Lady Bruton, para preguntarle que tal le iban las cosas a su hermano en Sudáfrica, lo cual, por ignoradas razones, irritaba tanto a la señorita Brush que ésta, carente de todo atributo de encanto femenino respondía “muchas gracias, a mi hermano le van las cosas muy bien en Sudáfrica”, cuando, en realidad, le iban muy mal en Portsmouth, desde hacía seis o siete años.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, quien llegó en el mismo instante. En realidad, los dos coincidieron ante la puerta.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, por supuesto. Estaba hecho de mejor material. Pero no permitía que se hablara mal de su pobre y querido Hugh. Lady Bruton jamás olvidaba la amabilidad de Hugh —realmente había sido muy amable— en cierta ocasión que había olvidado. Pero lo había sido, sí, realmente muy amable. De todos modos, la

diferencia entre aquellos dos hombres poco importaba. Lady Bruton nunca había visto utilidad alguna en despedazar a la gente, tal como hacía Clarissa Dalloway; despedazarla y volverla a pegar; no, por lo menos cuando una tenía sesenta y dos años. Tomó las flores de Hugh, con su triste y angulosa sonrisa. Dijo que no había más invitados. La invitación era sólo un pretexto para que la ayudaran en cierta dificultad.

—Pero primero comamos—dijo.

Y entonces comenzó un silencioso y exquisito ir y venir, por las puertas de muelles, de camareras con delantalito y blanca cofia, cuyos servicios no eran necesarios, pero que formaban parte integrante de un misterio o gran engaño a cargo de las damas de sociedad de Mayfair, llevado a cabo de una y media a dos, cuando, gracias a un leve ademán, el tránsito cesa, y en su lugar surge esta profunda ilusión, primeramente acerca de la comida, que no se paga; y, después, con la mesa que se extiende voluntariamente, con el cristal y la plata, las servilletas, los cuencos de roja fruta; la cremosa película castaña que cubre el rodaballo; en cazuelas nadan pollos despedazados; rojo y salvaje arde el fuego; y con el vino y el café (no pagados) se alzan jocundas visiones ante ojos contemplativos; ojos especulativos; ojos a los que la vida parece musical, misteriosa; ojos ahora animados para observar afablemente la belleza de los rojos claveles que Lady Bruton (cuyos movimientos siempre fueron angulosos) había dejado junto a su plato, de modo que Hugh Whitbread, sintiéndose en paz con el universo entero y, al mismo tiempo, completamente seguro de su posición, dijo, dejando el tenedor:

—Serían encantadores sobre el fondo de tu vestido de encaje.

A la señorita Brush la molestó intensamente esta familiaridad. Juzgó que Hugh Whitbread era un mal educado. La señorita Brush daba risa a Lady Bruton.

Lady Bruton levantó los claveles, sosteniéndolos con cierta rigidez, de modo muy parecido al que el general sostenía el rollo de pergamino en el cuadro tras la espalda de Lady Bruton; y quedó inmóvil, como en trance. ¿Era la tataranieta del general? ¿Era la tátara-tataranieta, quizá?, se preguntó Richard Dalloway. Sir Roderick, Sir Miles, Sir Talbot. . . Eso. Era curioso el modo en que, en aquella familia, el parecido se mantenía en las mujeres. Lady Bruton hubiera debido ser general de dragones. Y Richard hubiera servido a sus órdenes alegremente; sentía gran respeto hacia ella; amaba las románticas ideas acerca de viejas damas de buena planta, con raza, y le hubiera gustado, con su habitual buen humor traer a algunos de sus jóvenes conocidos extremistas a almorzar con ella... ¡Las mujeres como Lady Bruton no surgían entre gentes entusiastas de tomar el té entre amabilidades! Lady Bruton conocía bien su tierra. Conocía bien a su pueblo. Había una viña, que todavía daba fruto, bajo la cual Lovelace o Herrick—Lady Bruton jamás leía una palabra de poesía, pero

la historia circulaba—se habían sentado. Más valía esperar un poco antes de plantearles el problema que la preocupaba (sobre si hacer o no una llamada al público; y caso de hacerla, en qué términos, etcétera), más valía esperar a que hubieran tomado el café, pensó Lady Bruton; y dejó los claveles al lado del plato.

—¿Cómo está Clarissa?—preguntó bruscamente.

Clarissa siempre decía que Lady Bruton no le tenía simpatía. Y, ciertamente, Lady Bruton tenía fama de interesarse más por la política que por la gente; de hablar como un hombre; de haber intervenido en cierta notoria intriga de los años ochenta, que ahora comenzaba a ser referida en memorias. Ciertamente, en su salón se abría una salita, y en esta salita había una mesa, y sobre la mesa una fotografía del general Sir Talbot Moore, ahora fallecido, que allí había escrito (un atardecer de los ochenta), en presencia de Lady Bruton, con su conocimiento, quizá por su consejo, un telegrama ordenando a las tropas británicas que avanzaran, en una histórica ocasión. (La historia decía que Lady Bruton conservaba la pluma.) Y, cuando decía con su acento negligente “¿Cómo está Clarissa?”, los maridos tenían dificultades en convencer a sus esposas, e incluso, por fieles que fueran, lo ponían ellos mismos secretamente en duda, del interés que Lady Bruton sentía por unas mujeres que a menudo obstaculizaban la carrera del marido, le impedían aceptar cargos en el extranjero, y tenían que ser llevadas junto al mar, en plena temporada social, para que se recuperaran de la gripe. Sin embargo, las mujeres sabían con certeza que su pregunta “¿Cómo está Clarissa?” revelaba los mejores deseos, los buenos deseos de una compañera casi silenciosa, cuyas manifestaciones (media docena quizá en el curso de toda una vida) significaban el reconocimiento de cierta femenina camaradería que discurría por debajo de los almuerzos masculinos y unía a Lady Bruton y a la señora Dalloway, quienes rara vez se veían, y que, cuando se reunían, parecían indiferentes e incluso hostiles, mediante un singular vínculo.

—Esta mañana, he coincidido con Clarissa en el parque—dijo Hugh Whitbread.

Lo dijo metiendo el tenedor en el plato, ansioso de hacer este pequeño alarde, ya que le bastaba con ir a Londres para coincidir con todo el mundo inmediatamente; pero lo dijo con codicia, era uno de los hombres más codiciosos que había conocido en su vida, pensó Milly Brush, quien observaba a los hombres con implacable rectitud, y era capaz de eterna devoción, en particular a individuos de su propio sexo, siendo angulosa, seca, torcida, y totalmente carente de encanto femenino.

Acordándose bruscamente de ello, Lady Bruton dijo:

—¿Sabéis quién está en Londres? Nuestro viejo amigo Peter Walsh.

Todos sonrieron. ¡Peter Walsh! Y el señor Dalloway se ha alegrado sinceramente, pensó Milly Brush; y el señor Whitbread sólo piensa en el pollo.

¡Peter Walsh! Los tres, Lady Bruton, Hugh Whitbread y Richard Dalloway recordaron lo mismo, cuán apasionadamente enamorado había estado Peter; había sido rechazado; se fue a la India; se había armado un lío con su vida; y Richard Dalloway sentía una gran simpatía hacia su querido y viejo amigo. Esto fue lo que vio Milly Brush; vio una profundidad en los ojos castaños del señor Dalloway; le vio dudar, meditar; lo cual interesó a Milly Brush, ya que el señor Dalloway siempre le interesaba, y se preguntó qué estaría pensando de Peter Walsh.

Que Peter Walsh había estado enamorado de Clarissa; que después del almuerzo iría directamente a casa, para ver a Clarissa; que le diría, lisa y llanamente, que la amaba. Sí, esto le diría.

Una vez, a Milly Brush poco le faltó para enamorarse de estos silencios, y el señor Dalloway siempre fue hombre digno de la mayor confianza; todo un caballero, además. Ahora, a los cuarenta suyos, bastaba con que Lady Bruton efectuara un movimiento afirmativo con la cabeza o se volviera súbitamente un poco, para que Milly Brush viera el signo, por muy sumida que estuviera en estas reflexiones de su independiente espíritu, de su alma sin corromper a la que la vida no podía engañar, porque la vida no la había dotado de rasgo alguno que tuviera el más leve valor; ni un rizo, sonrisa, labio, mejilla, nariz; nada de nada; Lady Bruton sólo tenía que mover la cabeza, y Perkins recibía instrucciones de disponerse a traer e café.

—Sí, Peter Walsh ha regresado, dijo de nuevo Lady Bruton.

Era vagamente halagador para todos ellos. Había regresado apaleado, sin éxito, a sus seguras playas. Pero ayudarle, reflexionaron, era imposible; había cierto fallo en su carácter. Hugh Whitbread dijo que, desde luego, siempre cabía la posibilidad de mencionar el nombre de Peter Walsh a Fulano de Tal. Arrugó la frente lúgubrementemente, consecuente, al pensar en las cartas que escribiría a los jefes de oficinas gubernamentales, acerca de “mi viejo amigo Peter Walsh”, y demás. Pero a nada conduciría, a nada permanente, debido al carácter de Peter Walsh.

—Tiene problemas a causa de una mujer—dijo Lady Bruton.

Todos habían intuido que *esto* era lo que había en el fondo del asunto.

Ansiando dejar el tema, Lady Bruton dijo:

—De todos modos, oiremos la historia entera de labios del propio Peter.

(El café tardaba en llegar.)

—¿Las señas?—murmuró Hugh Whitbread.

E inmediatamente se produjeron ondas en la gris marea de servicio que rodeaba a Lady Bruton, día tras día, recogiendo, interceptando, envolviendo a Lady Bruton en un fino tejido que evitaba colisiones, mitigaba interrupciones, se extendía por toda la casa de Brook Street, formando una fina red que atrapaba todas las cosas, que eran recogidas con exactitud, instantáneamente, por el cano Perkins, que llevaba treinta años al servicio de Lady Bruton, y que ahora escribió las señas; las entregó al señor Whitbread, que extrajo la cartera, alzó las cejas, y, poniéndolas entre documentos de la más alta importancia, dijo que encargaría a Evelyn que invitara a Peter Walsh a almorzar.

(Para traer el café esperaban que el señor Whitbread terminara.)

Hugh era muy lento, pensó Lady Bruton. Estaba engordando, advirtió. Richard siempre se mantenía en perfecto estado. Lady Bruton se estaba impacientando; todo su ser se rebelaba positiva, innegable y predominantemente contra esta innecesaria demora (Peter Walsh y sus cosas) del tema que atraía su atención, y no sólo su atención sino aquella fibra que era el eje de su alma, aquella parte esencial de su personalidad, sin la cual Millicent Bruton no hubiera sido Millicent Bruton: aquel proyecto de organizar la emigración de jóvenes de ambos sexos, hijos de familias respetables, y asentarlos, con buenas posibilidades de prosperar, en el Canadá. Exageraba. Quizá había perdido su sentido de la proporción. Para lo demás, la emigración no era el remedio evidente, el concepto sublime. No era para los demás (para Hugh, para Richard, y ni siquiera para la fiel señorita Brush) la liberación del fuerte egotismo que una mujer fuerte y marcial, bien alimentada, de buena familia, de impulsos directos, de rectos sentimientos, y poca capacidad de introspección (ancha y sencilla, ¿por qué no podían ser todos anchos y sencillos? se preguntaba) siente alzarse dentro de sí, cuando la juventud ha desaparecido, y debe proyectar hacia alguna finalidad, sea la Emigración, sea la Emancipación; pero sea lo que fuere, esta finalidad a cuyo alrededor la esencia de su alma se derrama a diario, deviene inevitablemente prismática, lustrosa, mitad espejo, mitad piedra preciosa; ahora cuidadosamente oculta, no sea que la gente se burle de ella; ahora orgullosamente expuesta. En resumen, la Emigración se había transformado, en gran parte, en Lady Bruton.

Pero Lady Bruton tenía que escribir. Y escribir una carta al *Times*, solía decir a la señorita

Brush, le costaba más que organizar una expedición a Sudáfrica (lo cual hizo durante la guerra). Después de una mañana de lucha, de comenzar, de rasgar, de volver a comenzar, solía darse cuenta de la futilidad de su condición de mujer cual en ninguna otra ocasión la sentía, y agradecida pensaba en Hugh Whitbread que poseía—y nadie podía ponerlo en duda—el arte de escribir cartas al *Times*.

Era un ser totalmente diferente a ella, con gran dominio del idioma; capaz de expresarse cual gusta a los directores de periódicos; y tenía pasiones a las que no se puede calificar sencillamente de codicia. Lady Bruton se abstenía a menudo de juzgar a los hombres, en deferencia a la misteriosa armonía que los hombres, pero no las mujeres, conseguían con respecto a las leyes del universo; sabían expresar las cosas; sabían lo que se decía; de manera que si Richard la aconsejaba, y Hugh escribía la carta, tenía la seguridad de que no se equivocaba. Así pues, dejó que Hugh comiera el *soufflé*; le preguntó por la pobre Evelyn; esperó a que los dos estuvieran fumando, y entonces dijo:

—Milly, ¿quiere ir a buscar los papeles?

Y la señorita Brush salió, regresó; dejó los papeles sobre la mesa; y Hugh sacó la estilográfica; su estilográfica de plata, que le había prestado servicios durante veinte años, dijo, mientras desenroscaba el capuchón. Se hallaba aún en perfecto estado; la había mostrado a los fabricantes; y no había razón alguna, dijeron, que indujera a creer que la pluma se estropearía algún día; todo lo cual, en cierto modo, honraba a Hugh y honraba los sentimientos que la pluma expresaba (éste era el sentir de Richard Dalloway), mientras Hugh comenzaba a escribir cuidadosamente letras mayúsculas, dentro de un círculo en el margen con lo cual estableció en forma maravillosa orden y sensatez en el desbarajuste de Lady Bruton, dándole una gramática tal que el director del *Times*, pensó Lady Bruton al ver la maravillosa transformación, forzosamente tenía que respetar. Hugh era lento. Hugh era pertinaz. Richard dijo que era preciso correr riesgos. Hugh propuso modificaciones en deferencia a los sentimientos de la gente que—dijo con intencionado retintín cuando Richard se rió—”debían tenerse en cuenta” y leyó en voz alta “en consecuencia, opinamos que ha llegado el momento oportuno. . . la superflua juventud de nuestra población en constante crecimiento... lo que debemos a los muertos...”, lo cual Richard consideró no eran más que palabras vacías aunque, desde luego, inofensivas, y Hugh siguió garrapateando sentimientos, por orden alfabético, de la más alta nobleza, sacudiéndose la ceniza caída en el chaleco, y efectuando resúmenes, de vez en cuando, de los progresos hechos hasta el momento, y por fin leyó el borrador de una carta que Lady Bruton tuvo la certeza era una obra maestra ¿Cómo era posible que sus ideas sonaran así?

Hugh no podía garantizar que el director la publicara; sin embargo, almorzaría con cierta persona.

Ante lo cual, Lady Bruton, que rara vez decía zalamerías, se colocó los claveles de Hugh en el vestido; extendiendo los brazos hacia Hugh exclamó: “¡Mi Primer Ministro!” Realmente, Lady Bruton no sabía qué sería de ella sin aquellos dos hombres. Se levantaron. Y Richard Dalloway se apartó un poco, como de costumbre, para echar una ojeada al retrato del general, porque proyectaba, cuando tuviera tiempo libre, escribir una historia de la familia de Lady Bruton.

Y Millicent Bruton estaba muy orgullosa de su familia. Pero podían esperar, podían esperar, dijo, contemplando el cuadro; con lo que quería decir que su familia de militares, altos funcionarios y almirantes, había sido familia de hombres de acción que habían cumplido con su deber; y el primordial deber de Richard era para con la patria, aunque aquélla era una hermosa cara, dijo Lady Bruton; y todos los papeles estarían a disposición de Richard, en Aldmixton, cuando llegara el momento; quería decir el gobierno laborista.

—¡Ah, las noticias de la India!—, gritó.

Y entonces, mientras estaban en pie en el vestíbulo cogiendo amarillos guantes de un cuenco sobre la mesa de malaquita, y Hugh ofrecía a la señorita Brush con cortesía absolutamente innecesaria quizás una entrada para una función que no le interesaba ver o cualquier otro obsequio, y la señorita Brush, que odiaba esto desde lo más hondo de su corazón, se ruborizaba y quedaba con la cara más roja que un ladrillo, Richard, con el sombrero en la mano, se volvió hacia Lady Bruton y dijo:

—¿Te veremos esta noche, en nuestra fiesta?

Ante lo cual, Lady Bruton volvió a revestirse de aquella magnificencia que la redacción de la carta había hecho añicos. Quizá fuera; quizá no fuera. Clarissa estaba dotada de maravillosa energía. Las fiestas aterraban a Lady Bruton. Además, se estaba haciendo vieja. Esto confesó, en pie ante la puerta; hermosa; muy erguida; mientras su perro chino se desperezaba a su espalda, y la señorita Brush hacía mutis por el fondo, con las manos llenas de papeles.

Y Lady Bruton, imponente y mayestática, subió a su habitación y se tumbó, con un brazo extendido, en el sofá. Suspiró, roncó, pero esto no significaba que estuviera dormida, sino tan sólo soñolienta y pesada, soñolienta y pesada, como un campo de tréboles al sol de aquel cálido día de junio, con las abejas zumbando y las amarillas mariposas. Siempre regresaba a aquellos campos de Devonshire, donde había saltado riachuelos con Patty, su jaca, en compañía de Mortimer y Tom, sus hermanos. Y allí estaban los perros; allí estaban las ratas, allí estaban su padre y su madre en el césped, bajo los árboles, con el servicio de

té, y los parterres de dalias, las malvas, las hortensias, las largas briznas de grama; ¡y ellos, los pequeños, siempre haciendo travesuras!; regresando, colándose por entre los arbustos, para que no les vieran con las ropas sucias o rotas, después de haber hecho alguna barbaridad ¡Y cómo se ponía la vieja niñera al ver cómo llevaba ella el vestido!

Y ahora se acordó de que era miércoles en Brook Street. Aquel par de excelentes amigos, Richard Dalloway y Hugh Whitbread, habían salido aquel cálido día a las calles cuyo gruñido llegaba hasta ella, yacente en el sofá. Tenía poder, posición, dinero. Había vivido en la vanguardia de su tiempo. Había tenido buenos amigos; había conocido a los hombres más capacitados de su tiempo. El rumoroso Londres ascendía hasta ella, y su mano, descansando en el respaldo del sofá, se cerró sobre un imaginario bastón de mando, cual los que hubieran podido sostener sus antepasados, y, con el bastón de mando en la mano, soñolienta y pesada, parecía mandar batallones camino del Canadá, y aquel par de buenos amigos caminaban por Londres, por territorio suyo, por aquella pequeña porción de alfombra, Mayfair.

Y se alejaron más y más de ella, unidos a ella por un delgado hilo (puesto que habían almorzado en su compañía) que se alargaba y alargaba, y se hacía más y más delgado a medida que caminaban por Londres; los amigos estaban unidos al cuerpo de una, después de almorzar con ellos, por un delgado hilo que (mientras se adormilaba) se hacía impreciso, en méritos del sonido de campanas, dando la hora o llamando a los fieles, tal como el hilo de la araña queda manchado por las gotas de agua y el peso le hace descender. Así se durmió.

Y Richard Dalloway y Hugh Whitbread dudaron al llegar a la esquina de Conduit Street, en el mismo instante en que Millicent Bruton, yacente en el sofá, permitió que el hilo se rompiera; roncaba. Vientos contrarios chocaban en la esquina. Miraron el escaparate de una tienda; no deseaban comprar ni hablar, sino separarse, pero con vientos contrarios estrellándose en la esquina, con una especie de detención de las mareas del cuerpo, dos fuerzas que, al encontrarse, forman un remolino, mañana y tarde, se detuvieron. Un cartel de periódico se elevó en el aire, valerosamente, como una cometa al principio luego se detuvo, giró, se estremeció; y un velo de señora quedó colgando. Los toldos amarillos temblaron. La velocidad del tránsito matutino había disminuido y carros aislados avanzaban traqueteando descuidadamente por calles medio vacías. En Norfolk, en que Richard Dalloway medio pensaba, una suave y cálida brisa impulsó hacia atrás los pétalos, impuso confusión en las aguas, onduló floridos céspedes. Los segadores, que se habían tumbado bajo los arbustos para reposar durmiendo del trabajo de la mañana, abrieron cortinas de hojas verdes; apartaron temblorosas hojas para ver el cielo; el azul, el fijo, el llameante cielo veraniego.

Dándose cuenta de que contemplaba una jarra de plata, con dos asas, del período del rey Jacobo, y de que Hugh Whitbread admiraba condescendiente, con aire de entendido, una gargantilla española, cuyo precio pensaba preguntar por si acaso le gustaba a Evelyn, Richard tenía aún una sensación de torpor; no podía pensar ni moverse. La vida había arrojado aquellos restos de naufragio; escaparates repletos de objetos multicolores, y uno estaba en pie paralizado por el letargo de los viejos, envarado por la rigidez de los viejos, mirando. A Evelyn Whitbread quizá le gustara comprar aquella gargantilla española, sí, quizá. Tenía que bostezar. Hugh se disponía a entrar en la tienda.

—¡Buena idea! —dijo Richard, y le siguió.

Bien sabía Dios que no le gustaba ir por el mundo comprando gargantillas con Hugh. Pero el cuerpo tiene sus mareas. La mañana se encuentra con la tarde. A bordo de una frágil chalupa en aguas profundas, muy profundas, el bisabuelo de Lady Bruton, sus memorias y sus campañas en América del Norte naufragaron y se hundieron. Y Millicent Bruton también. Se hundió. A Richard le importaba un pimiento la Emigración; le importaba un pimiento aquella carta, y que el director la publicara o no. La gargantilla colgaba entre los admirables dedos de Hugh. Que se la diera a una muchacha si debía comprar joyas, a cualquier muchacha, cualquier muchacha de la calle. Sí, porque la inutilidad de esta vida impresionaba ahora muy fuertemente a Richard. Comprar gargantillas para Evelyn. Si hubiera tenido un hijo, le hubiera dicho: Trabaja, trabaja. Pero tuvo a su Elizabeth; adoraba a su Elizabeth.

—Quisiera ver al señor Dubonnet—dijo Hugh con su acento seco y mundano.

Al parecer, este señor Dubonnet tenía la medida del cuello de Evelyn o, más raro aún, sabía sus gustos en materia de joyas españolas, y lo que poseía en este renglón (cosa que Hugh no recordaba). Todo lo cual le parecía horriblemente extraño a Richard Dalloway. Porque nunca ofrecía regalos a Clarissa, salvo una pulsera, hacía dos o tres años, que no había sido un éxito. Nunca la llevaba. Le dolía recordar que nunca la llevaba. Y tal como el hilo de una araña, después de andar vacilando de un sitio a otro, se une a la punta de una hoja, el pensamiento de Richard, saliendo de su letargo, se fijó en su esposa, Clarissa, a quien Peter Walsh tan apasionadamente había amado; y Richard había tenido una repentina visión de ella, allá, durante el almuerzo; de él y de Clarissa; de su vida en común; y se acercó la bandeja de joyas antiguas, y cogiendo ora este broche, ora ese anillo, preguntó:

—¿Cuánto vale esto?

Pero dudaba de su gusto. Deseaba abrir la puerta de la sala de estar y entrar con algo en la mano; un regalo para Clarissa. Pero, ¿qué? Hugh volvía a estar en pie. Se comportaba con indecible altanería. Realmente, después de ser cliente durante treinta y cinco años, no estaba dispuesto a ser despachado por un simple muchacho que no conocía el oficio. Porque al parecer Dubonnet estaba fuera, y Hugh no pensaba comprar nada hasta que el señor Dubonnet disidiera estar presente; ante lo cual, el joven dependiente se ruborizó, y se inclinó en breve y correcta reverencia. Todo fue perfectamente correcto. ¡Pero ni para salvar su vida hubiera dicho Richard algo parecido! No podía concebir cómo era posible que aquella gente tolerara semejantes insolencias. Hugh se estaba convirtiendo en un intolerable asno. Richard Dalloway no podía soportar su trato durante más de media hora. Y, levantando en el aire el sombrero hongo a modo de despedida, Richard dobló ansioso la esquina de Conduit Street, sí, muy ansioso de recorrer aquel hilo de araña que le unía a Clarissa; acudiría directamente al lado de Clarissa, en Westminster.

Pero quería llegar con algo. ¿Flores? Sí, flores, porque no confiaba en su gusto en materia de oro; cualquier cantidad de flores, rosas, orquídeas, para celebrar lo que, pensándolo bien, era un acontecimiento; aquello que sintió por Clarissa cuando hablaron de Peter Walsh durante el almuerzo; y nunca hablaban de aquel sentimiento; durante años no habían hablado de él; lo cual, pensó, sosteniendo en la mano las rosas rojas y blancas (gran ramo con papel de seda) es el mayor error del mundo. Llega el momento en que no puede decirse; la timidez se lo impide a uno, pensó, embolsándose los seis o doce peniques de cambio, y poniéndose en marcha, con el gran ramo de flores sostenido contra el cuerpo, camino de Westminster, le impide a uno decir directamente, en las palabras justas (pensara ella lo que pensara de él), ofreciendo las flores, “Te quiero”. ¿Por qué? Realmente era un milagro, si se tenía en cuenta la guerra y los miles de pobres muchachos, con toda la vida por delante, enterrados juntos, ya medio olvidados; era un milagro. Y ahí estaba él, caminando por Londres, para decir a Clarissa en las palabras justas que la amaba. Lo cual uno nunca dice, pensó. En parte, uno es perezoso; en parte, uno es tímido. Y Clarissa... Era difícil pensar en ella; salvo a ráfagas, como ocurrió durante el almuerzo, cuando la vio con total claridad; toda su vida juntos. Se detuvo en el cruce, y repitió, debido a que era sencillo por naturaleza y de buenas costumbres, ya que se había dedicado al excursionismo y a la caza; debido a ser pertinaz y tozudo, ya que había defendido a los humildes y había seguido el dictado de sus instintos en la Cámara de los Comunes; debido a haber conservado su sencillez, aunque al mismo tiempo se había transformado en un ser un tanto callado y rígido, repitió que era un milagro que se hubiera casado con Clarissa; un milagro, su

vida había sido un milagro, pensó; mientras dudaba si cruzar o no. Le hacía hervir la sangre en las venas el ver a criaturitas de cinco o seis años cruzar Piccadilly solas. La policía hubiera debido detener el tránsito inmediatamente. Pero no se hacía la menor ilusión acerca de la policía de Londres. En realidad, estaba formando una lista de los errores policiales; y tampoco debía permitirse que aquellos vendedores ambulantes montaran su tenderete en las calles; y las prostitutas, Dios santo, que la culpa no era de ellas, ni tampoco de los muchachos, sino de nuestro detestable sistema social y todo lo demás; en todo lo cual pensaba, se veía que lo pensaba, mientras gris, firme, pulido, limpio, cruzaba el parque, camino de decir a su esposa que la amaba.

Sí, porque lo diría con estas mismas palabras, cuando entrara en la estancia. Porque es una lástima muy grande no decir nunca lo que uno siente, pensó, mientras cruzaba Green Park y observaba con placer a familias enteras, familias pobres, tumbadas a la sombra de los árboles; niños pataleando, chupando leche; bolsas de papel tiradas aquí y allá, que podían ser fácilmente recogidas (si alguien protestaba), por uno de aquellos obesos caballeros de uniforme; sí, ya que opinaba que todos los parques y todas las plazas, durante los meses de verano, debían quedar abiertos a los niños (el césped del parque se aclaraba y marchitaba, iluminando a las pobres madres de Westminster y a sus hijos que andaban a gatas, como si bajo él se moviera una lámpara amarilla). Pero no sabía lo que podía hacerse en beneficio de las vagabundas, como aquella pobre mujer recostada, apoyada con el codo en el suelo (como si se hubiera arrojado al suelo, desembarazada de todos los vínculos, para observar con curiosidad, especular con osadía, considerar los porqué y por lo tanto, con descaro, hacia la boca, humorísticamente). Llevando el ramo de flores como un arma, Richard Dalloway se acercó a la vagabunda; observándola, pasó decidido junto a ella; pero hubo tiempo para que se produjera una chispa entre los dos. La vagabunda rió al verle, y él sonrió con buen humor, considerando el problema de las vagabundas; a pesar de que no se quejaban. Pero diría a Clarissa que la amaba, así, lisa y llanamente. Tiempo hubo en que tuvo celos de Peter Walsh; celos de él y de Clarissa. Pero a menudo le había dicho Clarissa que acertó al no casarse con Peter Walsh; lo cual, conociendo a Clarissa, era evidentemente verdad; necesitaba apoyo. No era débil, pero necesitaba apoyo.

En cuanto al Palacio de Buckingham (una vieja *prima donna* frente al público, toda de blanco vestida), no se le podía negar cierta dignidad, pensó, ni despreciar lo que, a fin de cuentas, representa para millones de individuos (una pequeña multitud esperaba en la puerta ver salir al Rey en automóvil), un símbolo, a pesar de que sea absurdo; un niño con un montón de ladrillos hubiera obtenido mejores resultados, pensó; mirando el monumento a la Reina Victoria (a la que recordaba haber visto, con sus gafas de concha, pasando en coche por Kensington), con su blanca base, su claro aire maternal;

pero le gustaba vivir bajo el cetro de los descendientes de Horsa, le gustaba la continuidad, y este ir pasando a las generaciones las tradiciones del pasado. Era una gran época. Y, en realidad, su propia vida era un milagro; sí, debía reconocerlo sin sombra de duda; ahí estaba él, en el mejor momento de su vida, camino de su casa de Westminster, para decir a Clarissa que la amaba. La felicidad es esto, pensó.

Es esto, dijo, al entrar en Dean's Yard. El Big Ben comenzaba a sonar, primero el aviso, musical; luego la hora, irrevocable. Las invitaciones a almorzar destrozan la tarde entera, pensó, acercándose a la puerta de su casa.

El sonido del Big Ben inundó la sala de estar de Clarissa, en donde estaba sentada, enfadada, ante el escritorio; preocupada; enfadada. Era totalmente cierto que no había invitado a la fiesta a Ellie Henderson, pero lo había hecho adrede. Y ahora la señora Marsham le había escrito que había dicho a Ellie Henderson que le pediría a Clarissa que la invitara, porque Ellie Henderson tenía muchas ganas de ir a la fiesta.

Pero, ¿es que tenía que invitar a sus fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres? ¿Y por qué tenía que mezclarse la señora Marsham en aquel asunto? Y ahí estaba Elizabeth, encerrada todo este tiempo con Doris Kilman. No podía imaginar nada más nauseabundo. Rezar a esta hora, con aquella mujer. Y el sonido del timbre invadió la estancia con su onda melancólica; retrocedió, y se recogió sobre sí mismo para volver a caer una vez más, y en este momento Clarissa oyó, con desagrado, como un rumor o un roce en la puerta. ¿Quién podía ser a aquella hora? ¡Dios santo, las tres! ¡Ya eran las tres! Sí, ya que con avasalladora franqueza y dignidad el reloj había dado las tres; y Clarissa no oyó nada más; pero la manecilla de la puerta giró, ¡y entró Richard! ¡Qué sorpresa! Entró Richard, con un ramo de flores en la mano. Una vez se había portado mal con Richard, en Constantinopla; y Lady Bruton, cuyos almuerzos se decía eran extraordinariamente divertidos no la había invitado. Él le ofrecía las flores, rosas, rojas y blancas rosas. (Pero Richard no consiguió decirle que la amaba; no con estas palabras.)

Pero qué hermosas, dijo Clarissa cogiendo las flores. Había comprendido; había comprendido sin necesidad de que él hablara; su Clarissa. Las puso en jarrones sobre la repisa del hogar. Qué hermosas son, dijo. ¿Y ha sido divertido?, preguntó. ¿Había preguntado Lady Bruton por ella? Peter Walsh había regresado. La señora Marsham le había escrito. ¿Debía invitar a Ellie Henderson? Aquella mujer, la Kilman, estaba arriba.

—Sentémonos durante cinco minutos—dijo Richard.

Todo parecía tan vacío. Todas las sillas estaban arrimadas a la pared. ¿Por qué lo habían hecho? Oh, era por la fiesta; no, no se había olvidado de la fiesta. Peter Walsh había regresado. Oh, sí; la había visitado. Y se iba a divorciar; y estaba enamorado de una mujer de allá. Y no había cambiado nada. Sí, ella estaba arreglándose el vestido...

—Y pensando en Bourton—dijo.

—Hugh ha almorzado con nosotros—dijo Richard.

¡También ella lo había visto! Lo cierto era que se estaba volviendo absolutamente inaguantable. Comprando gargantillas para Evelyn; más gordo que nunca; un asno inaguantable.

Pensando en Peter sentado allí, con su corbatita de lazo, abriendo y cerrando el cortaplumas, Clarissa dijo:

—Y he pensado: “Hubiera pedido casarme contigo.” Está exactamente igual que antes, ¿sabes?

Habían hablado de él durante el almuerzo, dijo Richard. (Pero Richard no podía decirle a Clarissa que la amaba. Le cogió la mano. La felicidad es esto, pensó.) Habían escrito una carta al *Times* a petición de Millicent Bruton. Era para lo único que Hugh servía.

—¿Y nuestra querida señorita Kilman? —preguntó ahora Richard.

Clarissa opinaba que las rosas eran absolutamente preciosas; primero lo eran formando ramo; y ahora lo eran por sí mismas, separadas.

—Pues la Kilrman va y llega justamente después del almuerzo—dijo—. Elizabeth se pone colorada y se encierran arriba. Supongo que están rezando.

¡Dios! A Richard esto no le gustaba ni pizca; pero esas cosas desaparecen, si uno no se mete.

—Con paraguas e impermeable—dijo Clarissa.

Richard no había dicho “te amo”, pero le tenía cogida la mano. La felicidad es esto, es

esto, pensó.

—Pero, ¿por qué he de invitar a mis fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres?
—se lamentó Clarissa.

Y, cuando la señora Marshan daba una fiesta, ¿acaso era ella, Clarissa, quien determinaba cuáles serían los invitados?

—Pobre Ellie Henderson—dijo Richard.

Era raro el que Clarissa diera tanta importancia a sus fiestas, pensó Richard.

Pero Richard no tenía la más leve noción acerca del aspecto que debe presentar una sala. Sin embargo, ¿qué iba a decir?

Si a Clarissa le preocupaban tanto aquellas fiestas, Richard no le permitiría darlas. ¿Se arrepentía de no haberse casado con Peter? Pero Richard tenía que irse.

Tenía que irse, dijo levantándose. Pero se quedó inmóvil, en pie, durante un instante, como si se dispusiera a decir algo; y Clarissa se preguntó qué. ¿Por qué? Allí estaban las rosas.

—¿Un comité?—le preguntó Clarissa, en el momento en que Richard abría la puerta.

—Los armenios.

¿O quizá dijo “los albaneses”?

Y en las personas hay una cierta dignidad; una soledad; incluso entre marido y mujer media un abismo; y esto debe respetarse, pensó Clarissa contemplando cómo Richard abría la puerta; se trataba de algo de lo que una no podía desprenderse, ni quitarlo al marido contra su voluntad, sin perder la propia independencia el respeto hacia una misma, algo, en resumen, inapreciable.

Richard regresó con una almohada y una manta.

—Una hora de reposo completo después del almuerzo—dijo.

Y se fue.

¡Cuán propio de él! Diría “Una hora de reposo completo después del almuerzo” hasta el fin de los tiempos debido a que el médico lo había prescrito una vez. Era muy propio de Richard interpretar tan al pie de la letra las prescripciones de los médicos; esto formaba parte de aquella adorable y divina sencillez que nadie poseía en tan alto grado; y lo que le permitió ir a sus asuntos, mientras ella y Peter perdían el tiempo peleándose. Y ahora ya habría recorrido la mitad del camino a la Cámara de los Comunes, para ocuparse de sus armenios, de sus albaneses, después de haberla dejado a ella acomodada en el sofá, mirando las rosas. Y la gente diría: “Clarissa Dalloway está muy mimada.” Le importaban mucho más las rosas que los armenios. Perseguidos hasta la muerte, mutilados, helados, víctimas de la crueldad y de la injusticia (se lo había oído decir una y mil veces a Richard), no, ningún sentimiento suscitaban los albaneses en ella, ¿o eran los armenios?, pero amaba las rosas (¿ayudaría esto a los armenios?), las únicas flores que toleraba ver cortadas. Pero Richard ya estaba en la Cámara de los Comunes, en su comité, después de haber solventado todas las dificultades de Clarissa. Pero no, esto último no era verdad. Richard no había visto las razones en contra de invitar a Ellie Henderson. Desde luego, Clarissa se plegaría a los deseos de Richard. Como sea que Richard había traído la almohada, Clarissa se echaría... Pero, pero, ¿por qué de repente se sentía, sin razón que pudiera discernir, desesperadamente desdichada? Como una persona a la que se le ha caído una perla o un diamante en el césped y separa con mucho cuidado las altas briznas, aquí y allá, en vano, y por fin espía entre las raíces, así fue Clarissa de un asunto a otro; no, no tenía nada que ver con el hecho de que Sally Seton dijera que Richard jamás llegaría a ser miembro del Gabinete debido a que Richard tenía un cerebro de segunda clase (ahora Clarissa lo recordó); no, esto no le importaba; y tampoco se debía a Elizabeth y Doris Kilman; estaba segura de ello. Era un sentimiento, un sentimiento desagradable, que quizá la había acometido a primera hora de la jornada; algo que Peter había dicho, combinado con cierta depresión, allí, en su dormitorio, al quitarse el sombrero; y lo que Richard había dicho, agravó la situación, pero ¿qué había dicho Richard? Allí estaban las rosas. ¡Sus fiestas! ¡Esto era! ¡Sus fiestas! Los dos la criticaban con muy poca base, se reían de ella muy injustamente, por sus fiestas. ¡Esto era! ¡Esto era!

Bueno, ¿cómo iba a defenderse? Ahora que sabía a qué era debido, se sentía perfectamente feliz. Pensaban, o por lo menos Peter pensaba, que a ella le gustaba lucirse, que le gustaba estar rodeada de gente famosa, grandes apellidos, que era, pura y simplemente, una *snob*. Seguramente era esto lo que creía Peter. Richard consideraba sencillamente que era una tontería por parte de Clarissa el que le gustara aquella excitación, cuando le constaba que era mala para su corazón. Lo consideraba infantil. Y los dos estaban equivocados. Lo que a Clarissa le gustaba era la vida

sencilla.

—Por esto lo hago—dijo Clarissa, hablando en voz alta a la vida.

Como sea que yacía en el sofá, aislada, protegida, la presencia de aquella cosa que tan claramente sentía adquirió existencia física; arropada con los sonidos de la calle, soleada, con cálido aliento, murmurante, agitando las cortinas. Pero, ¿supongamos que Peter hubiera dicho: “Sí, sí, efectivamente, pero qué significado tienen tus fiestas”? Bien, en este caso lo único que Clarissa podría responder (y no cabía esperar que nadie lo comprendiera) era: son una ofrenda. Lo cual resultaba horriblemente vago. Pero, ¿quién era Peter para afirmar que la vida es, coser y cantar? ¿Peter, siempre enamorado, enamorado de la mujer de quien no debía enamorarse? ¿Qué significa tu amor?, hubiera podido preguntarle Clarissa. Y sabía la respuesta de Peter: el amor es lo más importante del mundo y ninguna mujer puede llegar a comprenderlo. Muy bien. Pero, ¿acaso había en el mundo un hombre capaz de comprenderla a ella? ¿De comprender sus intenciones? ¿Su vida? Clarissa no podía imaginar a Peter o a Richard tomándose la molestia de dar una fiesta sin razón alguna.

Pero profundizando más, por debajo de lo que la gente decía (y estos juicios ¡cuán superficiales, cuán fragmentarios eran!), yendo ahora a su propia mente, ¿qué significaba para ella esa cosa que llamaba vida? Oh, era muy raro. Allí estaba Fulano de Tal en South Kensington; Zutano, en Bayswater; y otro, digamos, en Mayfair. Y Clarissa sentía muy continuamente la noción de su existencia, y sentía el deseo de reunirlos, y lo hacía. Era una ofrenda; era combinar, crear; pero ¿una ofrenda a quién?

Quizá fuera una ofrenda por amor a la ofrenda. De todos modos, éste era su don. No tenía nada más que fuera importante; no sabía pensar, escribir, ni siquiera sabía tocar el piano. Confundía a los armenios con los turcos; amaba el éxito; odiaba la incomodidad; necesitaba gustar; decía océanos de tonterías; y si alguien le preguntaba qué era el Ecuador, no sabía contestar.

De todos modos, los días se sucedían uno tras otro: miércoles, jueves, viernes, sábado; una tenía que levantarse por la mañana, ver el cielo, pasear por el parque, encontrarse con Hugh Whitbread; y de repente llegó Peter; luego, aquellas rosas; con esto bastaba. Después de esto, ¡qué increíble resultaba la muerte! El que todo hubiera de terminar; y nadie en el mundo entero llegaría a saber lo mucho que le gustaba todo; llegaría a saber cómo en cada instante...

Se abrió la puerta. Elizabeth sabía que su madre estaba descansando. Entró muy

silenciosamente. Se quedó absolutamente quieta. ¿No sería que algún mongol había naufragado ante la costa de Norfolk (como decía la señora Hilbery), y se había mezclado con las señoras Dalloway, quizá cien años atrás? Sí, porque las Dalloway, por lo general eran rubias, con ojos azules; y Elizabeth, por lo contrario, era morena; tenía ojos chinos en la cara pálida, misterio oriental; era dulce, considerada, quieta. De niña, tenía un estupendo sentido del humor; pero ahora, a los diecisiete años, sin que Clarissa pudiera comprenderlo ni siquiera remotamente, se había transformado en una muchacha muy seria, como un jacinto de brillante verde, con capullos de leve color, un jacinto sin sol.

Se estaba muy quieta y miraba a su madre; pero la puerta había quedado entornada, y Clarissa sabía que, más allá de la puerta, estaba la señorita Kilman; la señorita Kilman con impermeable, escuchando lo que ellas hablaban.

Sí, la señorita Kilman estaba en pie, fuera, e iba con impermeable, pero tenía sus razones. En primer lugar, era barato; en segundo lugar, la señorita Kilman tenía más de cuarenta años; y, al fin y al cabo, no se vestía para gustar. Además, era pobre, humillantemente pobre. De lo contrario, no hubiera aceptado empleos de gente como los Dalloway; empleos de gentes ricas a quienes gustaba ser amables. Y, dicho sea en justicia, el señor Dalloway había sido amable. Pero la señora Dalloway no. Había sido, simplemente, condescendiente. Procedía de una familia perteneciente a la clase más indigna, la clase de los ricos con un barniz de cultura. Tenían cosas caras en todas partes: cuadros, alfombras, gran número de criados. La señorita Kilman pensaba que tenía pleno derecho a cuanto los Dalloway hacían en su beneficio.

Pero la señorita Kilman había sido estafada. Sí, la palabra no constituía una exageración, porque ¿acaso una chica no tiene derecho a cierta clase de felicidad? Y la señorita Kilman nunca había sido feliz, por ser tan poco agraciada y tan pobre. Y luego, cuando se le presentó una buena oportunidad en la escuela de la señorita Dolby, vino la guerra; y la señorita Kilman siempre había sido incapaz de mentir. La señorita Dolby consideró que la señorita Kilman sería más feliz viviendo con personas que compartieran sus opiniones acerca de los alemanes. Tuvo que irse. En realidad, su familia era de origen alemán; su apellido se escribía Kiehlman, en el siglo XVIII, pero su hermano murió en la guerra. A ella la echaron porque no podía aceptar la ficción de que todos los alemanes eran malvados. ¡Tenía amigos alemanes, y los únicos días felices de su vida los había pasado en Alemania! A fin de cuentas, sabía enseñar historia. Tuvo que aceptar lo que le ofrecieran. El señor Dalloway la descubrió, mientras ella trabajaba en casa de los Friend. Y le permitió (lo cual fue verdaderamente generoso por su parte) enseñar historia a su hija. También le daba

clases de cultura general y demás. Entonces, en su vida apareció Nuestro Señor (aquí la señorita Kilman inclinaba siempre la cabeza). Había visto la luz hacía dos años y tres meses. Ahora no envidiaba a las mujeres como Clarissa Dalloway; se apiadaba de ellas.

Se apiadaba de estas mujeres y las despreciaba desde lo más hondo de su corazón, mientras permanecía en pie sobre la muelle alfombra, contemplando un viejo grabado de una niña con manguito. Con tanto lujo, ¿qué esperanza cabía albergar de que las cosas, en general, mejorasen? En vez de yacer en el sofá—Elizabeth había dicho: “Mi madre está descansando”—, Clarissa Dalloway hubiera debido estar en una fábrica, detrás de un mostrador, ¡la señora Dalloway y todas las demás lindas señoras!

Amarga y ardiendo, la señorita Kilman había entrado en una iglesia hacía dos años y tres meses. En ella oyó predicar al reverendo Edward Whittaker, cantar a los niños del coro; había visto descender las solemnes luces, y fuera por la música o por las voces (cuando estaba sola, en el crepúsculo, encontraba consuelo en el violín; pero el sonido que la señorita Kilman producía era desgarrador; no tenía oído), lo cierto es que los ardientes y turbulentos sentimientos que hervían y se alzaban en ella quedaron apaciguados mientras estaba sentada allí, y lloró copiosamente, y visitó al señor Whittaker en su domicilio particular, en Kensington. Era la mano de Dios, dijo el señor Whittaker. El Señor le había mostrado el camino. De modo que ahora siempre que los ardientes y dolorosos sentimientos hervían en su seno, este odio hacia la señora Dalloway, este rencor contra el mundo, la señorita Kilman pensaba en Dios. Pensaba en el señor Whittaker. La calma sucedía a la rabia. Una dulce savia le corría por las venas, se le entreabrían los labios, y, en pie junto a la puerta, con su formidable aspecto, con el impermeable, miraba con firme y siniestra serenidad a la señora Dalloway, que salía de la estancia con su hija.

Elizabeth dijo que había olvidado los guantes. Esto se debía a que la señorita Kilman y su madre se odiaban. Elizabeth no podía tolerar el verlas juntas. Subió, corriendo la escalera en busca de los guantes.

Pero la señorita Kilman no odiaba a la señora Dalloway. Orientando la mirada de sus grandes ojos de color grosella hacia Clarissa, mientras observaba su rostro pequeño y rosado, su cuerpo delicado, su frescor y su elegancia, la señorita Kilman pensaba: ¡Insensata! ¡Atontada! ¡No sabes lo que es el dolor ni lo que es el placer! ¡Has empleado tu vida en bagatelas! Y se alzó en ella un poderoso deseo de avasallarla, de desenmascararla. Si hubiera podido derribarla, se hubiera sentido mejor. Pero no era el cuerpo; era el alma y su burla lo que deseaba someter; quería hacer sentir su

superioridad. Si pudiera hacerla llorar, si pudiera arruinarla, humillarla, hacerla caer de rodillas, gritando ¡Tiene usted razón! Pero esto dependía de la voluntad de Dios, no de la voluntad de la señorita Kilman. Tenía que ser una victoria religiosa. Se quedó con la mirada ardiente e irritada.

Clarissa estaba verdaderamente escandalizada. ¡Esta cristiana, esta mujer! ¡Esta mujer le había arrebatado su hija! ¡Está en contacto con presencias invisibles! ¡Pesada, fea, vulgar, sin dulzura ni gracia, conoce el significado de la vida!

—¿Lleva a Elizabeth a los Almacenes?—preguntó la señora Dalloway.

La señorita Kilman dijo que sí. Se quedaron las dos quietas allí. La señorita Kilman no estaba dispuesta a ser amable. Siempre se había ganado la vida. Sus conocimientos de historia moderna eran extremadamente concienzudos. De sus menguados ingresos siempre apartaba ciertas cantidades para donarlas a causas en las que creía, en tanto que aquella mujer no hacía nada, no creía en nada; educaba a su hija. . . ¡Pero ahí estaba Elizabeth, un poco jadeante, hermosa!

Iban a los Almacenes. Y era raro advertir la manera en que, mientras la señorita Kilman seguía en pie, inmóvil (con el poderío y aire taciturno de un monstruo prehistórico, armado para una guerra primitiva), segundo a segundo el concepto de la señorita Kilman iba disminuyendo, la manera en que el odio (que era odio hacia ideas, no hacia personas) se desmoronaba la manera en que la señorita Kilman perdía malignidad, perdía tamaño, iba transformándose, segundo a segundo, en sólo la señorita Kilman, con impermeable, a la que ciertamente Clarissa hubiera querido ayudar.

Ante este desvanecimiento del monstruo, Clarissa se echó a reír. Al decir adiós, se rió.

Y las dos juntas, la señorita Kilman y Elizabeth salieron y bajaron los peldaños.

En un súbito impulso, con violenta angustia, por cuanto aquella mujer le estaba arrebatando a su hija, Clarissa se inclinó sobre la barandilla y gritó:

—¡Acuérdate de la fiesta! ¡Acuérdate de la fiesta de esta noche!

Pero Elizabeth ya había abierto la puerta de la calle; pasaba un camión; no contestó.

¡Amor y religión!, pensó Clarissa, con el cuerpo estremecido, al regresar a la sala.

¡Cuán detestables, cuán detestables eran! Porque ahora que el cuerpo de la señorita Kilman no estaba ante ella, la idea la abrumó. Las realidades más crueles del mundo, pensó, al verlas torpes, ardientes, dominantes, hipócritas, subrepticamente vigilantes, celosas, infinitamente crueles y carentes de escrúpulos, allí, con impermeable, en el vestíbulo; amor y religión. ¿Acaso había intentado ella alguna vez, convertir a alguien? ¿Acaso no deseaba que cada persona fuera, simplemente, ella misma? Y por la ventana contemplaba a la vieja señora de enfrente que subía la escalera. Que subiera la escalera, si quería; que se detuviera, si quería; y, luego, si quería, que llegara a su dormitorio, cual Clarissa le había visto hacer a menudo, que descorriera las cortinas y que desapareciera por el fondo. En cierta manera, una respetaba aquello a la vieja mirando por la ventana, totalmente ignorante de que era contemplada. Algo solemne había en ello, pero el amor y la religión destruirían aquello, fuera lo que fuese, la intimidad del alma quizá. La odiosa Kilman lo destruiría. Sin embargo, era una visión que a Clarissa le daba ganas de llorar.

El amor también destruía. Todo lo bello, todo lo verdadero desaparecía. Por ejemplo, ahí estaba Peter Walsh. Un hombre encantador, inteligente, con ideas acerca de todo. Si una quería hablar de Pope, por ejemplo, o de Addison, o sencillamente hablar de cosas intrascendentes o del modo de ser de la gente, o del significado de las cosas, Peter sabía más que nadie; Peter, que tantos libros le había prestado. Pero había que ver a las mujeres que amaba, vulgares, triviales, ordinarias. Había que ver a Peter enamorado. . . La visitaba, después de tantos años, ¿y de qué le hablaba? Él, nada menos que él. ¡Horrenda pasión!, pensó Clarissa. ¡Degradante pasión! se dijo, pensando en la Kilman y su Elizabeth camino de los Almacenes *Army and Navy*.

El Big Ben dio la media.

Qué extraordinario fue, raro, sí, conmovedor, ver a la vieja señora (eran vecinas desde hacía largos años) apartarse de la ventana, como si estuviera unida a aquel sonido, con un hilo. Pese a ser gigantesco, algo tenía que ver el sonido con la vieja señora. Abajo, abajo, en mitad de las cosas ordinarias, descendió el dedo, dando solemnidad al momento. La vieja señora quedó obligada, imaginó Clarissa, por aquel sonido, a moverse, a irse, pero, ¿a dónde? Clarissa intentó seguirla, cuando dio la vuelta y desapareció, y aún podía vislumbrar el blanco gorro moviéndose en el fondo del dormitorio. Todavía estaba allí, moviéndose en el extremo opuesto del cuarto. ¿A santo de qué los credos, las plegarias y los impermeables cuando, pensó Clarissa, esto es el milagro, esto es el misterio?; quería decir la vieja dama, a la que podía ver yendo de la cómoda a la mesilla tocador. Todavía podía verla. Y el supremo misterio, que la Kilman quizá dijera había resuelto, o que Peter quizá dijera había resuelto, aunque

Clarissa creía que no tenían la más leve idea de la solución, era sencillamente éste: aquí había una habitación; allá, otra. ¿Acaso esto lo solucionaba la religión, el amor?

El amor... Pero he aquí que el otro reloj, el reloj que siempre daba la hora dos minutos después del Big Ben, hizo acto de presencia con el regazo lleno de mil cosas diferentes, que dejó caer, como si nada se pudiera objetar al Big Ben, dictando la ley con su majestad, tan solemne, tan justo, aunque también era cierto que Clarissa, además, tenía que recordar muchas cosas menudas —la señora Marsham, Ellie Henderson, los vasos para los sorbetes—, todo género de pequeñas cosas que acudían en tropel, saltando y bailando tras la estela de aquella solemne campanada que yacía plana, como una barra de oro sobre el mar. La señora Marsham, Ellie Henderson, los vasos para los sorbetes: Debía telefonar inmediatamente.

Voluble turbulento, el tardío reloj sonó, tras la estela del Big Ben, con el regazo lleno de bagatelas. Golpeados, quebrados por el ataque de los carruajes, por la brutalidad de los camiones, por el ávido avance de miríadas de hombres angulosos, de mujeres vistosas, por las cúpulas y agujas de edificios oficiales y hospitales, los últimos restos de los misceláneos objetos que llenaban el regazo parecieron chocar como la espuma de una ola fenecida contra el cuerpo de la señorita Kilman, quieta en la calle durante un instante para musitar: “Es la carne.”

La carne era lo que debía dominar. Clarissa Dalloway la había injuriado. Era de esperar. Pero ella no había triunfado; ella no había dominado la carne. Era fea y torpe, y Clarissa Dalloway se había reído de ella por serlo; y había resucitado sus carnales deseos, ya que le molestaba tener tal aspecto al lado de Clarissa. Y tampoco podía hablar tal como lo había hecho. Pero, ¿por qué deseaba parecerse a ella? ¿Por qué? Despreciaba a la señora Dalloway desde lo más profundo de su corazón. No era seria. No era buena. Su vida era un entramado de vanidades y engaños. Sin embargo, Doris Kilman había sido avasallada. En realidad, muy poco le faltó para echarse a llorar cuando Clarissa Dalloway se rió de ella.

—Es la carne, es la carne—murmuró.

Porque tenía el hábito de hablar en voz alta, para sí. E intentaba dominar este turbulento y doloroso sentimiento, mientras avanzaba por Victoria Street. Rezaba a Dios. No podía evitar el ser fea; no podía permitirse el comprar lindos vestidos. Clarissa Dalloway se había reído. Pero ella concentraría su mente en cualquier otra cosa hasta llegar al buzón. De todos modos, le quedaba Elizabeth. Pensaría en otras cosas, pensaría en Rusia hasta llegar al buzón.

Qué bien se está seguramente en el campo, dijo, tal como le había dicho el señor Whittaker, luchando para dominar aquel violento resentimiento contra el mundo que se había burlado de ella, que había hecho mofa de ella, que la había exiliado, comenzando con aquella indignidad, la indignidad de infligirle un cuerpo desagradable cuya visión la gente no podía soportar. Peinárase como se peinara, su frente seguía pareciéndose a un huevo, blanca y desguarnecida. No había vestido que le sentara bien. Fuese cual fuere el vestido que se comprara. Y, naturalmente, para una mujer esto significaba no conocer jamás a un miembro del sexo opuesto. Para ninguno de ellos sería jamás importante. A veces últimamente tenía la impresión de que, con la salvedad de Elizabeth, sólo vivía para la comida; sus consuelos; su cena, su té; la botella de agua caliente por la noche. Pero era preciso luchar, vencer, tener fe en Dios. El señor Whittaker le había dicho que ella tenía una finalidad en el mundo. ¡Pero nadie sabía su dolor! Indicando el crucifijo, el señor Whittaker le dijo que Dios lo sabía. Pero, ¿por qué tenía ella que sufrir cuando otras mujeres, como Clarissa Dalloway, lo evitaban? A través del sufrimiento se alcanza el conocimiento, decía el señor Whittaker.

Había rebasado el buzón, y Elizabeth había entrado en el fresco y pardo departamento de tabacos de los Almacenes *Army and Navy*, mientras ella murmuraba para sí lo que el señor Whittaker había dicho acerca de la adquisición del conocimiento a través del sufrimiento y la carne.

—La carne—murmuró.

Elizabeth la interrumpió: ¿a qué departamento quería ir?

—Enaguas—dijo con brusquedad, y se metió sin vacilar en el ascensor.

Subieron. Elizabeth la guió por aquí y por allá; la guió en su estado de abstracción, como si fuera una niña grande, un buque de guerra de difícil gobierno. Allí estaban las enaguas, castañas, decorosas, a rayas, frívolas recias, sutiles; y escogió, abstraída, con aire importante, y la dependienta que la atendía la juzgó loca.

Elizabeth estaba un tanto intrigada, mientras hacían el paquete, preguntándose en qué pensaría la señorita Kilman. Tenían que tomar el té, dijo la señorita Kilman, volviendo a la realidad, dominándose. Tomaron el té.

Elizabeth estaba un tanto intrigada, preguntándose si era posible que la señorita

Kilman estuviera hambrienta. Se debía a su manera de comer, de comer con intensidad, y de mirar después, una y otra vez, la bandeja de azucarados pastelillos en la mesa contigua, después, cuando una señora y un niño se sentaron a la mesa, y el niño cogió un pastelillo, ¿afectó esto a la señorita Kilman? Sí, la afectó. Había deseado aquel pastelillo, el de color rosado. El placer de comer era casi el único placer puro que le quedaba, ¡e incluso en esto era burlada!

Cuando las personas son felices tienen una reserva a la que acudir, había dicho a Elizabeth, en tanto que ella era como una rueda sin neumático (amaba las metáforas así) estremecida por todos los guijarros. Esto dijo, después de la lección, en pie junto al fuego del hogar, con su bolsa repleta de libros, su “cartera de colegial”, como decía ella, un martes por la mañana, al término de la lección. Y también habló de la guerra. A fin de cuentas, había gentes que no creían que los ingleses tuvieran siempre la razón. Había libros. Había reuniones. Había otros puntos de vista. ¿Le gustaría a Elizabeth ir con ella a escuchar a Fulano de Tal? (un viejo de aspecto tremendamente extraordinario). Después la señorita Kilman la llevó a cierta iglesia de Kensington donde tomaron el té con un clérigo. La señorita Kilman prestaba libros a Elizabeth. El derecho, la medicina, la política, todas las profesiones están abiertas a las mujeres de tu generación, decía la señorita Kilman. Pero, en cuanto a sí misma hacía referencia, su carrera había quedado totalmente destruida; ¿y acaso la culpa había sido suya? Dios santo, dijo Elizabeth, no.

Y su madre entraba diciendo que había recibido una cesta procedente de Bourton, y que si la señorita Kilman quería flores. Su madre siempre trataba con mucha, mucha amabilidad a la señorita Kilman, pero la señorita Kilman formaba un apretujado haz de flores, y no sabía sostener una conversación ligera, y lo que interesaba a la señorita Kilman aburría a su madre, y ella y la señorita Kilman eran terriblemente amigas; y la señorita Kilman se hinchaba y parecía muy vulgar, pero la señorita Kilman era tremendamente inteligente. Elizabeth nunca había pensado en los pobres. Tenían cuanto deseaban: su madre se desayunaba en cama todos los días; Lucy le servía el desayuno; y le gustaban las viejas porque eran duquesas, descendientes de algún Lord. Pero la señorita Kilman dijo (uno de aquellos martes por la mañana, al término de la lección): “Mi abuelo tenía una tienda de pinturas en Kensington.” La señorita Kilman era muy diferente a todas las mujeres que conocía; la hacía sentir a una muy insignificante.

La señorita Kilman se tomó otra taza de té. Elizabeth, con su aire oriental, su inescrutable misterio, estaba sentada perfectamente erguida: no, no quería nada más. Buscó los guantes, sus guantes blancos. Estaban debajo de la mesa. Pero, ¡ah!, tenía

que irse. ¡La señorita Kilman no quería dejarla partir! ¡No quería dejar partir a aquel ser juvenil, a aquella hermosa muchacha a la que tan sinceramente amaba! La gran mano de la señorita Kilman se abrió y se cerró sobre la mesa.

Pero quizá todo comenzara a ser un poco aburrido pensó Elizabeth. Y realmente tenía ganas de irse.

Pero la señorita Kilman dijo:

—No he terminado todavía.

Naturalmente, Elizabeth decidió esperar. Pero, allí el ambiente estaba un tanto cargado.

—¿Irás a la fiesta de esta noche?—preguntó la señorita Kilman.

Elizabeth pensaba que seguramente sí; su madre quería que fuera. No debía permitir que las fiestas la absorbieran, dijo la señorita Kilman, cogiendo con los dedos la última porción de un pastel de chocolate.

Las fiestas no la entusiasmaban, dijo Elizabeth. La señorita Kilman abrió la boca, proyectó levemente el mentón al frente y tragó la última porción del pastel de chocolate, limpiándose después los dedos, y revolviendo el té.

Se dio cuenta de que Elizabeth iba a separarse de ella. La angustia fue terrible. Si pudiera cogerla, si pudiera abrazarla, si pudiera hacerla absolutamente suya para siempre y luego morir; sólo esto quería. Pero estar sentada allí, incapaz de pensar algo que decir; ver cómo Elizabeth se ponía en contra de ella; sentir que era repelente incluso para Elizabeth... Esto era demasiado; no pedía soportarlo. Los gruesos dedos se engañaron.

—Yo nunca voy a fiestas—dijo la señorita Kilman, sólo para evitar que Elizabeth se fuera—. No me invitan.

Y mientras lo decía, pensaba que este egotismo era la causa de todos sus males; el señor Whittaker se lo había advertido; pero no podía evitarlo. Había sufrido tan horribilmente.

—¿Y por qué van a invitarme?—dijo—. Soy fea, soy desdichada.

Le constaba que estas palabras eran una idiotez. Pero aquella gente que pasaba—gente con paquetes que la despreciaba—la obligaron a decirlas. De todos modos, ella era Doris Kilman. Tenía título académico. Era una mujer que había desarrollado su carrera en el mundo. Sus conocimientos de historia moderna eran más que respetables.

—No me compadezco de mí misma—dijo.

“Me compadezco”, había querido decir, “de tu madre”, pero no, no podía decir esto a Elizabeth.

—Compadezco mucho más a otra gente.

Como un ser atontado que ha sido puesto ante un portón con finalidades ignoradas y que está allí, deseando huir al galope, Elizabeth Dalloway siguió sentada en silencio. ¿Iba la señorita Kilman a decir algo más? Con voz temblorosa, la señorita Kilman dijo:

—No te olvides completamente de mí.

En el lejano límite del campo, el ser atontado galopaba aterrado.

La gran mano se abrió y se cerró.

Elizabeth volvió la cabeza. Se acercó la camarera. Había que pagar en el mostrador, dijo Elizabeth, y se fue, sacándole, sintió la señorita Kilman, las mismísimas entrañas de su cuerpo, y tirando de ellas al cruzar la habitación, y después, con un último tirón, inclinó muy cortés la cabeza y desapareció.

Se había ido. La señorita Kilman quedó sentada ante la mesa de mármol, entre los pasteles de chocolate, estremecida una, dos, tres veces por oleadas de sufrimiento. Se había ido. La señora Dalloway había triunfado. Elizabeth se había ido. La belleza se había ido, la juventud se había ido.

Y ella había quedado sentada allí. Se levantó, anduvo con torpe andar por entre las mesillas, balanceándose ligeramente, y alguien fue detrás de ella con el paquete con la enagua, y se perdió, y quedó perdida entre baúles especialmente preparados para ser transportados a la India; luego se encontró en la sección de canastillas y ropas de recién nacido; se encontró entre todas las mercaderías del mundo, percederas y permanentes, jamones, medicamentos, flores, papelería, de diversos olores, ora dulces

y ora amargos, y por entre ellas anduvo torpemente; se vio caminando así, con el sombrero torcido, muy roja la cara, de cuerpo entero en un espejo; y por fin salió a la calle.

La torre de la catedral de Westminster se alzó ante ella, habitáculo de Dios. En mitad del tránsito estaba el habitáculo de Dios. Pertinaz, emprendió con su paquete el camino hacia aquel otro santuario, la Abadía, en donde, unidas las manos en forma de tienda de campaña, alzadas ante su rostro, estuvo sentada entre aquellos otros asimismo allí cobijados; entre los fieles de diversa condición, despojados ahora de su rango social, casi de su sexo, alzadas las manos ante sus rostros; pero tan pronto las apartaban, instantáneamente reverentes hombres y mujeres de la clase media inglesa, algunos ansiosos de contemplar las imágenes de cera.

Sin embargo, la señorita Kilman mantuvo la tienda de campaña ante su cara. Ya quedaba abandonada, ya otros se le unían. Nuevos fieles llegaban de la calle y substituían a los desertores, y seguía, mientras la gente miraba alrededor, y arrastrando los pies pasaba ante la tumba del Soldado Desconocido, seguía tapándose los ojos con los dedos, intentando, en esta doble oscuridad, ya que la luz de la Abadía era incorporal, elevarse por encima de las vanidades, de los deseos, de los bienes materiales, liberándose tanto del odio como del amor. Sus manos se engarfiaron. Parecía luchar. Sin embargo, para otros, Dios era accesible, y suave el camino que a Él conducía. El señor Fletcher, jubilado funcionario de Hacienda, y la señora Gorham, viuda del famoso Consejero Real, se acercaron a Él sencillamente, y, después de haber orado, se reclinaron en el asiento y gozaron de la música (dulce sonaba el órgano), y vieron a la señorita Kilman en el extremo del banco, rezando y rezando, y, por hallarse todavía en el vestíbulo de su inframundo, comprensivamente la juzgaron un alma que vagaba por su mismo territorio; un alma hecha de substancia etérea; no una mujer, un alma.

Pero el señor Fletcher tenía que irse. Tenía que pasar ante la señorita Kilman y, siendo cual era un hombre repulido, no pudo evitar cierta lástima ante el desorden de aquella pobre señora; con el cabello desgredado; el paquete en el suelo. No le dejó pasar de buenas a primeras. Pero el señor Fletcher se quedó allí, mirando alrededor, mirando los blancos mármoles, los grises ventanales, y los muchos tesoros acumulados allí (estaba extremadamente orgulloso de la Abadía, el señor Fletcher), y, entonces, la corpulencia de la señorita Kilman, su robustez y su fuerza, mientras estaba allí sentada moviendo de vez en cuando las rodillas (tan áspero era el camino que la acercaba a Dios, tan fuertes sus deseos) le impresionaron, tal como habían impresionado a la señora Dalloway (quien no pudo apartar a la señorita Kilman de su pensamiento en toda la

tarde), al reverendo Edward Whittaker, y también a Elizabeth.

Y Elizabeth esperaba el autobús en Victoria Street. Era muy agradable hallarse al aire libre. Pensaba que quizá no tenía por qué ir ya directamente a casa. Era tan agradable hallarse al aire libre. Sí, tomaría un autobús. Sin embargo, mientras estaba allí con sus tan bien cortadas ropas, ya comenzaba... Ya comenzaba la gente a compararla con álamos, con la aurora, con jacintos, con gráciles aves, con agua viva, con lirios; y esto transformaba su vida en una carga, ya que prefería mucho más que la dejaran en paz, sola en el campo, para hacer lo que le viniera en gana, pero la comparaban con los lirios, y tenía que ir a fiestas, y Londres era sórdido, en comparación con estar sola en el campo con su padre y los perros.

Los autobuses descendían raudos, se detenían, volvían a ponerse en marcha, formando brillantes caravanas pintadas en destellantes colores rojo y amarillo. Pero, ¿cuál de ellos debía tomar? No tenía preferencias. Aunque, desde luego, no iba a precipitarse. Tenía tendencia a la pasividad. Lo que necesitaba era expresión, aunque sus ojos eran hermosos, chinos, orientales, y, tal como decía su madre, con unos hombros tan gráciles y gracias a ir siempre muy erguida, daba siempre gusto contemplarla; y últimamente, en especial al atardecer, cuando sentía interés, porque nunca causaba la impresión de estar excitada, parecía muy hermosa, muy señorial, muy serena. ¿Qué podía pensar? Todos los hombres se enamoraban de ella, y ella se sentía terriblemente fastidiada. Sí, porque comenzaba. Su madre se daba cuenta, la ronda de los cumplidos comenzaba. El hecho de que careciera de interés —por ejemplo, en los vestidos— preocupaba a veces a Clarissa, aunque quizá no hubiera motivo para ello, si se pensaba en aquellos animalillos suyos, y los conejos de indias enfermos, y, a fin de cuentas, esto le daba cierto encanto. Y ahora había surgido esta extraña amistad con la señorita Kilman. Bueno, pensó Clarissa hacia las tres de la madrugada, mientras leía al Barón Marbot porque no podía dormir, esto demuestra que tiene corazón.

De repente, Elizabeth avanzó y, con gran habilidad, subió al autobús antes que todos los demás. Se sentó en lo alto. El impetuoso ser—un pirata— se lanzó hacia delante, dio un salto al frente; Elizabeth tuvo que cogerse a la barandilla, ya que aquel pirata era temerario, sin escrúpulos, descendía sin piedad, giraba peligrosamente, arrebatava a un pasajero, o ignoraba a un pasajero, se deslizaba como una anguila, arrogante, y avanzaba luego insolente, desplegadas todas las velas, hacia Whitehall. ¿Y acaso Elizabeth pensó siquiera una vez en la pobre señorita Kilman que la amaba sin celos, y para quien había sido como un pájaro en el aire, como una luna en el prado? Era para ella una delicia el sentirse libre. El aire fresco era delicioso. Estaba tan cargado el ambiente en los Almacenes *Army and Navy*. Y ahora el ascender velozmente hacia
